

FUNCIONES NARRATIVAS EN LOS CUENTOS DE
CARLOS WYLD OSPINA

BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA
Facultad de Ciencias y Humanidades

FUNCIONES NARRATIVAS EN LOS CUENTOS DE
CARLOS WYLD OSPINA


SILVIA TEJEDA DE JIMENEZ

Trabajo de investigación presentado para optar
al grado académico de Licenciada en Letras

Guatemala

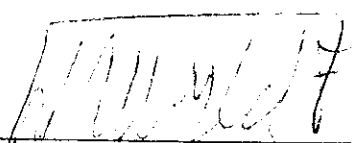
1984

Vo.Bo.:

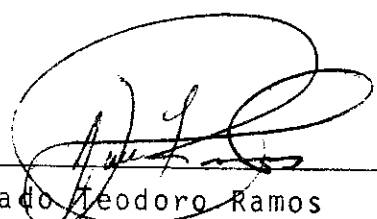
(f) 

Doctor Francisco Albizúrez Palma
Asesor

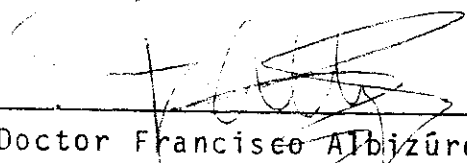
Tribunal:

(f) 

Licenciado Gustavo Adolfo Wylid F.

(f) 

Licenciado Teodoro Ramos

(f) 

Doctor Francisco Albizúrez Palma

Fecha de aprobación: 7 de septiembre de 1984.

A mi madre,
mi esposo y
mis hijos

RESUMEN

En este trabajo se presenta la Introducción en la que está perfilado el motivo que impulsó a escribir esta tesis, la metodología seguida y el procedimiento.

La breve biografía que fue recopilada con la intención de dar a conocer al lector un entorno de la vida privada del escritor y los diferentes lugares en donde vivió.

La bibliografía que tiene como objeto dar a conocer, además de sus cuentos, su demás actividad creativa como poeta, periodista, crítico y novelista.

Continúa con el capítulo titulado: El escritor y sus amigos, que se escribió con la finalidad de conocer rasgos de la personalidad del escritor dados por personas que lo conocieron y que cultivaron con él algún grado de amistad.

Los capítulos V y VI presentan directamente el trabajo de investigación con una aproximación dentro de la Semiótica. Las funciones narrativas en los cuentos de tema indígena y de tema amoroso.

En seguida, se presentan las conclusiones, la bibliografía consultada y tres apéndices que fueron incluidos con la finalidad de que los lectores conozcan directamente algunos rasgos del autor.

CONTENIDO

	Páginas
RESUMEN	ix
I. INTRODUCCION	1
II. BREVE BIOGRAFIA	5
III. BIBLIOGRAFIA DEL AUTOR	11
IV. EL ESCRITOR Y SUS AMIGOS	25
V. FUNCIONES NARRATIVAS EN LOS CUENTOS QUE TRATAN EL TEMA INDIGENA	37
A. Tema	37
B. Funciones	38
1. Funciones catalíticas	39
2. Funciones nucleares	39
3. Los personajes	39
4. Protagonista	40
C. Interpretación del material literario	41
D. El narrador	
E. El ambito mágico y mítico	66
F. La atmósfera del sincretismo religioso	58
G. El tiempo	74
H. Conclusión	80
VI. LA FUNCION NUCLEAR DE LOS PERSONAJES EN LOS CUENTOS DE TEMA AMOROSO	83
A. La unión instintiva	84
B. La unión sensual	88

	Páginas
C. El amor compasivo	96
D. El amor intelectual	101
E. El amor ambicioso	106
VII. CONCLUSIONES	117
VIII. BIBLIOGRAFIA	121
APENDICES	
A. "La caballona"	123
B. La generación "modernista" y la de 1920	165
C. Cartas de Carlos Wyld Ospina a Carlos Carrera	171

I. INTRODUCCION

Darme cuenta de que la crítica escrita sobre la obra de Carlos Wyld Ospina no está de acuerdo con el lugar y el mérito que se le debe otorgar dentro de las letras guatemaltecas, me ha motivado a conocer y estudiar sus cuentos. Pretendo descubrir en ellos, rasgos que puedan particularizar las características de su obra narrativa.

Este estudio se circunscribe a sus dos libros de cuentos publicados en diferentes épocas: en el año de 1933, La tierra de las nahuyacas, y en 1958, Los lares apagados. Fue, dos años después de su muerte, que la Universidad de San Carlos de Guatemala, como un homenaje póstumo al autor, dio a conocer éste último.

Cada uno de los libros contiene siete cuentos. En ambos existen dentro de sus formas narrativas, indicios persistentes que se pueden tomar como objeto de estudio. Dada la naturaleza particular de su obra y la jerarquía interna de su sistema expresivo, he decidido escoger como punto de partida, los dos temas importantes que a través de ellas planteó.

La situación del indígena kech'í, en la primera mitad del siglo, es para Wyld Ospina, motivo de profunda preocupación. Lo deja establecido en sus dos cuentos más extensos.

En ellos plantea problemas sociales a los que, dadas las circunstancias, les encuentra soluciones mágicas.

La relación de atracción o enamoramiento que une a un hombre y a una mujer, fue para el autor casi una obsesión. Sus personajes se identifican con seres que, en actitudes de pasión generalmente enfermiza, se juntan para desencantarse y decirse adiós.

Los protagonistas, aunque en cada cuento revestidos de atributos diferentes, conducen al lector a la misma identidad de una misma mujer y de un mismo hombre. Ella: destructora, egoísta. El: hombre soñador que se destruye en las quimeras de su propio idealismo.

Para poder ejemplificar y desarrollar la importancia de este otro tema, he tomado como modelos los siguientes cuentos: "La mala hembra", "Los dos", "La nena Pérez", "La apuesta" y "La caballona".

Dentro de los rasgos que perfilan a sus personajes, los femeninos de cada uno de estos cuentos poseen una tendencia al perspectivismo zoomórfico, según sea el medio social a que pertenezcan.

Para realizar el estudio me he servido de algunos apoyos tomados de la Semiótica, que considero factible aplicarlos al estudio literario. He buscado las funciones narrativas que, según Roland Barthes, existen en un texto literario.

En lo que se refiere al procedimiento, partí del enfrentamiento textual. Me basé en la explicación, la interpretación y el comentario del material literario, a través de fragmentos o partes de las obras que ilustran y demuestran las afirmaciones hechas.

En el campo extraliterario, acudí a sostener entrevistas con algunos de los cercanos amigos del autor que aún le sobreviven. Dichas personas aportaron facetas importantes de su personalidad, de acuerdo a las experiencias que compartieron con él durante la época en que cultivaron su amistad.

En la forma de Apéndices, se incluyen en este trabajo: un cuento, "La caballona"; un ensayo literario de la Generación "modernista" y la de 1920, así como varias cartas que Carlos Wylid Ospina envió a su amigo Carlos Carrera, en los últimos años de su vida. Esto se hizo con la finalidad de que el lector, a través de ellos, pueda estimar directamente, su forma de escribir, tanto en el campo creativo como epistolar.

La pretensión de la autora, es alcanzar con este trabajo, dos metas:

1. Que la crítica literaria sobre la obra de Carlos Wylid Ospina reflexione acerca de sus comentarios que

generalizan las características de su narrativa, sin tomar en cuenta las peculiaridades de sus cuentos.

2. Conocer el mundo espiritual de ese creador que afrontó la vida y concibió sus cuentos desde un persistente criterio individual.

II. BREVE BIOGRAFIA

Para decirlo con sus propias palabras:

"...soñé bajo el reposo de las naves
de informes tempos de vencidos arcos,
que dejan entrever los cielos suaves
como a través de destrozados marcos,
y donde, entre abrazo de la hiedra,
que enrosca el tallo a tropicales palmas,
lloran las epopeyas de la piedra
el sino tempestuoso de las almas...

En la tarde un perfume se difunde:
dulce y lejano, penetrante, inmenso;
sube, se pierde, reaparece y se hunde
en el éter sutil, como un incienso:
Son rosas de tus patios solariegos
y rosas de tus huertas vespertinas;
sidéreas rosas de tus cielos griegos
que eternizan su azur sobre tus ruinas
y son las rosas que en tu suelo suave
se abren, en el milagro de la ofrenda
cuyo místico aroma no se sabe
si sólo es un perfume de leyenda..."/1/

Nació el escritor Carlos Wyld Ospina en la Antigua Guatemala, un 19 de junio de 1891. Sus padres fueron don Guillermo Wyld, hombre de ascendencia inglesa, que se dedicaba a la agricultura, y doña Soledad Ospina, descendiente de la familia Ospina de Colombia, familia en la que se han dado hombres importantes en la vida cultural y política de aquel país. Formaron ambos una digna familia, cuyos principales ingresos

/1/ Humberto Porta Mencos, Parnaso guatemalteco (Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1977), pp. 444 y 445.

provenían de la atención de sus propiedades agrícolas. Procuraron inculcar a sus hijos una educación burguesa, el gusto por las buenas lecturas, modales refinados y se dedicaron a hacer de ellos personas de principios más que de fanatismo religioso.

Nuestro autor recibe su primera enseñanza en la ciudad natal. Inicia sus estudios de Bachillerato en la Escuela Normal de Antigua. La familia se traslada a la ciudad capital y Wyld Ospina continúa sus estudios en el Colegio de Infantes. Su deseo de ser un joven económicamente independiente lo lleva a trabajar en la rama del comercio y de esta manera gana su primer dinero.

"Yo amo los caminos, los viejos caminos
que ha hollado el paso de los peregrinos." /2/

Cantará el autor, e impulsado por la aventura y el afán cosmopolita. Alrededor de sus 20 años, parte hacia México, y ahí da inicio a su tarea como profesional de las letras. Trabaja al lado de Porfirio Barbajacob, primero como redactor y luego como director del periódico El Independiente.

En el año de 1915 lo encontramos en la Ciudad de los Altos, Quezaltenango, como director del diario Los Altos. Posteriormente funda en la misma urbe, El Pueblo, al lado del poeta Alberto Velásquez. En Xelajú permaneció hasta el año de 1921.

/2/ Humberto Porta Mencos, op.cit. p. 446.

A partir de esa fecha, se traslada a la ciudad de Guatemala y trabaja como editorialista en el diario El Imparcial, de 1922 a 1925.

En el año 1922, en pleno apogeo de su vida periodística, conoce a la señorita Amalia Cheves. El escritor vio en ella la personalización de su musa soñada y soñadora.

Ese mismo año, le escribió para el día de su cumpleaños un soneto en donde, entre otras cosas, le decía:

"Alma soñadora llena de bondad, gracia y encanto;
 espuma sobre la vida oscura,
 la razón más alta del enigma humano;
 virtud y verso que será salvada por su numen de poeta." /3/

Amalia fue poetisa, bella, innovadora y temperamental. Se casaron un año más tarde. Procrearon tres hijos varones: Edgar, Roberto y Enrique.

Pasados algunos años y con los niños muy pequeños, el matrimonio se trasladó a la ciudad de Cobán, decidido a atender las propiedades agrícolas que la familia Cheves poseía en ese departamento. La pareja de intelectuales no echó raíces en el campo. Los encontramos nuevamente en Quezaltenango, alrededor de 1930 y 1931.

El año siguiente fue triste y decisivo para esa familia.

/3/ Diario El Imparcial, 14 de julio de 1922.

Los dos creadores, intelecturales, no llegaron a comprenderse y, ese mismo año, se divorcian. La madre y los niños se trasladan a la ciudad capital y el escritor decide quedarse por muchos años en Quezaltenango.

Los ánimos del patriotismo y la política despertaron en Wyld Ospina en la década de los años treinta. Así, es electo diputado de la Asamblea Nacional Legislativa por dos períodos: 1932-35 y 1937-42.

A pesar de haber permanecido desde entonces en la "Ciudad de los Altos", nunca pierde el contacto con los intelectuales capitalinos. Continúa brindando colaboración a los grupos de letras del país, así como publicando sus columnas periodísticas. Constantemente era visitado en su pequeña villa del barrio de "La Democracia".

Además de ser periodista, escritor y poeta, Wyld Ospina también fue catedrático. Durante su juventud, impartió cursos en institutos de enseñanza primaria y secundaria. A su regreso de Cobán, atendió la cátedra de Literatura Castellana en la Facultad de Derecho de Occidente.

Aunque en los últimos años su vida fue de gran soledad, los viejos amigos y los jóvenes inquietos siempre le buscaron en "Villa Carolina". Testimonio de esas relaciones significó la fundación del grupo "Renacimiento", que cobijaba inquietudes de escritores y artistas más jóvenes.

Una de sus últimas satisfacciones fue haber participado en la fundación de la "Casa de la Cultura de Occidente", en el año de 1957. Un sórdido presidio de paredes lúgubres fue transformado en centro de arte.

Los reconocimientos para nuestro autor afortunadamente se produjeron cuando el escritor gozaba de vida. Formó parte de la Academia Guatemalteca de la Lengua; fue miembro fundador de la Sociedad de Geografía e Historia.

El presidente Carlos Castillo lo condecoró con la Medalla de Servicios Distinguidos; también el Instituto de Cultura Hispánica le otorgó una condecoración y el reconocimiento a su labor literaria en el año de 1955. Los vecinos de la ciudad de Antigua le llamaron "Hijo Predilecto" y los de Quezaltenango, su tierra adoptiva, "Hijo Ilustre".

Sus amigos le llamaron amigo, compañero, hermano, maestro; y los que no han muerto lo recuerdan todavía con gran cariño y admiración.

Murió en Quezaltenango el día 17 de junio de 1956.

III. BIBLIOGRAFIA DEL AUTOR

La más extensa obra de Carlos Wyld Ospina fue su creación periodística. El escritor se inició como periodista muy joven y en esa actividad continuó toda la vida. Escribió artículos que por su enjundia y consistencia idiomática, merecen ser estimados como breves ensayos. Sensible a su contemporaneidad cultural e histórica, insuflado por la vocación de expresar siempre sus individuales puntos de vista, se sintió permanentemente atraído por un periodismo ilustrado, orientador y elevado; algunas veces como editorialista y otras como columnista. Supo darle a sus composiciones el sello de su formación cultural y la lealtad de su pensamiento. Todos sus artículos se encuentran publicados de una manera dispersa en distintos periódicos guatemaltecos y mexicanos.

Su vida periodística se inició en la ciudad de México cuando fue director y articulista del periódico El Independiente, durante los años 1913-1914. En 1915 funge como director del diario Los Altos, que se publicaba en la ciudad de Quezaltenango. Con el poeta Alberto Velázquez fundó el diario El Pueblo. Según el Licenciado Luis Antonio Díaz Vasconcelos, este periódico fue viril vocero del movimiento contra la tiranía de don Manuel Estrada Cabrera. Simultáneamente,

durante ese tiempo, Carlos Wyld Ospina colaboró también en el periódico Cronos, fundado por el poeta quezalteco Osmundo Arriola.

Detengámonos en los años comprendidos de 1922 a 1925, cuando trabajó como redactor del diario El Imparcial. Los lectores tenían la oportunidad de informarse del acontecer en Guatemala y también de instruirse a través de un periodismo escrito con juicio y responsabilidad, en los artículos de Alejandro Córdova, Carlos Gándara Durán, José Rodríguez Cerna, Gregorio Martínez Sierra, Ricardo Arenales (nombre del poeta Porfirio Barbajacob), Carlos Wyld Ospina, Rafael Arévalo Martínez y los recién iniciados, César Brañas y David Vela.

En El Imparcial, se inicia Wyld Ospina con la firmeza de un articulista de experiencia y se revela dueño de un gran acervo cultural. Curiosamente, en todas sus publicaciones durante esa época, existen pocos ejemplos de su creación o crítica literaria. Se encuentra perfilada una fecunda obra a través de la cual alcanzamos a conocer el pensamiento del escritor, su creación y su constante preocupación por el poco valor que generalmente le damos al universo espiritual.

Como ejemplo de lo afirmado anteriormente, podemos mencionar el artículo que llamó "La cobarde paradoja", en donde nos hace reflexionar acerca de que algunas veces cambiamos

el significado valioso de la vida, por andar discurrendo en el significado de la muerte. Menciona El Eclesiastés y a las palabras del rey Salomón cuando definen la muerte. Cree que la mística medioéfica mató la serena alegría de la muerte, médula de la antigüedad. En su criterio, la Edad Media inculcó el miedo a la muerte y para siempre marcó en nosotros el temor a lo desconocido. Dice Wylid Ospina:

"Los poetas aman a la muerte porque saben que tienen los pies alados y los senos dulces".

A continuación describe las formas de aceptación que de la muerte manifestaron: Hoffman, Baudelaire, Herrera y Reissing. Nos remonta hasta la vida de Santa Teresa de Jesús quien dijo en sus versos: "Muerdo porque no muerdo" y a Rubén Darío que: "muere porque no vive". Según él: Dios y nuestro fin primordial están en nosotros mismos.

Durante esos años le preocupó la muerte y en varios de sus artículos lo manifiesta como tema.

En el discurso mortuorio de su amigo Rafael Valle dijo:

"Contra el bruto enigma se rompen nuestras alas y nos desangramos las manos golpeando la dura muerte de los secretos del destino."/4/

"Cuanto de victorioso hay en nuestra juventud que se va hacia la muerte sin haber conocido las

/4/ Diario El Imparcial, miércoles 25 de octubre de 1922.

claudicaciones de la vida. No hay derrota; no hay huída, no hay espanto"./5/

El sábado cinco de mayo de 1923 fue publicado un artículo en el que Wyld Ospina da a conocer su pensamiento acerca del "Movimiento teosófico en la ciudad de Guatemala". Veamos los siguientes párrafos:

"El mejoramiento humano se basa en la conquista de la libertad moral, religiosa y política.

El hombre es lobo del hombre porque ha olvidado su origen espiritual.

La teosofía es la doctrina piadosa o fraternal por excelencia. Pretende hombres que no sean extraños a los intereses de la humanidad. Hombres que desde el plano de su modestia se vinculen a la patria para limpiar la atmósfera mental de nuestra patria con la benevolencia, la piedad, la alegría y la fuerza mágica del optimismo y buscar la confianza en el bien propio y en el bien ajeno.

Una nueva, desconocida alegría inunda su corazón, no teme sino agradece al Padre la suave carga de su amor, que es trabajo, esfuerzo y sabiduría con la cual marchará ahora por los nuevos caminos del mundo."

En diferentes épocas, el escritor colaboró con otros diarios guatemaltecos: Diario de Centro América, El Espectador, La Hora, Diario de la Mañana, Hoy, El Nacionalista, Prensa Libre, La Hora Dominical, El Liberal Progresista, y en las revistas: Nuevas Letras, Proa y Tiempo, de Quezaltenango.

/5/ Diario El Imparcial, miércoles 25 de octubre de 1922.

Wyld Ospina fue una autoridad en el conocimiento de la Literatura. Testimonio de ello son sus artículos en los que demostró su dominio en el conocimiento de las letras guatemaltecas y occidentales. Con gran habilidad supo desarrollar temas que enfocan la gramática y el uso del lenguaje. Así, lo podemos comprobar en sus artículos: "El lenguaje vivo y el lenguaje gramatical", "La generación modernista y la de 1920", "Alberto Velásquez (estudio sobre su poesía)". En lo escrito por él en los márgenes del libro publicado por don Edelberto Torres, Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante, se expresó de la siguiente manera:

"Gómez Carrillo tenía la madera de que se hacen los vencedores. Nada le faltó para triunfar, e incluso tuvo demasía de aptitudes y exceso de buena suerte para conquistar cuanto ambicionó...

En su fibra más honda, más elemental fue un hombre del pretérito que se instaló cómodamente en la modernidad.

Parecía un trasunto de los grandes florentinos del Renacimiento: acaso Oliverto de Fermo...algo Benvenuto...un poco de Casanova. No era físicamente bello, conforme el canon apolíneo, a pesar de sus ojos soñadores, fascinantes y de su cabellera a lo romántico, desordenada, porque daban cierta tosquedad a su fisonomía los pómulos salientes, los labios gruesos, la nariz semiachatada.

Pero fue hermoso con aquella hermosura que reconoció Oscar Wilde: el deber primordial del hombre es ser hermoso.

(...)

Aparte de esta hermosura, estuvo dotado de una virilidad exúbera, y fue hombre arrollador en las tres categorías que amaban las mujeres de fin de siglo: el talento, la valentía y la prodigalidad. Su talento literario era virtualmente lírico, al modo anacreóntico. Su valentía se exacerbaba en temeridad y audacia sin fronteras, en la vida, en el arte y en la mujer. En lo pródigo se hermanaba con los emires y califas de los tiempos de Harún-Al-Rachid, o con aquellos jóvenes mercaderes de Bagdad o de Basora que se arruinaban en una sola noche, por los hechizos de una bella desconocida, y a quienes él mismo celebró en su comentario al libro maravilloso de los antiguos árabes."/6/

En estas pocas líneas se comprueba la forma en que el autor manejaba el lenguaje y los aspectos culturales.

Las dádivas simples se titula el libro que contiene la recopilación poética de sus primeros años. Fue publicado en Quezaltenango en el mes de julio de 1921. En dicho libro se encuentran algunas de sus obras poéticas más conocidas: "Entre los altos muros", "La canción secular", "La ciudad de las cumbres" y "La musa lugareña".

La obra en prosa de Wyld Ospina está representada por dos novelas y dos libros de cuentos. La mejor obra de su juventud, El solar de los Gonzagas, es una novela corta presentada por el mismo autor:

"...Sé que vivo en Guatemala y he de agregar algo... La mía es la novela de la ciudad pequeña y para vivirla me inspiré en una concepción de la humanidad

/6/ Edelberto Torres, Enrique Gómez Carrillo, El cronista errante (Guatemala, C.A.: Librería Escolar, 1956), p.16.

y de universalidad hasta donde me fue posible... No discurre en una ciudad geográficamente determinada sino en la ciudad pequeña del espíritu. Se encontrarán en esas páginas, sin embargo, paisajes regionales, sitios conocidos, pero esto sólo sirve de marco, de escenario natural..."/7/

La Historia de la literatura guatemalteca de Francisco Albizúrez Palma y Catalina Barrios y Barrios, dice lo siguiente:

"Carlos Wyld Ospina en su obra novelística presenta problemas sociales de Guatemala y por ende americanos, de aquí que Seymour Menton piense que hace las veces de Rómulo Gallegos en nuestro país, pues reacciona en contra del modernismo, retorna al naturalismo y en fusión de corrientes anteriores contribuye a fundar el criollismo dentro de la obra literaria guatemalteca. Rompe pues con la belleza artificial del modernismo y retoma el problema social del naturalista aunque desde un enfoque ya no solamente científico, sino como denuncia y protesta, tímidamente, sí, pero ya inicial. Así El solar de los Gonzaga -1917-1919- tiene parecido con Reinaldo Solar de Gallegos y en esta novela ridiculiza algunas poesías modernistas de tono exagerado."/8/

La gringa se titula la novela más conocida del autor. Fue publicada en el año de 1935. La Licenciada Catalina Barrios y Barrios opina acerca de los méritos literarios de esa novela, de la manera siguiente:

"Y aunque no hay desarrollo temático con la fuerza que emplearán escritores posteriores, Wyld Ospina sugiere temas como son: la vida de los indios en las fincas guatemaltecas, la dictadura, la imposición extranjera en nuestra agricultura.

/7/ Carlos Wyld Ospina. El solar de los Gonzagas (Guatemala, Tipografía Nacional).

/8/ Francisco Albizúrez Palma y Catalina Barrios y Barrios Historia de la literatura guatemalteca (Guatemala: Editorial Universitaria, 1983) p. 101.

Todavía la presencia del autor -en La gringa- es muy fuerte, con un yo propio del romanticismo. De manera que esta novela criollista se funda en el enlace de corrientes previas como son: romanticismo, realismo, naturalismo y modernismo, vista desde un clima todavía emotivo, los rasgos ya señalados de prosa poética y cierta base sensorial tanto como del desarrollo de situaciones muy reales dentro de un clima de cierta complejidad sentimental ocasionados por los celos."/9/

Además de los cuentos escogidos como campo de trabajo, los libros contienen los siguientes cuentos: "La mala hembra", "El manuscrito de Fernán Avelino", "Las palomas de Fernán Avelino", "De dura cerviz" y "Felipe Esquipulas", el primero, y "Los coches de Tocoy", "La apuesta", "La nena Pérez", "La caballona", "El matón de Cajolá" y "La posesa" el segundo de ellos.

Con respecto a lo que Wyld Ospina pensaba de su propia obra, el Licenciado David Vela me proporcionó un valioso documento que textualmente dice:

"CARTA DE CARLOS WYLD OSPINA A PROPOSITO DE LA NOVELA NACIONAL. Quezaltenango, 10. de octubre de 1940.

Mi querido Adán Vigil: Usted se duele de que en la novela y el cuento de tendencia regionalista, con muy pocas excepciones, no aparece en ella el sentido de la tierra; hay cierta indeterminación del lugar y de tiempo.

Habría estimado compañero, en gracia de sus donos-
sas apreciaciones para no caer precisamente en la

/9/ Francisco Albizúrez Palma y Catalina Barrios y Barrios, op.cit., p. 101.

censura: cierta indeterminación de lugar y de tiempo.

Ante su observación probablemente cierta, pero expresada en términos generales, los pocos cuentistas y novelistas guatemalenses -o que por tal se nos juzga- tenemos que hacer un examen de nuestra producción a ver si se ajusta o no al rasero con que usted nos mide.

Por mi parte, suplícole se tome la molestia de revisar mi producción novelesca para colocarme entre las excepciones o la generalidad. Como es casi seguro que usted no tenga tiempo ni humor para ello, le haré a mi vez algunas observaciones. En toda La tierra de Las Nahuyacas no encuentro semejante indeterminación de tiempo y de lugar. El Sebastián Ax es algo netamente geográficamente, típicamente verapacense, con determinación bastante clara de lugar y tiempo. Si usted conoce aquellas tierras tanto como yo, convendrá conmigo en que ese cuento o historieta de ambiente y geografía propios, para muchos excesivo regionalismo en el detalle indispensable a mi ver. En Fernán Avelino está la Antigua pinta y semiparada, tal como lo vieron mis ojos de niño: en esto no cabe duda. En La Mala Hembra se describe propiamente el valle tendido entre los volcanes que pudiéramos llamar antiguëños de Agua, de Fuego y de Acatenango. Se describe allí costumbres, usos de indumentaria criollos:

Se dibuja el vestido de la mengala en día de caserío y hasta habla de los famosos jocotes de Peta-pa... De dura cerviz, cuentecillo subsiguiente, está situado nominal y efectivamente en Salamá y sus áridos terrenos. Felipe Esquipulas refleja aunque someramente, paisajes y aires de la costa sur: Suchitepéquez. Luego La gringa es, a mi ver, novela fácilmente localizable en esta misma comarca, con sus loros y sus palos voladores, de tinajillo y otras especies como a usted justamente le agrada. ¿Qué más? El Solar de los Gonzagas, aunque geográficamente no ubicado en parte alguna, según el mismo autor, toma ostensibles elementos del ambiente de Antigua: Aquí tampoco cabe duda; y esto en nombres, paisajes y personajes...

Usted conoce los coches, típicamente tocoyanos, en general, de procedencia oriental. Lares Apagados: otro pastiche Kecchí hasta las nominaciones de lugares y los apellidos de abolengo caba-nero.

Esto demuestra que en la mayor parte de mi obra no falta la determinación requerida. Ahora bien: ésta podrá parecer insuficiente, inexacta, descuidada o poco vigorosa cuando no falta de una prolijidad a lo Pereda. Habría que examinar también esto, pues desde luego no lo niego a priori.

En lo que no discreparíamos es el escaso mérito de esas obrillas. Por otra parte, ¿por qué busca usted, querido amigo, con tanto empeño, la gran novela guatemalteca, en forma exclusiva y concreta, a lo que entiende en un solo libro? Tengo para mí que su empeño es vano y no se realizará pese a cuantos concursos se abran nuestro ambiente geográfico, étnico, psicológico a despecho de nuestra pequeñez territorial y pobreza demográfica es sin embargo cosa vasta y compleja para la visión literaria. En su conjunto, me parece que no puede encerrarse en un solo libro, en un solo drama novelesco, como no se encierra el ambiente ni la vida venezolanos -por ejemplo- en Doña Bárbara, no obstante la vastedad de la concepción de tal novela, que es apenas novela de los llanos; ni siquiera de toda la tierra venezolana. Para completar el cosmo novelístico de aquel país, Gallegos hubo de escribir sus demás libros, entre ellos Canaima -tan excelente como Doña Bárbara- y aún así se ha quedado corto... América tiene esa peculiaridad fecunda y sorprendente: en veinte leguas de macizo terráqueo se encierra mil cepas de culturas, ambientes y tonos, diversos y hasta contrapuestos entre sí.

Nuestra costa sur no es la Verapaz ni el Petén; nuestra tierra media tampoco es nuestra tierra fría... Usted me entiende, ingenioso y acucioso amigo, y no tengo que sobrecargar de ejemplos ni de argumentos estas someras observaciones.

Creo que nuestros escritores y el público siguen con sumo interés su diálogo en El Imparcial con

un indeterminado interlocutor; y con estas líneas le excito a seguir dándonos su criterio, en mucho orientador.

Soy su affo. y amigo, Carlos Wyld Ospina."/10/

Como se puede entender, a través de las valiosas aportaciones manifestadas por el propio Wyld Ospina, él no concebía enmarcar la novela guatemalteca de su tiempo en una corriente concreta, por las características de nuestro ambiente en general, tan pródigo en tantos aspectos. Sin embargo, admitió que su obra era rica en descripciones regionalistas, características y que no han sido mencionadas por sus críticos.

Por otra parte, Wyld Ospina cultivó estrecha amistad con intelectuales descollantes: el escultor Rafael Yela Gunther, los pintores Carlos Mérida y Carlos Mauricio Valenti, el musicólogo Jesús Castillo, los escritores Miguel Ángel Asturias, Flavio Herrera, José Rodríguez Cerna, Rafael Arévalo Martínez, Epaminondas Quintana y Alberto Fuentes Castillo. Especial amistad tuvo con los poetas Alberto Velásquez, Osmundo Arriola, Gerardo Díaz, Rodolfo Calderón Pardo, Víctor Fuentes Castillo y Félix Calderón Avila.

Algunas de las personas mencionadas en el párrafo anterior, pertenecieron a la llamada "Generación de 1920". La mayoría de ellos, tras viajar a Europa, México o Estados Unidos, se dieron cuenta de los conflictos sociales agudizados

/10/ Diario El Imparcial, 22 de octubre de 1940.

después de la Primera Guerra Mundial, y conocieron las nuevas tendencias en el arte y la tendencia del creciente interés por los estudios americanistas. La mayoría volvió al reencuentro con la patria colmados todos del influjo de las corrientes vanguardistas.

Carlos Wyld Ospina no tuvo la oportunidad de salir de Guatemala, más que en su temprana juventud cuando estuvo en México. A pesar de ello, esto no significó un motivo para que el escritor no se mantuviera ansioso por informarse acerca de todo lo referente a la inquietud literaria que sucedía fuera de nuestra patria.

Obra distinta de las reseñadas es El Autócrata (1929), ensayo político-social que, juntamente con Ecce Pericles de Rafael Arévalo Martínez y El Señor Presidente de Miguel Asturias, forma la trilogía de la denuncia del sistema de gobierno del tirano Manuel Estrada Cabrera, que cada quien plasmó a su manera, para dejar testimonio a las generaciones venideras.

Al explicar el carácter de su ensayo, Wyld Ospina escribió:

"No he intentado escribir una historia pormenorizada de ciertos períodos de nuestra vida política. Habrá en estas páginas más de una laguna en lo referente a hechos y sucesos secundarios. Pero creo haber abarcado la visión del conjunto manteniendo un criterio de unidad a través del libro.

Algunos de mis juicios podrán parecer crueles y no faltará quien invoque el patriotismo para condenarlos. Pero yo no puedo aceptar, como no puede aceptarlo ningún hombre que sinceramente ame a su país y anhele su regeneración, que el patriotismo consiste en callar la verdad y proclamar la mentira.

La crítica es un ministerio de cura social y si no cumple con su misión, infiere daños graves a los pueblos. Como los hombres antiguos, yo creo en la patria. Y creo en ella porque digan lo que quieran los filósofos y prediquen lo que se les antoje los socialistas, la cultura humana necesita del sentimiento de patria para desarrollarse en forma superior y perdurable. Y por la patria chica -célula del gran organismo humano- los escritores debemos cultivar la potísima virtud de la sinceridad."/11/

Carlos Wyld Ospina fue un periodista que por muchos años se dedicó a la crítica con abierta franqueza e incitaba a los otros a hacerlo también con dignidad.

Al resumir su actividad intelectual podemos afirmar que fue un periodista de profundidad y enjundia; poeta que se inspiró en el encanto de las ciudades de provincia y la belleza natural del paisaje guatemalteco; escritor que presentó en sus relatos algunos planteamientos de los problemas socioeconómicos de Guatemala, especialmente, la situación del indígena kechí de la primera mitad del Siglo XX.

Wyld Ospina fue un ciudadano preocupado por la búsqueda

/11/ Carlos Wyld Ospina, El Autócrata, Ensayo Político Social (Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1967), p. 12.

de la regeneración de nuestra vida política y comprendió el patriotismo como algo necesario para lograr el desarrollo de nuestra Guatemala.

Por lo anterior, podemos decir: él fue periodista, escritor, poeta y crítico.

BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

IV. EL ESCRITOR Y SUS AMIGOS

Carlos Wyld Ospina tuvo amigos todo el tiempo. Desde joven, aquí y allá hubo personas a su alrededor que quisieron aprender algo de él, de su entusiasmo por las letras, de su habilidad de expresión, de su palabra franca y conocedora cuando comentaba creaciones de otros poetas y escritores. Este capítulo está conformado por entrevistas hechas a algunas de las personas que se relacionaron con él.

La mayor parte de sus amigos ha muerto; le sobreviven unos pocos, los cuales son personas que se han labrado un lugar importante en el desarrollo intelectual de Guatemala. Cuando les comuniqué mi inquietud por estudiar las obras de Wyld Ospina, en su mirada hubo entusiasmo, como si hubiesen estado esperando que un día alguien viniera a preguntarles acerca de aquel hombre con quien tuvieron especial relación.

El Doctor Alberto Fuentes Castillo lo conoció desde muy joven y acerca de su relación afirmó lo siguiente:

"Cuando yo volví de Francia, después de varios años de estancia en ese bello país, conocí a Carlos Wyld Ospina; por mi amor a las bellas letras nos hicimos buenos amigos. Carlos vivía en una casa de la calle de San Nicolás, con una familia mexicana de apellido Figueroa (parientes de Rodolfo Figueroa Guillén). Carlos era novio de una de las señoritas: Lolita, era muy bonita; además otra hermana se llamaba Luz, recuerdo que cantaba muy bien. En

casa de la familia Figueroa nos juntábamos varios amigos poetas y artistas, entre ellos, Alberto Velásquez (a quien conocí cuando yo era niño por ser mis padres amigos de los papás de Alberto). Otro de los amigos que conocí allí fue al gran artista el escultor Rafael Yela Gunter (primo de Alberto).

El periódico que publicaba nuestros artículos y versos era el Diario de los Altos, dirigido por José Mérida, hermano de Carlos Mérida, el gran pintor, que también formaba parte de nuestros grupos. (A Carlos también lo conocí desde mi infancia). En Francia lo vi en París, cuando vivía con Carlos Valenti, quien desgraciadamente se quitó la vida.

Carlos Wyld Ospina y Alberto Velásquez dirigieron el Diario El Pueblo, cuando en 1920 se derrumbó la dictadura de Estrada Cabrera; fue una época en que arriesgaron sus vidas.

Después, Carlos estuvo en México corto tiempo, colaborando en varios diarios; según contaba tuvo relaciones amistosas con Pancho Villa.

Cuando regresó de México, creo que fue cuando publicó su libro El autócrata.

Otra época en que tuve relaciones amistosas con Carlos fue cuando volvió a Quezaltenango, casado con Amalia Cheves. Me recuerdo que nos juntábamos a jugar ruleta (pequeñas cantidades de dinero) en casa de un mi pariente. Carlos se ponía nervioso y nos divertía. Entonces conocí a sus hijos, que eran muy pequeños y divertidos. Salíamos a pasear por los pintorescos lugares que rodean Xelajú. En esa época trabajaba Carlos en relaciones públicas del Banco de Occidente. Era muy amigo de Oscar Díaz, que fue muchos años gerente de dicho banco. Otros poetas que fueron amigos de Carlos eran Ennio Fuensanta (Mariano Fuentes) y Gerardo Díaz, Osmundo Arriola.

Carlos se ausentó bastantes años de Xelajú, se fue a Cobán. Después se divorció de Amalia Cheves y volvió a Quezaltenango.

(...)

Le adjunto una carta de Alberto Velásquez; ella le dirá cuánto sentimos la partida de Carlos".

Más adelante, el doctor Fuentes Castillo manifestó:

"Siendo yo Alcalde logré que el gobierno pasara a otro lugar la prisión que existía en el corazón de Quezaltenango y cuyo lugar ocupa (después de acondicionarlo) lo que es la Casa de la Cultura de Occidente. Todo esto se hizo con la colaboración de los componentes del Grupo Renacimiento compuesto por escritores y artistas. La lista es la siguiente:

Carlos Wyl d Ospina
 Alberto Fuentes Castillo
 Carlos H. López de León
 J. Antonio Mazariegos L.
 Herminio García
 Luisa Anleu de de León
 Hernán Hurtado Aguilar
 Salvador de León Toledo
 Gonzalo Delgadillo Z.
 Enrique Raudales
 Piedad Fumagalli
 Jesús Navarro
 Frisly Escobar G.
 Raúl A. de León
 Carlos Cambler E.
 Ana María Pacheco de Tello
 Rafael Escobar Arguello
 Julio César de la Roca
 Rolando Quintana
 Guillermo de Paz
 Graciela A. de Flores
 Humberto Fumagalli
 Luis Felipe Cabrera
 J. Antonio de la Roca
 Roberto Valle
 René Augusto Flores
 Próspero Mejía
 Efrén Castillo
 Julio Aguilar
 Maria Luisa Fuentes"

De la época que el autor vivió en la ciudad de Guatemala y que trabajó en el diario El Imparcial, pude saber de él a través de las palabras de dos de sus compañeros de trabajo.

El periodista Rufino Guerra Cortave contó lo siguiente.

"Yo no fui su amigo personal, pero algunas veces platicábamos. Nos encontramos por primera vez en Quezaltenango en casa de una bella muchacha, de origen nigaragüense que se llamaba Berta Gámez. Ella tenía unos ojos preciosos, yo era el amigo de la casa -enamorado silencioso- y Wylid Ospina era el novio. Al pasar el tiempo ella se casó con otro y se olvidó de nosotros dos.

Después nos encontramos aquí en El Imparcial, en el año de 1922. Era la época en que trabajaban (Porfirio Barbajacob), Carlos Gándara Durán, y con muy buen pie habían comenzado César Brañas, y David Vela; colaboraban Arévalo Martínez y Gregorio Martínez Sierra, Ernesto Duque, J. Fernando Juárez Muñoz y otros más, que tú puedes ver en un periódico de esa época. También acostumbraban algunos a escribir bajo un seudónimo que después fueron dejando de usar.

Ellos eran los dioses intelectuales de aquel tiempo y entre algunos llegó a crecer una buena amistad pero otros rivalizaron. A mí siempre me ha gustado esconderme y por eso no participé mucho de todas las actividades intelectuales y sociales que ellos acostumbraban a realizar.

Carlos en esa época escribía artículos literarios y también con cierto enfoque filosófico, tenía gran capacidad para expresar su pensamiento de la vida, de la muerte, de la agonía, de los problemas de nuestra patria. En un tiempo participó del Movimiento Teosófico de Guatemala y escribió un manifiesto en el que habla de cómo el mejoramiento humano se basa en la conquista de la libertad.

Cuando se fue del periódico, después de pocos años, nunca dejó de ser un constante colaborador. Creo

que hay muchos artículos escritos por él, en los diarios de esa época.

Sus amigos más cercanos fueron Alberto Velásquez, Rodolfo Drago Bracco, Osmundo Arriola, Fumagalli, Fuentes Castillo, Mariano López Mayoral, y Che-ma Martínez.

De Guatemala se ausentaba constantemente, siempre se sintió muy ligado a Quezaltenango.

Una de las últimas veces que nos vimos fue en su casa de Quezaltenango. Lo visitamos con otro amigo y nos invitó a almorzar, pero tristemente era la última época de su matrimonio con Malin D'Echevers y su rivalidad intelectual llegaba a extremos de hacerse intolerable el uno para el otro. Ella era temperamental y él comenzaba a beber más de la cuenta. Un tiempo después supe que se había divorciado."

Después de mis entrevistas con el periodista Guerra Cortave, visité al Licenciado David Vela en su despacho de Director del diario El Imparcial. Teníamos muchos años de no vernos y sin embargo, me reconoció, se vio un tanto sorprendido de mi visita, pero cuando le conté mi inquietud de hacer un trabajo literario que tratara sobre los cuentos escritos por Wyld Ospina, con una firme actitud, me respondió:

"Desde hace años, yo he querido escribir más sobre la obra de Carlos Wyld Ospina: a mi criterio su obra todavía no ha sido estudiada con mayor profundidad y quienes se han preocupado de ellas tampoco han sido muy precisos al juzgarlo. Fue un hombre capaz desde todos los puntos de vista."

Abrió su escritorio y buscó un portafolio de donde sacó

unos pliegos coloreados por el paso del tiempo y me los entregó diciendo:

"En el año de 1940 yo escribía en la página literaria una columna que se llamaba 'De lo vivo a lo pintado', y lo hacía bajo el seudónimo de Adán Vigil. Una vez escribí un artículo que titulé: 'Falta escribir la historia de la Literatura Guatemalteca' tema que motivó a Wylld Ospina para que me dirigiera una carta en donde él mismo hace una apreciación de sus obras y de sus personajes, -aquí te la entrego- es un documento importante.

Carlos Wylld Ospina fue un gran poeta, novelista y periodista y siempre estuvo conectado en inquietudes y pensamiento a El Imparcial. Su voz era oída en esta casa como una voz fraternal; cuando dejó de militar activamente en nuestras columnas, de lejos seguimos con admirativa atención su labor literaria, y en su última carta nos reiteramos la prueba de que él, a su vez, siguió con cariñosa vigilante mirada la trayectoria del periódico.

En mi casa tengo más documentos que considero importantes para aclarar la posición de Wylld Ospina en las letras guatemaltecas.

¡Tengo en la cabeza escribir tantas cosas y, dentro de ellas, una de las que más me preocupan es escribir sobre la obra de Wylld Ospina!"

En mis andanzas buscando a los amigos que tuvo el escritor durante los últimos años de su vida, el periodista Antonio Argueta Guerra me presentó al poeta Rolando Quintana, quien me relató lo siguiente:

"A nosotros nos presentó el Doctor Alberto Fuentes Castillo; yo era muy joven en aquel entonces y trabajaba como asistente de Aduanas; don Carlos era en algún aspecto consultor en el Banco de

Occidente. El tenía entonces aproximadamente 60 años, pero le agradaba conversar con los jóvenes; por encima de las edades estaba la amistad del espíritu; buscábamos mutuamente la hermandad espiritual, pero no cualquiera podía llamarse su amigo, porque si alguna cosa él no toleraba era la petulancia, la mediocridad disfrazada de grandeza. Lo buscábamos los jóvenes con aspiraciones de escritores o poetas, y a nosotros nos atendía y pasaba largas horas hablándonos y escuchándonos.

Su casa, llamada Retiro Carolina, estaba situada en el barrio Las Trinitarias, en el centro de un solar que tenía flores.

Cuando yo le conocí era ya un solitario, a veces atormentado, a veces apacible, pero siempre solitario. Me contó de su ascendencia inglesa. Muchas de las características de su personalidad eran de un aristócrata de sangre, sus facciones y modales de un encanto especial. Siempre miraba de frente a las otras personas. Había en él algunas veces actitudes de orgullo y altivez. Era afable con las personas de su afecto, pero no con cualquiera.

Cuando llegábamos a su casa, en los atardeceres, siempre nos recibía vistiéndolo con su bata estilo inglés, nunca en mangas de camisa. En esa casa había libros por todas partes, además de una biblioteca con muchísimos volúmenes.

El era autodidacta, se sentía orgulloso de su formación cultural, leía mucho, mucho, todo tipo de material. Nosotros sentíamos en él, la presencia de un maestro; lo que más admirábamos era el dominio de la pureza idiomática. Más que un político fue un hombre conciente de sus deberes cívicos; nunca apoyó una dictadura, porque según él las dictaduras fomentaban el militarismo, pero no son un estímulo para los escritores. Tengo entendido que también conoció en alguna época de su vida lo que es el exilio.

Le interesaban temas como el desarrollo económico

agrícola de Guatemala. El mismo fue también agricultor.

Dijo alguna vez que escribía para una élite que supiera leer. Tenía por las letras una devoción religiosa.

El fue quien llamó a Quezaltenango, Ciudad de Las Cumbres; a la Antigua, Ciudad de las Perpetuas Rosas, y a Cobán, Ciudad Imperial.

Cuando murió, después de nuestros años de amistad, puedo con toda honra afirmar que me sentí en esos momentos, más que un amigo, su familiar que lo acompañó hasta que cerraron la tumba. No encontré a nadie que pudiera estar o sentirse más cercano que yo."

Carlos Carrera Samayo es actualmente un hombre relacionado con la banca y el deporte guatemaltecos. También es escritor y ha publicado varios cuentos. A él llegué porque supe que el Licenciado Carrera había sido una persona por la que Wyld Dspina sintió especial cariño durante sus últimos años.

Me recibió con toda la reciedumbre de su personalidad, su fuerte voz y aquella seguridad de criterio que da a algunos seres su trayectoria por la vida. Poco pude preguntarle, pero lo que escuché de él, es suficiente para conocer los aspectos que lo unieron al escritor.

"Yo puedo decir con todas las palabras que fui amigo directo de Carlos Wyld Dspina. Desde el año 1949, en que nos conocimos, nuestra amistad duró hasta el día que él murió.

Aunque yo me vine a Guatemala en el año de 1954, hubo entre nosotros correspondencia, que guardo todavía, y en la que está escrito hasta donde nuestra amistad pudo ser muy estrecha.

Los dos trabajábamos en el Banco de Occidente; él era miembro de la Junta Directiva.

Una vez, desbordando en mí el entusiasmo de escritor joven, le conté que había escrito unos cuentos. "Llegue a mi casa y los leeremos" -me dijo cortésmente-. Y no tardé al día siguiente en ir a buscarlo. -Mire Carlos -me dijo- esto es basura, y acto seguido rompió algunos de mis relatos y me dejó otros. -Aquí hay un cuento, pero trabájelo más.

Desde ese día comenzamos a hacernos muy amigos. Wylf Ospina era un hombre de una estatura más bien baja, de complexión fuerte, rubio, de una mirada aguda y penetrante. Cuando nos recibía se ponía su bata, encendía un puro y comenzaba a pasear por la habitación.

Era peripatético y tenía una erudición extraordinaria, podía hablar sobre cualquier tema. Era rebelde por naturaleza y le llamaba al pan pan y al vino vino. Su misma personalidad le permitía ser a veces cáustico e irónico, aún al juzgar a sus colegas. Era perspicaz, severo en sus juicios, inmisericorde como crítico.

Yo escuchaba siempre sus consejos y trabajaba más y más en mis cuentos. Como resultado de mi afán participé en tres oportunidades en los Juegos Florales Centroamericanos y en cada uno de los eventos obtuve un premio. Don Carlos compartía la alegría de mi éxito.

Algunos artistas e intelectuales fuimos formando un grupo, nunca le pusimos nombre. Nos reuníamos en diferentes casas y él lo presidía. Recuerdo a Víctor Villagrán Amaya, joven poeta laureado, que murió porque dispuso ir a pelear en la Marina Norteamericana. Por esos años llegó también a

Quezaltenango el poeta Manuel Mejía Vallejo y nos hicimos amigos.

En el año de 1952 fundamos el Diario de Quezaltenango, don Carlos Wyld Dspina, Hernán Hurtado Aguilar, Rafael Escobar Arguello y su servidor. Fue un diario de combate contra la política de Jacobo Arbenz Guzmán.

Siempre escribimos desde una postura cívica, por Guatemala.

Cuando yo me vine a Guatemala, nos escribimos, y, después me indicó: 'Le quiero entregar a usted las fotocopias de nuestras cartas, sé que le servirán en su trabajo, porque en algunas de ellas el autor habla precisamente de la selección que hizo de los cuentos que se publicarían póstumamente con el nombre de Los lares apagados'.

El me nombró su representante ante la Universidad de San Carlos, para establecer detalles acerca de la publicación del libro, pero después de su muerte yo desistí; fueron sus familiares quienes se encargaron de ello."

Las cartas que me entregó el Licenciado Carrera figuran en el Apéndice C del presente trabajo y tienen un valor documental respecto a la personalidad y el pensamiento del escritor.

El poeta Alberto Velásquez es reconocido como el amigo del alma, el hermano querido de Carlos Wyld Dspina; Velásquez no me lo contó, pero una noche, hojeando su Antología poética, encontré el siguiente canto:

"Ante la Comba del Infinito"

De profundis a Carlos Wyld Ospina

Carlos, hermano mío, por tu viraje eterno
¿Quién de los que te amaron
tendrá más honda pena?

Tras lentas agonías estamos ya maduros
para la muerte propia,
más no para la ajena.

Nuestros veinte años trémulos de lira y esperanza
fueron como dos álamos
de afines filomelas
Tu levadura mágica dio superiores panes,
mas nuestras rutas iban
por siempre paralelas.

Ya esperábamos ambos en la antesala cósmica
con estupor de niños
nuestro inminente turno;
Y cuando yo sentía que iba a sonar mi nombre,
sonaron tus seis letras
en el reloj nocturno.

Vas por delante, Empiezas a emprender el camino
que por plurales dédalos
conduce hacia el arcano
Y yo desde esta orilla quisiera hallar la estela
de tu encendida alondra,
pero es anhelo vano.

¿Recuerdas? Escuchábamos juntos las coplas de oro
con que a su padre muerto
loa Jorge Manrique;
y éramos cual dos naves que en pliélago inseguro
tienen la certidumbre
de que se irán a pique.

Tu diste con el vórtice primero. Tu naufragio
se consumió en segundos,
sin entrellas, a solas,
Tu pabellón flotaba sobre el más alto mástil
cuando, de noche tintas,
lo cubrieron las olas.

Morir es cosa rápida. Son raíces que ceden
y de pronto renuncian
al humus de la vida.
Mas la tala mutila ramas de árboles deudos,
y es obra más difícil
cicatrizarse heridas.

No importa. El barro efímero se hundió, más por el éter
trémola en asta pura
lo que de ti persiste
Nuestra mejor sonrisa canta gozosamente
la afirmación del numen
sobre la carne triste.

Para quien ha cavado la tierra del misterio,
la muerte es pan divino
con vino de los dioses.
Te invita ya a su mesa los seres inmortales,
y en el mantel se extinguen
los últimos adioses." /12/

/12/ Alberto Velásquez, Antología Poética, (Guatemala: Editorial Universitaria, 1958), p. 323.

V. FUNCIONES NARRATIVAS EN LOS CUENTOS QUE TRATAN EL TEMA INDIGENA

Al tomar como punto de partida para realizar el presente trabajo la naturaleza que Carlos Wylid Ospina imprimió a sus cuentos, creo que las pautas que establece Roland Barthes para realizar una aproximación literaria son adecuables. Al apoyarme en este sistema, pretendo llegar a descubrir los elementos expresivos más importantes que integran sus relatos.

He decidido partir de los temas o ideas centrales, porque sus relatos se prestan para agruparlos desde esos aspectos literarios, y a partir de dichas agrupaciones, sustentaré mis exposiciones en el sistema de Barthes.

A causa de la variedad de acepciones que existen en nuestra lengua para algunas palabras, creo conveniente aclarar el sentido en que se deben entender los siguientes términos.

A. Tema

"Las frases individuales se combinan entre sí, siguen su sentido, realizando una cierta construcción en la que se hallan unidas por una idea o tema común. Las significaciones de los elementos particulares de la obra constituyen una unidad que es el tema.

El tema es, entonces, el elemento unificador, totalizador, de los contenidos semánticos o significativos de un texto."/13/

Al determinar el tema como elemento unificador de los contenidos del texto, he dispuesto agrupar los cuentos de la siguiente manera:

- "La tierra de las nahuyacas"
- "Los lares apagados"

Estos son los dos cuentos relacionados con el tema del mundo espiritual del indígena kechí.

- "La mala hembra"
- "Los dos"
- "La apuesta"
- "La nena Pérez"
- "La caballona"

Representan los cinco cuentos escogidos en donde el autor trata el tema amoroso como encuentro-separación.

B. Funciones narrativas

Según R. Barthes, en el discurso narrativo todo tiene sentido:

"En segundo lugar, como la 'lengua' de la narración no coincide necesariamente con la lengua del

/13/ Eugenio Castelli, El texto literario, teoría y método para un análisis integral (Argentina: Ediciones Castañeda, 1978), p. 26.

lenguaje articulado, aunque a menudo sea soportado por ella, será fácil deducir que las unidades narrativas serán sustancialmente independientes de las unidades lingüísticas, aunque ocasionalmente podrían coincidir." /14/

De acuerdo con las correlaciones de las diferentes unidades de la lengua de la narración, en que se pueden establecer dos tipos de unidades, para Barthes pueden ser superiores o inferiores a la frase. Les da la siguiente denominación: 1) funciones nucleares, y 2) funciones catalíticas.

1. Funciones nucleares. Constituyen los verdaderos ejes o puntos de partida de la narración, sin los cuales la misma no se mueve o no adquiere la dirección precisa. Están representadas por la acción de los personajes, y remiten de un acto a otro consecuente. Están identificadas con la acción que mueve el argumento de la obra literaria.

2. Funciones catalíticas. Despiertan casi siempre la tensión semántica del discurso, mantienen la relación entre el narrador y el lector. Aceleran, retardan o reactivan el discurso.

Dentro de las funciones catalíticas podemos considerar:
a) los índices, y b) los informantes.

a. Índices. Remiten a un carácter, a un sentimiento, a una atmósfera, a una filosofía; tienen

/14/ Renato Prado Oropeza, El lenguaje narrativo (Costa Rica: Editorial Centroamericana, EDUCA 1979), p. 262.

siempre significados implícitos; amplifican una actividad de desciframiento. Son indicios de identidad personal, medio social, sentimiento, atmósfera.

b. Informantes. Sirven para situar en el tiempo y en el espacio; son datos puros inmediatamente significantes; aportan un conocimiento totalmente hecho; su funcionalidad es un tanto débil pues es un operador realista.

3. Los personajes. Según Tomashevski, quien ha establecido la base para el estudio de los personajes dentro de la obra literaria:

"El personaje es en primer término el elemento que a nivel del discurso asume como sujeto (agente o paciente) los revestimientos de las acciones, descripciones y papeles que hace de él, precisamente lo que es."/15/

"Se llama característica del personaje el sistema de motivos al que está indisolublemente asociado. Más estrictamente se entiende por característica a los motivos que definen el alma y el carácter del personaje."/16/

4. Protagonista. Es definido también por Tomashevski como el personaje que recibe la carga emocional más intensa.

/15/ Tomashevski, "Temática", publicado en Teoría de la literatura de los formalistas rusos (Buenos Aires: Signos, 1970) pp. 202-203.

/16/ Ibid.

Según Barthes: no existe una sola narración en el mundo sin personajes y las funciones de los personajes se agrupan en secuencias.

Hechas las aclaraciones anteriores acerca de la terminología que usaré en este trabajo, partiré de los argumentos para iniciar el camino de aproximación semiótica a través de funciones de sus personajes y la relación que éstas tengan con las incursiones del narrador, con sus índices y con los informantes.

C. Interpretación del material literario

"La tierra de las nahuyacas"

Sebastián Ax es un cazador que vive en el ámbito del departamento de Cobán; desea algún día poder comprar una parcela y por ello trabaja incesantemente. Es mozo colono, aprende el oficio de albañil y logra establecerse como artesano. Cuando llega a esta situación, logra comprar una parcela. De esta manera cree haber alcanzado una situación que le dará prestigio y estabilidad. Se encuentra con un abogado picaplietos y torcedor de la ley que lo conmina para que venda el terreno a otra persona. Sebastián Ax, al no encontrar el respaldo esperado en ese mismo abogado a quien le expone su situación, va a requerir el consejo de su compadre José Cul. El compadre era un indio aladinado, hipócrita, mañero, servil con los superiores y déspota con

quienes estaban a su cargo. Le aconsejó que utilizara la intriga como medio para defenderse o bien el camino político y la venganza para mantener el derecho de su terreno. Sus consejos no logran convencer a Ax, porque era un hombre de espíritu justo. Decide buscar la solución y recurre a sus rezos y su fe.

Al final, tiene un acceso de fiebre alta en donde en una visión mágica cree ver a los dioses enfurecidos por el despojo de la tierra.

Por consejos del "ilonel" brujo, consultor, entiende que en esta época ya nadie es dueño de la tierra (los hombres la tienen en préstamo, solamente). La ambición que actualmente domina la combatirá la sombra del "hombre bueno".

"Los lares apagados"

El protagonista se llama Bartolomé Yat, un indígena que nace en el ámbito familiar de artesanos carpinteros y desciende de una familia de abolengo indígena. No está satisfecho con su oficio porque cree que de esta manera no logrará poseer la tierra. Para tomar la decisión de abandonar su oficio, busca el consejo del "banolel", el brujo, y de su padrino, quienes están de acuerdo que abandone el oficio que aprendió de su padre y se lance a la búsqueda de la consecución de la tierra. Primero entra en una finca de

mozo cortador de café; después, de mesero de la misma propiedad; enseguida va desempeñando las labores de capataz, mecánico, hasta que llega a convertirse en el hombre de confianza del patrón. Al lograr esta posición logra que el patrón le dé una parcela de tierra como arrendatario. Vive una aventura amorosa con la sobrina del patrón, mestiza que lo desprecia. Se une a una indígena y junto a ella cree que puede hacer realidad sus sueños. Cultiva el maíz y cría animalitos. Por la inclemencia de un temporal se ve despojado de sus logros.

Al final del relato se ve envuelto injustamente en un hecho delictivo. Es encarcelado, pierde sus bienes materiales y espirituales. No puede tener más la tierra. Su conciencia se enfrenta a los dioses, percibe que le aconsejan que se vaya del lugar, que no vuelva hasta que la tierra no sea nuevamente pertenencia del indígena.

En las dos formas argumentales anteriores, vemos gran similitud en la secuencia que forman las funciones nucleares de cada uno:

"La tierra de las nahuyacas"

- El protagonista busca el ascenso económico y social a través de obtener la posesión de la tierra.

"Un día cansado de vegetar, Sebastián Ax lió sus ropas y cacharros, se echó un cacaxte a la

espalda, cogió el machete y enfiló el trotecillo, seguido de la mujer por la vereda áspera."
 ("La tierra de las nahuyacas", p. 30).

"En una finca cercana sentó plaza de mozo colono."
 (Ibid. p. 30)

"Ax redondeó, al cabo, un buen golpe de pesos."
 (Ibid. p. 30).

"Pero le tiraba la ciudad nativa, de donde saliesen sus padres en mala hora. Era cobanero de origen; y otro día feliz, marchose a la cabecera departamental. Compró allí un solar y aprendió la albañilería. Otros años de labor premiosa y de cicaterías sin cuento, le dieron una finquita con maizales y ganado. Y siguió acumulando bienes hasta cobrar fama de rico."
 (Ibid. p. 30).

"Los lares apagados"

"Mi padre no me necesita en el taller. Mi padre tiene dinero para comprar más tierra. Yo no quiero trabajar en su taller como operario: quiero trabajar en el campo como patrón. Ya sabré comprar mi terrenito con mis ahorros."
 ("Los lares apagados", p. 34).

"Al correr los meses, Bartolomé Yat logró comprender el sentido de algunas locuciones y frases en alemán; y de ello se complacía cuando en la finca los patronos holgábanse y había invitados que llegaban de lejos o de haciendas cercanas. Entonces se le encargaba de servir la mesa, vestido de punta en blanco y con una servilleta al brazo."
 (Ibid, p. 36).

"Bartolomé Yat mandaba la cuadrilla de peones talladores."
 (Ibid. p. 49).

"Su herencia de labriego tendía a mantenerlo pegado a la tierra, que al fin poseía en usufructo

de hecho, bajo la paz segura de la montaña; pero la ambición ansiosa de su inteligencia, tiraba de su ánimo.
(Ibid. p. 59).

La función del ascenso está determinada en los dos protagonistas, al iniciarse el relato, partiendo de una situación estática (vegetar, resistir al trabajo) hacia la búsqueda de un cambio. Los dos inician su nueva vida cuando eran mozos colonos, pero después se separa la acción de cada uno porque Ax hace dinero, trabaja como albañil, compra una finquita, hasta cobrar fama de rico.

Yat no logra ascenso económico, pero encuentra el ascenso social; hace de caporal, de mecánico, de mesero y desempeñando diferentes oficios que aprende por su inteligencia; se convierte en el hombre de confianza del patrón alemán; a tal grado, que se gana el aprecio y el patrón, a cambio, le entrega una parcela de tierra para que se establezca, siembre maíz y críe animales.

En la primera función desempeñada por los protagonistas descubrimos que los dos encuentran su ascenso y la posesión de la tierra.

- El protagonista vive una experiencia conflictiva que le causa frustración.

La vida del indígena está seriamente en conflicto con la justicia del hombre; la conoce a través de sus duras

experiencias. La justicia administrada por los hombres, en su mente, no es acorde con la justicia que él conoce más: la de los dioses. Sea el Dios que le enseñó a amar el español o se trate de sus dioses ancestrales.

"La tierra de las nahuyacas"

"Andando el tiempo, sólo una inquietud vino a perturbar el ánimo de Sebastián Ax: un antiguo pleito judicial por linderos, con un vecino. Era el tal un mestizo agricultor y mezclado en triquiñuelas de juzgado".
("La tierra de las nahuyacas", p. 32).

"Volvió a poco Sebastián Ax. El Licenciado le contempló estupefacto. Se alzó de un sillón de bayeta remendada, bajó las gafas hasta la punta de la nariz para mirar sin pestañeos a su cliente, y luego tomóle del brazo, sacudiéndole:

—La parte nueva del terreno, que compraste el año pasado, te recuerdas?, no está registrada, entiendes?

—No entiendo, caguá."
(Ibid. p. 33).

"Sebastián Ax escuchaba silencioso, con desconfianza, rechazaba en su fuero interno los procedimientos aconsejados por Cuí: tenía sano horror a 'meterse con las autoridades'. Y luego había que dar dinero, mucho dinero, nunca bastante, sin embargo, a saciar la inconmensurable codicia de quienes medran con los pleitos ajenos."
(Ibid. p. 36).

"Pero el sentimiento de venganza, que nacía de un confuso miedo, galvanizó la voluntad de Sebastián Ax. Intentaría el ataque con ayuda de los dioses, más fáciles de interesar y a menor costo que jueces y funcionarios."

"Los lares apagados"

"Un rato después los alguaciles extraían, de entre el montón de tusas de la troje, a Juan Tzum, y este Bartolomé Yat y su mujer eran conducidos presos formando fila india con las muñecas atadas."

("Los lares apagados", p. 74).

"¿Por qué se me lleva?

Ya lo sabrás luego, si es que lo ignoras-cacareó alegremente el hombre de la justicia.

El maquinismo judicial, con sus complicados engranajes de papel sellado, interrogatorios, declaraciones, cargos y artículos de código, aplastó a Bartolomé Yat sin que él acertase a saber qué estaba pasando en definitiva.

Entre una cadena de presos, con la custodia de un piquete de soldados que cargaban máuseres en la bandolera, echó camino adelante. Al internarse en la sierra, respiró a sus anchas el buen viento salvaje; y pensó, sin ira ni pena, como se piensa en un problema extraño a uno mismo:

-Macá li chacrrb... Macá li chacrrb... (No hay justicia... No hay justicia...)." ("Los lares apagados", p. 79).

El indígena kecchí se torna totalmente conflictivo cuando se trata de afrontar situaciones en las que tenga que ver con la autoridad y el sistema de justicia dentro del cual está socialmente inmerso. No sabe qué caminos seguir cuando tiene que enfrentarse a la injusticia de la Ley. "Meterse con las autoridades", significa para él entrar en un abismo del que nunca sale bien. No conoce los medios por donde

él sólo pueda salir de una situación como esa. No tiene más que recurrir a la búsqueda de ayuda de seres superiores: sus dioses.

Los dos conflictos que atrapan a los dos protagonistas tienen la misma raíz: su enfrentamiento a la "justicia" que gobierna entre los hombres. Los dos saben de "la incommensurable codicia de quienes medran con los pleitos ajenos" y "el maquinismo judicial con sus complicados engranajes de papel sellado, interrogatorios, declaraciones, cargos y artículos de código". La situación llega a ser algo incomprensible y por ello buscan siempre el consejo de otro, la misma forma de apoyo.

Sebastián Ax, por su mismo ascenso económico, sabe de los procedimientos aconsejados para meterse con las autoridades, pero los desecha; Bartolomé Yat, los ignora. El primero sabe lo que significará para él el hecho de ser sometido a algún juicio; el segundo, desconoce totalmente el significado de la experiencia que está viviendo.

Los dos ignoran verdaderamente cuáles son las leyes escritas que protegen a los individuos de la sociedad a que pertenecen, oportunidad que no desperdician otros para aprovecharse de ellos. Los protagonistas están en desventaja hacia los otros, porque uno, en mayor escala que otro, es un iletrado.

El primero, resuelve su conflicto terrenal por medios espirituales, porque demanda ayuda de sus dioses. El segundo, se queda reflexionando con cierta perplejidad: "no hay justicia... No hay justicia..."

Las dos actitudes vienen a corroborar la posición de desamparo y soledad en que mutuamente se encuentran.

Los dos experimentan un conflicto social que por desconocerlo, viene a transformarse en un conflicto espiritual. Esta situación los hace sentirse doblemente frustrados.

- El protagonista resuelve su conflicto por medio del escape.

Los diálogos que aparecerán a continuación pertenecen a la parte final o cierre de los dos cuentos. Son manifestaciones que servirán para confirmar la tercera acción del protagonista.

El indígena busca al brujo o "banonel", a quien también le da el nombre de "ilonel", para que le ayude a aclarar su confusión y le indique el camino para encontrar la solución a sus problemas.

"Tú que sabes de las cosas ocultas, dime si siempre nos dañará el ladino..."

El viejo consideró largo rato la cuestión antes de responder. Al fin dijo:

Lo que vendrá es más obscuro que los secretos del cuerpo ruin, habitante de los lugares húmedos y sombríos. El pájaro no se deja ver de nuestros ojos y el porvenir se oculta a nuestro saber. Sólo el dios ve donde el hombre no ve. Pero al hombre santo le está concedida la vista de lo que está tras el tiempo."
 ("La tierra de las nahuyacas", p. 53).

"Pero su mayor pensamiento fue para el banonel anciano, sabedor de las cosas profundas, perdido en su pedazo de montaña... Mientras caminaba, su mente susurró desde el pasado: y ahora agregó una voz interna:

¿Es eso justicia? Sólo Dios lo sabe."
 ("Los lares apagados", p. 80).

El protagonista no es capaz de tomar decisiones por sí mismo: entonces recurre al consejo del banonel, el viejo que le sirve de intermediario entre los hombres y los dioses, entre el bien y el mal, entre el pasado y el presente, y que al mismo tiempo, representa la voz de su conciencia. Este personaje en los dos cuentos desempeña la misma acción: explica la relación de lo ancestral con el presente y da soluciones mágicas a todo lo que ni él ni el indígena pueden comprender. Lo orienta hacia su conocimiento del pasado y sabe cómo aliviar las heridas y el dolor que le causa el presente, a través de visiones mágicas producidas por el licor que le torna más confusa la mente. Según el banonel, todo es obscuro para el hombre común. "El pájaro no se deja ver", "sólo el hombre santo y el dios pueden ver donde el hombre no ve y hasta lo que está tras el tiempo". Puede

interpretarse en ese párrafo que, para el protagonista, el indígena, no existe la posibilidad de ver con claridad las cosas de la tierra, representadas en el cuerpo ruin que habita en lugares húmedos; tampoco le está permitido ver "el pájaro", que, en este caso, representa la dimensión del cielo y lo que se mueve por los aires. El porvenir y el tiempo solamente lo pueden contemplar los hombres santos y los dioses.

Para Sebastián Ax, las cosas de los cielos y las cosas terrenales son igualmente oscuras: tendrá que seguir consultando a los dioses y a los hombres santos.

En el segundo párrafo, que pertenece al otro relato, vemos cómo el protagonista, mental y espiritualmente, tiene una dependencia de su banonel: no solamente es el hombre sino que también actúa como la voz de su conciencia. Entonces le da también una solución incomprensible para él, porque de lo que es "justicia" sólo Dios lo sabe.

Si buscamos una conclusión retomando los dos párrafos, podemos afirmar: el conocimiento, o el acceso a las cosas que conforman este mundo y a los seres que conforman el trasmundo, le está vedado al protagonista; para las cosas de aquí y para las cosas de allá, siempre sabrá encontrar una solución mágica.

He considerado necesario hacer estas aclaraciones acerca

del banonel, porque es el personaje que interviene ante el protagonista, para que la tercera y última función se realice dentro del relato.

"Pronto, la banda fantasmagórica vino hacia los dos indios, a modo de una marea plumiza en olas perezosas. ¿Iría a arrollarlos, tragándoles el aliento? Espantado, Sebastián Ax preguntó al brujo:

¿Qué son?

Los dueños de la tierra.

¿Todos?

Todos son, todos lo fueron, pero ninguno es.

¿Por qué?

Porque Tzul Takka sólo hace a los hombres el préstamo de la tierra.

Sebastián Ax no quiso ver más y púsose a sollozar pensando:

¿Quién nos salvará de los vivos y los muertos? El pensamiento del viejo le respondió sin palabras:

La sombra del chabil guik (del hombre bueno) Luego, el brujo comenzó a recitar: Ix li saké li poo, li chaim... (salió el sol, la luna, los luceros...). "
("La tierra de las nahuyacas", p. 85).

"Abatióse de nuevo y pegó sus labios resecos a la tierra reseca y muerta; y la estuvo ablandando con sus lágrimas.

Del alma fui a aquella corriente salobre, amorosa, perenne como si no hubiera de agotarse nunca.

Y entonces, descendiendo desde lo alto de la cripta espantosa, una voz cayó en la conciencia del kecchí: Mex Chal guán, toj te rechán le chooch. (No volváis hasta que la tierra sea vuestra).

Un retumbo estremeció el ambiente pastoso de la cueva. El rugido del ix o el trueno de la profecía en que se dijo: ¿hasta que sea?

Obedeció Bartolomé Yat, y a trote largo, tomó el rumbo de la frontera."
("Los lares apagados", p. 84).

Con los dos extractos anteriores se observa la tercera función del protagonista. Los dos concluyen su acción cuando no saben hallarle fin a sus problemas y buscan al brujo o banonel para consultarle. El brujo tampoco sabe encontrarle una solución a ese problema de la vida real porque vive apegado a lo mágico y a los antepasados. A ambos les da una solución mágica. La evasión resuelve el conflicto de la posesión de la tierra.

En el primer párrafo, Sebastián Ax, después de tomar un brebaje que le ha dado el ilonel, tiene una visión mágica en donde los seres se mezclan con las nubes y las sombras: "vivían sin vivir y eran sin ser". El mismo se torna en el hombre de sus sueños, capaz de ver lo que de otra manera no podía. Contempla la tumba de sus antepasados ignotos.

Su conflicto mayor ha sido provocado por no saber cómo defenderse de los hombres que sustentan la justicia terrenal

y no sólo a él le ha pasado algo así, le ha pasado también a todos los que le antecedieron: "Todos lo son, todos lo fueron, pero ninguno lo es", la tierra no pertenece a nadie, si no al gran dios, Tzuul Takká. Nuevamente encontramos al protagonista desolado, sollozando, porque no comprende ni las soluciones de los hombres, ni las soluciones de sus dioses. Vemos cómo la voz del brujo se mete nuevamente dentro de su pensamiento y le habla del "hombre bueno", a quien no describe pero en el que confía. Luego habla de un paisaje irreal, donde salen el sol, la luna y los luceros al mismo tiempo. Todo el párrafo anterior significa, tanto para el protagonista como para el ilonel: un medio mágico de darle fin al conflicto... Y los sueños, las visiones, no significan más que evasión.

De la misma manera que lo hace el protagonista del relato anterior, Bartolomé Yat, llora con un sentimiento profundo de desolación, cuando su vida es acosada por las injusticias. Dispone huir hacia las montañas, donde suele llegar su banonel, para encontrar en su voz el consuelo a sus padeceres.

"Finalmente, levantó el rostro herido por la piedra, y su sudor era sangre. Parecía un ídolo renegrido por el vaho de seculares holocaustos."

Tierra, hombre y llanto están nuevamente presentes en la escena del segundo párrafo y, de la misma manera que el

anterior, el protagonista escucha una voz que le cae en la conciencia: "No volváis hasta que la tierra sea vuestra". El protagonista escapa del conflicto trasladándose a otro territorio.

De esta manera se puede observar cómo el autor plasma, en los dos cuentos, la tercera función del personaje, denominada "escape". El llanto, la frustración, la huida del protagonista por un hecho mágico, definen la situación y el conflicto. En ambos cuentos, el conflicto se originó porque el protagonista no alcanza a poseer la tierra.

A través del estudio de las funciones de los protagonistas en los dos cuentos, representadas por las mismas acciones, deducimos que, a pesar de los años que mediaron entre la creación de un cuento y de otro, dominó al autor la idea de la situación del indígena kechí, presionado por la sociedad en que vive y sus creencias.

La línea de acción de los dos protagonistas, de acuerdo con sus funciones, se puede hacer gráfica de la siguiente manera:

"La tierra de las nahuyacas"

Se da entre dos conflictos:

1. Interior: la búsqueda del ascenso económico.
2. Exterior: el enfrentamiento a la justicia.

"Los lares apagados"

Se da entre dos conflictos:

1. Interior: la búsqueda de un ascenso social.
2. Exterior: el enfrentamiento a la justicia.

Funciones del protagonista en "La tierra de las nahuyacas":

Inicio de la acción

Aparición de un conflicto interior, manifestado por la búsqueda de un ascenso económico.

Posesión de la tierraAdquisición de la tierra

Aparición de un conflicto con la justicia.
Conflicto exterior.

Pérdida de la tierra

Solución del conflicto exterior.

Final de la acción

Solución del conflicto interior: escape, evasión por medio de una solución mágica.

Funciones del protagonista en "Los lares apagados":

Inicio de la acción

Aparición de un conflicto interior, manifestado por la carencia de identidad y la búsqueda de ascenso social.

Posesión de la tierra

Adquisición de la tierra

Aparición de un conflicto con los fenómenos de la naturaleza y con la justicia.

Pérdida de la tierra

Solución del conflicto exterior.

Final de la acción

Solución del conflicto interior: escape, evasión, por medio de una solución mágica.

Como podemos observar, con dos variantes en el segundo cuento, las funciones de los protagonistas se pueden concretar de la siguiente manera:

"La tierra de las nahuyacas"

Primera función: la búsqueda.

Segunda función: frustración.

Tercera función: escape mágico.

"Los lares apagados"

Primera función: la búsqueda.

Segunda función: frustración.

Tercera función: escape mágico.

Visto el seguimiento narrativo de esta manera, viene a ser igual en cada uno de los cuentos.

He considerado necesario, además, buscar en este tema la configuración de otras funciones narrativas: las catalíticas a las que se les identifica como los elementos que despiertan la tensión semántica del discurso.

Estas funciones, en los cuentos de Wylid Ospina, son también relevantes. El autor no logró desprender a sus personajes del dominio del narrador. Es él quien generalmente determina las demás funciones narrativas.

Los índices (que se consideran las funciones catalíticas que nos conducen a descubrir el carácter, los sentimientos o la atmósfera dentro de la que el personaje se desenvuelve) ocupan en el caso de Wylid Ospina el mayor espacio narrativo.

D. El narrador

Defino como narrador al ser que el autor coloca entre él

y el lector para narrar las acciones; es decir, en quien delega el acto de narrar.

Wyld Ospina, en estos cuentos, usa la misma técnica que utilizaron los cuentistas del siglo XIX y principios del XX: la omnisciencia del narrador.

Gerard Genette, autor cuyas apreciaciones también sirven a Barthes para sustentar su metodología, al analizar este aspecto técnico del relato, lo denomina en general como focalizaciones.

Propone que esas focalizaciones puedan ser estudiadas según las diversas innovaciones que los autores puedan introducir, y fija tres actitudes básicas y su multiplicación en varias modalidades particulares:

- Narrador omnisciente
- Narrador protagonista, y
- Narrador testigo

Narrador omnisciente es "el que sabe todo sobre las acciones, pensamientos y motivaciones de los personajes, interna o externamente". Esta focalización posee las siguientes características:

- "a. Cuenta la historia del o de los personajes, acompañando el relato de las acciones con acotaciones sobre las causas o motivaciones y consecuencias reales o posibles de los hechos.

- b. Junto a la historia del personaje se relata también lo que éste piensa o siente interiormente.
- c. El narrador relata al mismo personaje su historia. Actúa a la manera de su conciencia que lo coloca ante los hechos."/17/

El párrafo que a continuación transcribo, sirve para ejemplarizar como, en el caso de estos cuentos, el narrador agota las posibilidades de la omnisciencia.

"Esa noche, en tanto que desnudaba y asistía al caguá patrón, don 'Volman', ya impotente por haber ingerido demasiados bocks de cerveza, Bartolomé aprovechó del pesado sueño del sesentón para plantarse ante el espejo de luna del ropero; y, al mirarse de traje blanco, impoluto y elegante como el smoking de los señores, consideró su estatura y las formas de su cuerpo... Y poseyó, de súbito, insólita emoción, que no alteró sin embargo la expresión habitual de su fisonomía, extraordinariamente viril y dura, con vaga reminiscencia de la cerámica sagrada que reproduce la faz hierática de algunos ídolos de su raza. Y reflexionó con grave y sorprendido regodeo: esto significa sin duda lo que dijo la señora del señor mecánico."
 ("Los lares apagados", p. 38).

Si hacemos -para clarificar- una separación de párrafos, tenemos entonces las siguientes focalizaciones del narrador:

1. Cuenta la historia de un personaje, acompañado de anotaciones:

"Esa noche, en tanto que desnudaba y asistía al caguá patrón don 'Volman'; ya impotente por haber ingerido demasiados bocks de cerveza, Bartolomé

/17/ Eugenio Castelli, El texto literario. Teoría y método para un análisis integral, (Argentina: Ediciones Castañeda, 1978) p. 97.

aprovechóse del pesado sueño del sesentón para plantarse ante el espejo de luna del ropero; y, al mirarse de traje blanco, impoluto y elegante como el smoking de los señores, consideró su estatura y las formas de su cuerpo...

2. Junto a la historia del personaje se relata también lo que éste piensa o siente interiormente:

"Y lo poseyó de súbito, insólita emoción, que no alteró sin embargo la expresión habitual de su fisonomía, extraordinariamente viril y dura, con vaga reminiscencia de la cerámica sagrada que reproduce la faz hierática de los ídolos de su raza.

3. El narrador actúa a la manera de su conciencia que lo coloca ante sus hechos:

"...Y reflexionó con grave y sorprendido regodeo: esto significa sin duda lo que dijo la señora del señor mecánico."

El ejemplo que desglosa el extenso párrafo anterior, denota un rasgo que, en la narrativa general del autor, sobresale.

En "La tierra de las nahuyacas", por ejemplo, el diálogo de los personajes es mínimo, predominan las focalizaciones del narrador en las que describe el ámbito y las costumbres. En "Los lares apagados", también el diálogo se hace menor ante las descripciones del ámbito y de los estados de ánimo de los personajes. Rasgos que, al establecer una comparación entre los dos cuentos, se tornan en una

característica debido a que la intervención del narrador omnisciente define la misma técnica.

Acerca de esta tendencia en la creación literaria, León Sumerlian opina:

"Hay dos maneras de escribir una historia: la escena y el resumen. La escena es el método dramático; el resumen, el narrativo...

(...)

El resumen introduce al autor y su alter ego, su vocero; salvo que sea un resumen a cargo de un personaje, en cuyo caso se vuelva dramático.

Hay un cambio de voz, de escena a resumen y de resumen a escena y el lector prefiere inconscientemente la voz de un personaje, porque implica una escritura mimética. Cuando el escritor habla por su propia voz, el elemento fundamental de mimesis es definitivamente menor y el interés del lector disminuye. La audición reemplaza a la visión y el oído es más débil que la vista para la creación de imágenes mentales. Sin embargo, por escénica que sea, una historia requiere un narrador. La omniscencia puede eliminarse pero la voz del narrador no. La seguimos oyendo..."/18/

Al descubrir y aceptar la teoría de Sumerlian, sobre las focalizaciones del narrador, y el efecto que éstas tienen sobre el lector, encontramos que, en los cuentos de tema indígena escritos por Wyld Ospina, la voz del narrador se impone a la voz de los personajes y, como consecuencia, existe en ellos más descripciones que acción en el diálogo

de los personajes. Dentro de esta modalidad, los transforma ante los ojos del lector en seres hechos de una substancia abstracta más que de una realidad. El lector se ve transformado en un destinatario que recibe exposición de ideas, más que en receptor del mundo de las acciones de esos personajes.

Como un corolario que puede servir para comprobar lo expuesto en el párrafo que antecede, y que al mismo tiempo sirve para dar un indicio de la vida interior de los protagonistas, los siguientes extractos han sido escogidos a fin de poder observar la actitud de pasividad y reflexión en que estos protagonistas viven.

"La tierra de las nahuyacas"

"Esa noche era casto Sebastián Ax. Ponía su pensamiento en la sagrada petición, lejos de las concupiscencias turbadoras del sexo."
("La tierra de las nahuyacas", p. 19).

"En la mente de Sebastián Ax la idea de la tierra era inseparable del cultivo divino.
(Ibid. p. 22).

"Sebastián Ax, no llegó a discernir así, pero se trasmutaba en el conocimiento subconciente de las cosas -suprema base de la fe."
(Ibid. p. 22).

"Sebastián Ax nunca se preguntó si, de tal suerte, era feliz. Sólo sabía que ése era el modo de vivir para el creyente."
(Ibid. p. 23).

"Sebastián Ax desconocía la gran codicia. Sólo era susceptible a una especie de ambición paciente, sin prisas, que acumulaba grano por grano, quizá bajo la presión de una obscura ley de herencia..."
(Ibid. p. 25).

"Cuando fue rico, pensó en talar los cafetos de su patio. Sentía rencorosa prevención hacia el arbusto exótico, también intruso en las santas tierras de los kecchíes."
(Ibid. p. 31).

"El indio no contestó. Rehuyó la mirada del leguleyo y quedóse observando los muebles de la estancia."
(Ibid. p. 32).

"Pidió con lágrimas silenciosas, preñadas de confortante odio, el exterminio de su enemigo, o al menos, el fracaso de sus planes. Si Sebastián Ax hubiese sido un hombre blanco, a su petición la habría llamado justicia..."
(Ibid. p. 36).

"Sebastián Ax escuchó aquello con alegría silenciosa y honda, como el Kalebal recibe la lluvia de primavera."
(Ibid. p. 54).

En este cuento podemos observar la actitud anterior que mantiene el protagonista, localizada a través de las acciones:

"Poner sus pensamientos, la idea de la tierra era inseparable, no llegó a discernir, nunca se preguntó, era susceptible a una especie de ambición paciente, pidió con lágrimas silenciosas",

todas ellas son indicios de una "no acción" visible. Únicamente experimenta en su mundo interior ideas y emociones.

"Los lares apagados"

"Un árbol -deducía Bartolomé Yat- es una cosa santa, y por consiguiente, una cosa buena."
("Los lares apabados", p. 50).

"Yat consideró la inmensidad del abismo que separa un ser de otro ser."
(Ibid. p. 52).

"_Además -recapacitó Bartolomé Yat- las fieras y los animales dañinos sólo atacan cuando les atormenta el hambre..."
(Ibid. p. 65).

"Ellos son respetados por los sabedores -recordó Bartolomé Yat discurrendo a su modo elemental-."
(Ibid. p. 65).

"Pensó en volver a Cobán, a casa de sus padres. Pero no: era la confesión de su derrota."
(Ibid. p. 72).

"Había recontado, inmóvil sobre su piedra, los años vividos y las fatigas soportadas."
(Ibid. p. 80).

"Mientras caminaba, su mente le susurró desde el pasado: Macá li chacrrab. (No hay justicia)."
(Ibid. p. 80).

Podemos darnos cuenta de que existe una similitud entre las actitudes del protagonista de "Los lares apagados" y las del protagonista de "La tierra de las nahuyacas", porque Yat también se mantiene en una actitud de reflexión, de experimentar pensamientos que no comunica a nadie. Coinciden de la misma forma, en la circunstancia de haber sido despojados de su mundo material y, quizás como una reacción, los

dos se apegan a su mundo interior. En el segundo cuento, en paralelismo con el título del cuento, esas características interiores del protagonista son indicios de que los habitantes de esos lugares poseen también un espíritu apagado.

E. El ámbito mágico y mítico

Wyld Ospina, a su manera, quiso perfilar en sus cuentos aquello que hasta nuestros días constituye el mundo mágico y mítico de los kechhies.

Para este grupo indígena, el maíz es el sustento de la vida, su siembra sagrada: lo ha concebido como una materialización de la substancia divina, el cuerpo del dios que se da a las criaturas en forma de alimento.

En esta siembra están las raíces más profundas que los unen a sus antepasados y los sostienen en la actualidad para perpetuarse en el futuro.

Dentro de las focalizaciones del narrador encontramos varios párrafos que tratan este tema:

"La mitología kechhí no deificó el maíz en forma que algunos investigadores han creído por apariencias superficiales. Lo concibió, más bien como una materialización de la substancia divina: cuerpo del dios que se da a las criaturas en forma de alimento."
("La tierra de las nahuyacas", p. 24).

"El maíz crece en todos los climas y en todas las estaciones; produce hasta cuatro cosechas anuales.

Su ubicuidad y sus variedades numerosas, unidas a su perenne florecer, son prueba de su divina misión sobre la tierra de los kechíes. Sin él se hundieran los imperios arcaicos y se dispersaran los pueblos remotos como la polvoreda de cenizas que al viento alza las rozas apagadas..." (Ibid. p. 25).

El maíz es la vida del kechí; sin haber aprendido a cultivarlo, su raza hubiera perecido desde hace siglos. Es el único alimento que le sustenta la existencia. El indígena lo deifica y lo bendice.

El rito de su siembra conserva todavía dentro de los kechíes características mágicas.

"Sebastián Ax llena los tazones con la sopa fraterna, y alarga sucesivamente uno a cada uno de los sembradores: antes de entregarlo a la mano que se tiende, sopla sobre el recipiente simbolizando el soplo creador que da vida. Los sembradores comen en silencio, los manjares benditos." ("La tierra de las nahuyacas", p. 50).

"Luego van todos hacia el campo de sembradura. Y allí bajo la misericordia inagotable, sobre la tierra de bodas el ilonel anciano arroja volutas nubosas del toscó incensario, en que crepita el copal litúrgico hacia los cuatro puntos del horizonte." (Ibid. p. 50).

La siembra del maíz es un rito para los campesinos, hombres que con varios días de anticipación se purifican: no beben ni comen cosas prohibidas y tampoco tocan a la mujer. Buscan la castidad del espíritu y del cuerpo, para presentar con toda pureza, antes de la siembra, las mazorcas ante un altar en donde sahuman por toda la noche.

En este ritual participan todos los hombres de la comunidad y, como representación del significado sagrado del alimento, comen todos del mismo manjar. La tierra es para los kechñes el complemento sagrado de sus ritos, porque sólo ella puede hacer crecer el maíz. Semilla y tierra representan dentro de sus costumbres, las fuentes primigenias de su esencia.

F. La atmósfera del sincretismo religioso

El sincretismo religioso en que vive el kechñí hace que no sepa deslindar entre sus ritos y sus creencias. Su fe se ve sustentada por dos fuerzas espirituales que conviven en su alma. No rivalizan ni se oponen; sirven para intensificar sus plegarias y sus manifestaciones de devoción. Cuatro siglos después de haber sido implantada, la religión católica no ha podido borrar del espíritu kechñí la creencia en sus dioses:

"Ardiendo en avidez, pero calmosamente, el muchacho preguntó:

¿Cómo es el mam, caguá?

El mam es el dios que lleva los dos cuerpos de la Tuna en la espalda. Y se opone al benévolo Tzuúl Takká, éste, el bueno, comienza con la formación del maíz, y entonces es el año nuevo."
("Los lares apagados", p. 21).

La creencia en Tzuúl Takká se origina en la profundidad del tiempo; ni siquiera el banonel sabe cuándo comenzó, pero

esta creencia se afinca todavía en las costumbres del kechíe, grupo en donde las viejas generaciones enseñan a las nuevas a venerar la bondad del dios, para que propicie buena cosecha de maíz. Los otros dioses son ahora fugitivos y solo él ha quedado como la simiente venerada que el brujo se encarga de hacer germinar. También existe dentro de su mundo religioso la fuerza del mal, representada en la figura de mam.

Sus ritos son expresiones en donde podemos apreciar su espíritu dual:

"Hizo devoción a los espíritus guardianes del cerro, y no olvidó a los espíritus de residencia subterránea y naturaleza oscura; y, por último, invocó el favor de los íconos familiares que vinieron al país con los hombres blancos, y a los que veneraba en el altar de la casa paterna allá en Cobán. Pero no encendió aquí sus velas. Estas deberían arder sobre una peña del monte, al abrigo del viento y lejos de las miradas extrañas."
("Los lares apagados", pp. 56-57).

"En el dormitorio común veíase, pendiente de un clavo, una litografía de San Bartolomé con marco de madera barnizada, abajo un altarcete, y al lado, rico arcón de encina finamente labrado. De su fondo sacó Bartolomé Yat un idolillo de greda rojizo, que puso sobre el altar, y después de arrojar un puñado de pom en las brasas del incensario de barro que había pedido a su compañera, dijo a ésta:

Cho tijoc (recemos)."
(Ibid. p. 67).

Carlos Wyld Ospina supo captar en estas dos escenas cómo el indígena kechí, en el sendero de la fe, se va apoyando

en dos filas de columnas paralelas, que representan la dualidad de su vida religiosa: espíritus guardianes del cerro -iconos familiares; espíritus de residencia subterránea -iconos que se veneran en el altar de la casa; San Bartolomé -el idolillo de greda rojiza; las velas -el pom. Actos de fe en donde se da la Religión Católica paralelamente a la tradición religiosa indígena.

En la mentalidad del kechí no se ofende a nadie, si se falta a los ritos de la fe cristiana. Se reza a los espíritus que habitan la tierra y las montañas, de la misma manera que se le reza a San Bartolomé. Al actuar de esta manera, cree que las dádivas recibidas serán mayores.

"El gran tambor, a espaldas de un indio, abre la procesión. Síguete, golpeando a compás el sonoro pellejo, otro indio hierático que tañe la chirimía. El aire melancólico de la caña hueca se prolonga en notas melancólicas, cortadas de pronto por un tajo de silencio...

(...)

Cuando la procesión se detiene, el indio de la chirimía descansa de cuclillas, con actitud vaga de un faquir indostánico y la indiferencia tranquila de quien cumple con un rito milenario."
(La tierra de las nahuyacas", p. 38).

Estos textos subrayan el sincretismo religioso. Connotan cómo la Iglesia ha dejado atrás su afán de imposición y, en silencioso arreglo con el indígena, ha puesto de lado su acción vencedora para mantenerse aceptando la convivencia de los ritos.

Así, por ejemplo, las procesiones son, desde el siglo XVII, las festividades católicas más difundidas en el pueblo, pero a pesar de su solemnidad y dramatismo no han logrado que el indígena suelte su milenaria chirimía. (Quizás en la mente del indio la ejecución del rito sirva para prolongar en su mente el recuerdo de aquel otro que ha quedado perdido en el transcurso del tiempo).

La música del tambor y la chirimía en la vida prehispánica, eran parte de los ritos religiosos de la comunidad. El kecchí de hoy, al aceptar al nuevo Dios, sigue atrayendo con esa misma música a la gente del pueblo. Lo más importante de dicho rasgo es que revela que el nativo no ha perdido la esperanza de ser escuchado por sus salvadores del cielo y de la tierra.

"Una escultura sobre la iconografía católica veíase en el altar. La imagen, en tosca madera, mostraba la faz renegrida por el humo de las velas y los sahumeros con el pom aromoso, que es el incienso ritual de los kecchíes.

Rica y un tanto raída la vestidura de terciopelo de brocado, cubría al icono. Un petate sin mácula tendíase al pie del altar; y de las paredes como exvotos, pendían calaveras de venados y otros animales salvajes. Eran amuletos influidos por la virtud del santo."
("Los lares apagados", p. 18).

La imagen de madera, la vestidura de terciopelo y brocado y las velas encendidas son objetos que sugieren el mundo católico; las calaveras de venado y animales salvajes, el

petate sin mácula y la quema del pom sugieren objetos que pertenecen al mundo ritual indígena.

Para el hombre de esa localidad es una costumbre tener en casa un altar como el descrito en el párrafo anterior. Ahí realiza sus rezos diarios para pedir para él y para su familia la bienaventurada protección.

La dualidad anteriormente mencionada, se unifica cuando, en la mente indígena, la virtud del santo puede tener influjo en los amuletos que se relacionan con los ritos de la magia.

De lo que hemos mencionado anteriormente en relación al ámbito en que vive, se pueden determinar los rasgos o índices siguientes:

1. El narrador maneja en su relato la omniscencia en las acciones de los personajes, de la misma manera que conoce el mundo interior y exterior que lo circunda.
2. El protagonista se inclina más a las acciones mentales que a las físicas.
3. El protagonista vive sometido a lo mágico, lo religioso y lo mítico espiritualmente.
4. El protagonista vive espiritualmente en un sincretismo religioso, que lo sustenta pero que lo confunde.

Al iniciar este trabajo, cuya pretensión es encontrar las funciones narrativas que distinguen a la obra de Carlos Wylid Ospina, hice mención de la función narrativa que desempeñan "los informantes". Asimismo se definió el concepto como los indicios narrativos que sirven para situar el tiempo y el espacio en que suceden las acciones. Estos son datos que cobran poca importancia dentro de las otras funciones, pero que deben tomarse en cuenta ya que aportan, como un beneficio para el lector, el conocimiento del espacio y el tiempo en que sucede el relato.

Como una tendencia particular del autor, en los dos grupos de cuentos y especialmente en los que tocan el tema del indígena kecchí, Wylid Ospina da gran relevancia a la descripción de los ámbitos geográficos y a las costumbres, más que a las acciones de los personajes. En "La tierra de las nahuyacas" lo regional y lo costumbrista es dominante. En "Los lares apagados" los indicios espaciales disminuyen, pero mantienen gran importancia como una característica narrativa de nuestro autor.

En los dos párrafos que presentamos a continuación, que representan el inicio de la narración de cada uno de los cuentos del tema kecchí, el narrador nos sitúa en la ciudad de Cobán.

"Santo Domingo de Cobán fue fundada en 1538. Por el genio amoroso y visionario de Fray Bartolomé de

las Casas. El espíritu apostólico del monje, en quien se confundían el santo batallador y el filántropo ardoroso, llevo a poblar la naciente ciudad con indios de Chamelco, de Chamá, de Pocuimá y de otras comarcas, empujados en partidas como rebaños a los cuales se obliga a cambiar de pastos." ("La tierra de las nahuyacas, p. 12).

"Bartolomé Yat era carpintero, hijo de carpintero. Había noticia de que su abuelo paterno -kecchí de pura cepa- fue uno de los primeros ebanistas indios que cobraban fama, por la perfección de su trabajo en la ciudad de Cobán." ("Los lares apagados", p. 15).

En el primero, el autor parte de un hecho histórico. Pertenece a la descripción de la fundación de la ciudad, los grupos indígenas que la poblaron y la personalidad de Fray Bartolomé de las Casas.

En el segundo relato, nos encontramos con la descripción de la ciudad de Cobán ya establecida, donde ha habido el desarrollo de familias y de grupos de artesanos.

Además, los dos cuentos están enriquecidos con las descripciones que el autor hace de la belleza de los paisajes que circundan el lugar. La humedad de sus bosques, las fincas de café y la lluvia que cae constantemente.

G. El tiempo

"El tiempo es elástico y se encoge y se alarga con el movimiento del reloj que lo mide."

Einstein

En los cuentos de Wyld Ospina los aspectos temporales se

desprenden de su correspondencia con los espaciales. En estos relatos el espacio domina en la narración, en contraste con el tiempo que se minimiza.

El tiempo, en general, no puede ser definido con precisión ni radicalmente. Pero, para establecer en él una medición, se ha tomado desde dos de sus perspectivas primordiales:

- Tiempo determinado por la naturaleza: la noche, el día, el atardecer, el amanecer, la luz, la penumbra, la oscuridad y la sombra.

- Tiempo inventado por las necesidades del hombre y la utilización que éste hace de él: los años, los meses, las semanas, los días, las horas, los minutos, etc.

Cabría agregar alguno más: el tiempo que se forma en la mente, según sea la vivencia que se experimente; pero por considerarlo subjetivo no es posible colocarlo al mismo nivel objetivo de los otros dos.

Si para el estudio de estos cuentos nos proponemos hacer un ordenamiento de las manifestaciones técnicas empleadas por Wyld Ospina, encontraremos que prefiere hacerlo en una forma tradicional, es decir, conduce las acciones desde un pasado, lejano o cercano, hacia un presente.

Los hechos se ajustan también a una sucesión lineal. Va

presentándolos desde un pasado cercano hacia el presente narrativo. Temporalmente la narración queda abierta hacia un futuro incierto.

Al definir un poco más sus rasgos temporales, se encuentra que en la mayoría de los cuentos el autor utiliza los fenómenos de la naturaleza y el tiempo medible, para dar marco al inicio de las partes en que divide sus cuentos.

"La tierra de las nahuyacas"

"Santo Domingo de Cobán fue fundada en 1538."
(p. 12).

"Andando el tiempo, sólo una inquietud vino a perturbar el ánimo de Sebastián Ax: ..."
(p. 32).

"Las cofradías de indios poseyeron en un tiempo casas comunales en San Pedro Carchá."
(p. 38).

"Desde el Lunes Santo, Sebastián Ax sentíase poseído por el afán religioso."
(p. 42).

"Durante el invierno vientos fríos y huracanados desmelenaban las arboledas de la vieja Tezulután."
(p. 45).

"Ya en abril por las tardes que son de una dulzura seca."
(p. 47).

"De madrugada chilló el pich, cerca del rancho en que dormían Sebastián Ax y su hijo."
(p. 49).

"Los lares apagados"

"Al cabo de dos semanas."
(p. 33).

"Hacia seis meses."
(p. 35).

"Otra noche..."
(p. 40).

"Era nochebuena,"
(p. 71).

"...cumplía años el "Señor Presidente de la República", y por aquel tiempo tal día celebrábase como acontecimiento de interés nacional..."
(p. 77).

Los hechos relatados con precisión temporal son todos aquellos que tienen un importante significado para la vida de la comunidad: la fundación del pueblo, las festividades cívicas y religiosas; de la misma manera que está determinado el tiempo en que se debe sembrar el maíz.

Al mismo tiempo, los hechos de la vida de los protagonistas están situados dentro de una temporalidad imprecisa, de donde podríamos creer individualmente que no existen las fechas importantes.

En estos casos parte del estado natural del ámbito, pero he preferido situarlo como un informante y no como un índice, porque está plasmado como una característica

geográfica y no como parte del mundo espiritual del protagonista. Cabría decir, por deducción, que el tiempo es, además, un indicio en el título del cuento: "Los lares apagados".

"La ciudad se encoge entre sábanas de frío. Por las calles apenas transitan unos cuantos paraguas sobre siluetas indecisas. Sólo los indios golpean con indiferencia el pavimento lodoso y reluciente, su trotecillo elástico, desdeñoso de la intemperie, sin abrigo alguno sobre sus carnes empapadas. Los chorros de los canalones gimotean; los tejados parecen deshacerse en hilos de llanto; los arroyos se enturbian, y el río, que ciñe la ciudad de paz, como si se hubiera tornado maldiciente, gruñe diptongos coléricos entre los cañaverales."
("La tierra de las nahuyacas", p. 46).

"La inundación asaltó, finalmente, la cima del altozano. Unas horas más y las aguas serían una sola corriente desbordada, bajo la otra correntada vertical que caía de los cielos. Entonces, todo quedaría sumergido o flotante, como en las edades prehistóricas bajo la absoluta soberanía del agua."
("Los lares apagados", p. 67).

Entre los dos párrafos anteriores, se establece cierta continuidad escénica, a pesar de que pertenecen a dos obras diferentes. Vemos como la lluvia está cayendo sobre la ciudad. Cae sobre los tejados, las personas y sale por los chorros de las canales. Se difunde por las calles de la ciudad, llega a los arroyos, al río que en sus ruidos se ha tornado "colérico".

En el párrafo siguiente, la escena continúa en su conformación panorámica, porque vemos la inundación en el campo y

la corriente desbordada en pareja con la misma lluvia, que ahí es fuerte, también como una correntada.

En los dos relatos un fenómeno de la naturaleza, como la lluvia, está presente.

Siguiendo con el mismo aspecto temporal, las escenas descritas en los dos cuentos suceden, la mayor parte de las veces, a la luz del día. Nada existe de importancia en ese lugar que suceda por las noches. Podríamos interpretar este dato en el sentido de que, por las noches, la vida se apaga en esos lugares.

En lo que se refiere al punto de vista narrativo en ambos cuentos, el autor no introduce variantes significativas en el manejo del tiempo, sino que mantiene la técnica de la mayoría de cuentistas que escribieron a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX.

Al admitir la posibilidad que relaciona al lector con el tiempo expresado en la obra, vemos que la situación temporal tiene importancia cuando afecta la vida de la comunidad: en la vida individual parece no importar, debido a lo impreciso de las fechas, los meses o los días. De horas o minutos no se hace mención en esos lugares, porque nada se realiza que pueda ser identificado como una actividad contra reloj. Los hechos se dan a la luz del día porque, en la

mayor parte de ellos, no existen acciones que puedan ocultarse en la oscuridad de la noche.

H. Conclusión

En base a lo expuesto anteriormente en este capítulo, podemos concluir que las funciones narrativas de los dos cuentos que tratan del tema indígena cuentan con una gran similitud entre sí.

1. Cada cuento está estructurado en la misma función nuclear que puede identificarse como escape; a la que conducen dos acciones que le anteceden: búsqueda y frustración.
2. En los dos cuentos se puede establecer la presente línea narrativa: a) búsqueda; b) frustración, y c) escape.
3. Los índices referidos al mundo interior del protagonista están configurados por: la magia, el mito y el sincretismo religioso, que enriquecen su fe en todo lo que para él está en el mundo de la trascendencia.
4. Los dos cuentos tienen como marco geográfico la ciudad de Cobán y las fincas de sus alrededores. Un mismo informante.
5. Los informantes referidos al tiempo se observan de

La misma manera en los dos cuentos. Un tiempo que es importante para las actividades de la comunidad es: las fiestas cívicas y celebraciones religiosas. En las actividades individuales el tiempo no tiene importancia, es impreciso. La mayor parte de actividades se realizan durante el día. La lluvia, como fenómeno de la naturaleza, se presenta constantemente en ese lugar.

Al poder darnos cuenta de que las funciones narrativas que se encuentran en los dos cuentos son tan coincidentes, podemos afirmar como conclusión, que el autor fue dominado por la idea de querer dar a conocer la vida del indígena kechí que como grupo étnico se sustenta de una inmensa vida interior. Lucha por alcanzar dentro de su comunidad, un ascenso social y económico. Vive aferrado a un pasado mágico y a un sincretismo religioso. Desconoce totalmente las leyes establecidas por los hombres, y, por lo tanto, otros, astutamente, se aprovechan de él.

Carlos Wylid Ospina quiso dejar, a través de sus obras literarias, su preocupación por la forma como vive ese grupo indígena, que para mantenerse espiritualmente, se ha atado a todo lo que le ofrece la salvación de su alma, según sus creencias mágicas y cristianas.

VI. LA FUNCION NUCLEAR DE LOS PERSONAJES EN LOS CUENTOS DE TEMA AMOROSO

El amor ha sido en la literatura uno de los hilos eternos y razón suficiente para inspirar al escritor. El hombre como artista o como simple mortal se mantiene atado a él y sin experimentar ese sentimiento cree no haber conocido lo más importante de la vida. Autores y lectores encuentran muchas veces, en los relatos de amor, la afinidad de sus propias vivencias.

La literatura guatemalteca, por razón de nuestras circunstancias históricas y culturales, se caracteriza porque lo amoroso no ha sido tomado por nuestros escritores como tema más importante de inspiración. Lo social-económico rebasa cualquier plasmación de pasiones amorosas; sin embargo, la cuentística de Carlos Wyld Ospina sobresale porque dio preeminencia a esa relación. Además, le supo imprimir características propias y definidas.

Para nuestro escritor, el amor significa separación. No importa cuál pueda ser el motivo que haya unido a los amantes, siempre llega el desencanto y el derrumbamiento moral y físico de los protagonistas. Carece de importancia el incentivo que haya unido a la pareja; de la misma manera la relación se derrumba. Haya sido la fuerza instintiva,

el deseo sensual, el idealismo, el espíritu compasivo o la relación intelectual; la separación viene siempre a terminar aquella unión motivada por un espejismo.

Ardores extraños, apareamientos cerebrales, relaciones enfermizas, pasiones que no alimentan el alma en la búsqueda de la felicidad, sino que, por el contrario, la aniquilan y la convierten en el desencanto por la vida.

Los cuentos que han sido seleccionados para encontrar la función nuclear de los personajes, todos ellos, presentan la relación de una pareja de enamorados que inicialmente viven movidos por una fantasía. Poco tiempo después, cuando comienza a aparecer la vida cotidiana y con ella la realidad, se abre paso entre los dos el apareamiento de la característica más sobresaliente del mundo interior de cada uno; de ahí en adelante, comienza a surgir el mutuo desencanto, que da por tierra con todos los sueños inicialmente acariciados y, de esta manera, se hace inevitable la separación.

A. La unión instintiva

El amor que nace de los instintos pasionales es el más aniquilante de los amores. Sus expresiones ilimitadas llevan a la muerte. Quienes se aman impulsados por esta fuerza no son seres que puedan pensar o hacer razonamientos; el deseo de posesión los hace actuar como animales en época de celo. Representa el amor humano original, el que dota la naturaleza, pero al mismo tiempo es el amor que no tiene normas ni puntos donde quepa la reflexión; nada lo detiene

más que la muerte. El ser humano no conoce otro sentimiento que se identifique con ese ímpetu desbordado. Veámosle en Wyld Ospina:

"La mala hembra"

Toña, una joven mestiza, crece en el ámbito campesino rural. Se sabe perseguida por los hombres desde niña. Al principio trata de vivir rechazando sus requerimientos; conforme pasa el tiempo, se va dando cuenta de que su relación con los hombres le dará más oportunidades de subsistencia. Se transforma en una mujer que sabe explotar las apetencias sexuales que su cuerpo despierta en los instintos de los hombres.

Desde pequeña vive al cuidado de un tío que, cuando ella crece, comienza a desearla y a celarla como mujer; muy jovencita, tiene un amante que la posee antes de que se case con otro. Ya casada, su amante la sigue asediando y encuentra la manera de seguir viéndose con ella. El esposo vive contento a su lado hasta que es perseguido por el amante celoso. El matrimonio se separa cuando el amante mata al esposo y ella, hábilmente, se enfrenta al castigo del tío, seduciéndolo. El viejo se deja llevar por la fantasía sexual que ella le alimenta y no la castiga más. A las mujeres del lugar que pretenden darle una lección y la apedrean, les demuestra la habilidad de su poder diciéndoles que pronto conquistará el amor del administrador de la finca donde

viven. De esta manera, ha encontrado el camino de su subsistencia, de hombre en hombre, de posesión en posesión.

La preponderancia de lo instintivo en la vida de los campesinos está perfilada en la naturaleza que los rodea y el instinto que se mantiene como vértice que determina las relaciones entre hombres y mujeres.

"Pasaba un soplo de pavor fecundo por aquel universo boscoso, adormecido en fiebre y nunca saciado en el espasmo de romper, desgarrar, henchir y saturar de fluidos misteriosos el óvulo de la vida."

("La vida de las nahuyacas", p. 73).

Lo exuberante de la naturaleza y las pasiones que mueven a sus pobladores tienen gran similitud. La fecundación de la tierra y la fecundación de las hembras parten del mismo proceso.

Tierra y mujer son sacudidas por un espasmo en el momento sustancial de fecundidad. El "universo boscoso" cobra un simbolismo respecto de las características genitales femeninas. De la misma manera, cuando también viven adormecidos por la fiebre de su instinto y nunca son suficientemente saturados.

Tierra y mujer se unifican porque en las dos permanece el óvulo de la vida.

"No, tío: muerte por muerte. Estamos solos:

¡Mátelo!

(...)

¿Y vos lo decís, Toña? ¿Vos decís que me mate?
 Desfundó la daga corta, que llevaba oculta. En
 la penumbra brilló la hoja con un reflejo helado.
 Lloraba ya Martín, ebrio y amenazante... Sí,
 yo lo maté, tío Chema... pero jue por esa...

(...)

No mate a su Toña, tío
 Besaba al viejo sudorosa, frenética, oprimiendo
 sus senos espléndidos, sus muslos finos robustos
 contra el hombre en ira."
 ("La tierra de las nahuyacas", pp. 78-80-81).

El instinto es el soporte humano que determina las relaciones entre hombre y mujer; ambos buscan satisfacciones físicas. Para ellos, el amor es lo mismo que la posesión sexual. La búsqueda de esta satisfacción lleva a los hombres a correr el riesgo de la muerte; a la mujer, por el contrario, a encontrar el medio para subsistir.

Como vemos en este cuento, a los hombres no les importa la relación de amistad o parentesco para decidir matarse unos a otros. La seducción que la Toña ejerce sobre ellos trae consigo la incitación a la muerte. Es la mujer quien, por conservar su propia vida, los impulsa a matar. En la muerte de cada uno de sus amantes, la Toña encuentra la

manera de continuar viviendo, ofreciendo a cambio su cuerpo para colmarlos de la satisfacción de su instinto.

En este cuento, el amor se entiende como la satisfacción carnal e instintiva. El vínculo del matrimonio no detiene a hombres ni mujeres que viven dominados por la pasión. Es un cuento que sucede dentro del ámbito de la vida campesina, lugares en donde la religión, la moral, la organización social, no alcanzan a penetrar o a significar alguna huella permanente en la conciencia de los seres humanos; lugares en donde las parejas se forman con el deseo de satisfacer sus instintos sexuales, en donde lo mismo significa el alcohol que la sangre, para saciar el arrebatado de un estado pasional. La irreflexión instintiva lleva a los hombres a la muerte.

B. La unión sensual

El amor sensual es el lazo más efímero y equívoco por el que se atan dos seres. Su compensación es el placer que da a los sentidos la contemplación, el toque, el roce de algunos objetos y el cuerpo humano.

Dada la naturaleza, es un amor que da goces efímeros; cuando el éxtasis desaparece, a los seres no les queda más que una sensación de desencanto. Existen quienes valoran la vida por el placer que puedan experimentar a través de las experiencias de sus sentidos; a lo sensual se atan, como se une, como se apega un niño al seno materno, sin darle

mayor importancia al éxito o al fracaso de la vida. De esta manera lo describe Wyld Ospina en su cuento "Los dos".

"Los dos"

Manuel Abrasán es un hombre de campo con gran entusiasmo por el trabajo y los goces sensuales. Por su esfuerzo realizado durante largos años, ha llegado a tener un pequeño capital, se dedica al cultivo del café. En uno de sus viajes a la ciudad capital, conoce a una muchachita de gustos frívolos, relacionada socialmente con un círculo de intelectuales y gente fatua, de salón. Por su propia condición de hombre que viene de un pueblo, la idealiza y además la cree muchacha poseedora de muchas virtudes y cualidades que ella en realidad no tiene. A los pocos meses de tratarla, decide casarse con ella; el atractivo físico que la joven logra tener sobre él llega a ser incontenible.

Florinda, la esposa, después de la boda, se transforma en una persona inconstante, egoísta, pagada de sí misma y, por su propia naturaleza, de cuando en cuando, infiel.

El esposo primero la alaba por sus dotes sensuales, ella es genio de placer; pero después de la luna de miel, cada uno de los cónyuges va descubriendo rasgos nuevos en la personalidad de su pareja. Al vivir de esta manera, ambos se sienten atrapados mutuamente en una existencia de desencanto.

El matrimonio comienza a escapar de los lugares en donde habita. Los vemos moverse del campo a la ciudad y de la

ciudad al campo. Ella se va de viaje un tiempo por el extranjero. Separándose físicamente creen escapar de sus conflictos; se dan cuenta que no es una solución, porque la humillación constante y la incomprensión les carcome el espíritu.

Cuando viven en la ciudad, Florinda quiere mantener, desde todo punto de vista, su personalidad y la devoción de sus amigos; Manuel, por su parte, quiere incorporarse al grupo y pretende actuar como ellos, pero no lo logra. Se da cuenta de que no se adapta a la falsedad y la hipocresía que se debe poseer para permanecer en esos círculos.

Florinda y Manuel, después de unos cuantos meses de darse caricias sensuales, se van dando cuenta de que, aparte de eso, lo único que se entregan es mutua destrucción; poco a poco lo comprenden y, por consentimiento propio, deciden separarse.

Veamos como literariamente puede corroborarse lo anterior.

En este cuento, la inconfesable propensión a los placeres sensuales es el incentivo que los une principalmente. Durante el inicio de la relación de noviazgo, todo es respeto y pureza; pero cuando ella pasa a ser la esposa de Manuel, su personalidad va transformándose poco a poco. Especialmente en la intimidad, sabe rodearse de objetos que dan a su hogar un ambiente más cortesano que doméstico.

"Flori ha hecho decorar su alcoba como el boudoir de una cortesana. Gusto equívoco, suntuosidad recargada. Cuadros voluptuosos, tapices ricos, cortinajes encubridores, espesos; lámparas eléctricas de claridad velada..."
 ("La tierra de las nahuyacas", p. 144).

"...Según la fantasía de Flori, por la voluptuosidad del momento: matiz a elección, como canapés, los confidentes, los cojines, las alfombras, los álbumes eróticos y los libros incitadores... Jarrones, lacas y chucherías internacionales enmarcan las horas de amor y sueño."
 (Ibid. p. 144).

Flori da a su hogar un ambiente especial. Lo llena de objetos que sirven de estímulos sensuales, especialmente cuando de relaciones voluptuosas se trate. En los dos párrafos se enumeran objetos que también son estímulos eróticos: tapices, cortinajes encubridores, lámparas especiales, cojines y hasta "libros incitadores".

Además del ámbito especial que da a su hogar, Flori asume, en la intimidad de la habitación, actitudes de cortesana, no actúa como en realidad debiera una muchacha inexperta, recién casada. Cuando su esposo tiene la iniciativa de conducirla al lecho, ella comienza a desvestirse.

"Lenta, Flori principia a desnudarse. El traje exterior, vaporoso, revolotea por la estancia y desmáyase en el respaldo de un sillón... Queda en camisa de una tela tan tersa que parece una piel femenina, inverosímil por su tenuidad. Camina rítmica de aquí para allá, para encender un cigarrillo egipcio."
 (Ibid. p. 145).

"La media, de tono carnosos, termina sobre la rodilla, con el rosetón alegre de la liga. Bajo la camisa casi carnal, las ancas de la muchacha transparentanse en contorno de modelado, sólidas, ricas, apretadas en sus músculos posteriores como una hermética defensa de lo oculto y de lo equívoco..." (Ibid., p. 145)

"Tiene sangre de cortesana. Es atroz; lo más exquisito, lo más hondo y admirable que hay en una mujer... tiene el alma de cortesana. Gracias, ternuras, abnegaciones femeninas: debajo de vosotros hay siempre una cortesana que engaña, encanta y cautiva." (Ibid., p. 145)

Wyld Ospina, en estos tres párrafos, y de una forma extraordinaria, logra que el lector visualice y se impregne de esa imagen de sensualidad, expresada a través de sus descripciones. El descubrimiento de lo que son el alma y el cuerpo de Flori se va logrando por la forma en que el autor la desviste.

Las imágenes incitan a la imaginación porque, con palabras, logra hacer real el proceso que sigue una mujer cuando se desnuda premeditadamente, para agradar a los ojos de quien o quienes la están viendo.

Todo en estos párrafos es una estampa visualizable: la suavidad de la tela y la tersura de la piel; el traje vaporoso que revolotea por la estancia y después es dejado quieto en un sillón; lo transparente de la ropa en contraste con lo sólido de la carne femenina; presentados en un juego de

tonalidades, que dan una sensación de placer a través de la visión.

La desnudez corporal no es suficiente para que Flori sea descubierta, ni tampoco el ámbito tan especial del que se rodea; se llega hasta lo desnudo de su alma para complementar su naturaleza de cortesana. El autor universaliza en ella las actitudes de lo femenino: engañar, encantar, cautivar.

En este cuento, el personaje masculino es incitado por las sensaciones que experimenta al contemplar a su mujer; y el femenino corresponde con su propia satisfacción al sentirse contemplada.

Sin embargo, esa sensualidad tan correspondida en los primeros meses de matrimonio no alcanza a mantener la relación totalmente satisfecha. Los esposos, aparte de esa afinidad, no encuentran otra en la que puedan solidarizar sus relaciones matrimoniales.

El medio en que la pareja vive comienza a influir en su comportamiento. La vida de la ciudad significa algo diferente para cada cual: Manuel era un hombre que había crecido en el campo y, como tal, era un hombre sencillo en sus gustos y en sus ambiciones; ella era producto de la vida de ciudad y categóricamente pertenecía a esa élite - que se autodeclara sociedad - en donde se necesita fingir mucho y aparentar más, para mantenerse vigente en el grupo; ambiente en donde la apariencia tiene más valor que la esencia, los seres se

alimentan de egoísmo y frases triviales, y en donde cada quien desea alcanzar más que los otros, sin importar sobre qué o cuantos tenga que pasar.

Esa sociedad se transforma en el elemento que, dentro de la narración, hace fracasar las relaciones de los cónyuges. Ella ha vivido bajo ese influjo y se considera muy apegada al medio; él pretende encontrar, entre la gente de esa sociedad, respetabilidad, la mano sincera; pero fracasa y, al hacerlo, falla también ante los ojos de la mujer que ama.

"Flori se defendió entregándose de lleno 'a la sociedad'. Entregarse a la sociedad significa echarse de cabeza a una múltiple disipación y un perenne aturdimiento: dinero, tiempo, nervios, vida, en fin."

("La tierra de las nahuyacas", p. 149)

"Cuando Manuel Abrasán percatóse, ya había él mismo caído en aquel engranaje endemoniado. Se dejaba arrastrar con frecuencia por el torbellino de diversiones; y entonces el torpe fue conociendo un suplicio nuevo, de una clase especialmente humillante y estúpida."

(Ibid. p. 150).

"Una red de pequeñas humillaciones, nacidas de pequeñas inferioridades mantenía a Manuel cogido y encogido para la 'vida de sociedad'."

(Ibid. p. 150).

"Como tampoco sabía danzar, la mitad del tiempo la pasaba en la cantina - refugio de viejos e inhábiles en los bailes -. Allí al menos bebía, y algunas veces triunfaba por el influjo de su dinero y su fuerza de montañés. Manuel bendecía desde el fondo de su alma, aquellas dos calidades que lo ponían al resguardo de burlas y abusos varoniles: sabroso deporte social."

(Ibid. p. 151).

Flori, al establecerse en la ciudad, vive aturdida por los pasatiempos sociales, más que por responsabilidades de mujer casada. Abrasán, por el amor que le tiene, quiere inicialmente adaptarse a ese ambiente pero, poco a poco, se va dando cuenta de que ahí será siempre un extraño y víctima de humillaciones por su sencillez de agricultor y apariencia de montañés, de las que nunca se podrá desprender. Se da cuenta también de los pocos intereses comunes que puede tener con aquel grupo de personas que se desenvuelve en tal ambiente y decide evadirse poco a poco.

Conforme pasa el tiempo en la vida matrimonial y se dan cuenta de que no pueden, ninguno de los dos, readaptar sus gustos personales, deciden finalmente que lo único que les queda es la separación.

"Hubo las inevitables increpaciones mutuas: cada cual le enrostró al otro lo que consumía o mal gastaba, aunque ambos fuesen dos derrochadores."
("La tierra de las nahuyacas", p. 161).

"Entre los dos infelices no se estableció la tolerancia sino imperó el cansancio."
(Ibid. p. 163).

"La despedida de los dos fue suave, con momentos culminantes de la tierna desesperación, a la cual ninguno de los dos cedía, porque para ellos el divorcio había tomado el cariz de un deber."
(Ibid. p. 167).

Este amor, cuyo primer incentivo fue el atractivo sensual, es destruido por la incompatibilidad y la incomprensión

-según lo presenta en este cuento Wyld Ospina-; increpaciones, cansancio, desesperación, vienen a sustituir, en la vida de "Los dos", el entusiasmo inicial:

"Sentíanse demasiado quebrantados para perseverar en el implacable encono que ya era lo único que los unía. Hasta llegaron a comprender que se amaban para destrozarse; voluptuosidad póstuma de todas las voluptuosidades."
(Ibid. p. 163).

Hasta en los comentarios que hace el narrador acerca de sus actitudes destructivas, vemos que también se transforman en sensaciones voluptuosas, es decir, sensuales.

En "Los dos" el autor describe la imperdurabilidad de una relación que se inicia por el atractivo de los goces del cuerpo, que en breve lapso se agotan y dejan tras de sí una senda de dolor y desencanto. La separación se hace mutuamente necesaria cuando el cuerpo se cansa y comienzan a surgir nuevos rasgos en las personas y el placer de otras experiencias.

Los protagonistas de esta historia se unieron por el entusiasmo de su mutua sensualidad, pero se vieron destinados a separarse por el hastío y la desilusión que compartieron.

C. El amor compasivo

El amor compasivo es tenue, protector, casi platónico. No tiene mayor interés en la conquista sexual. Se concreta a salvar del dolor y del ambiente del mundo bajo, a la persona que se ama.

Se manifiesta a través de hechos constantes que pretenden llevar a la persona amada por el camino de la salvación. Se trata de seres de espíritu tan elevado que no dan importancia a las pasiones, ni a los conflictos. Para ellos, lo más importante que se puede alcanzar en el mundo es la virtud, el camino del bien; y es su criterio que solamente actuando de esta manera se puede alcanzar la dignidad humana.

"La nena Pérez"

En un cuento breve, que tiene como marco una metrópoli de gran Bullicio -la ciudad de México- Carlos Wyld Ospina sitúa esta relación que nace furtivamente. Un periodista y una prostituta de débil apariencia: La nena Pérez.

Ricardo la conoce en la calle e inmediatamente nace en él un sentimiento de gran compasión hacia aquella mujer. Le da de comer, la lleva a su casa y le da dinero al dejarla. Al reencontrarla, vuelve a hacer cosas que manifiestan su desinteresado afán de redimirla: le consigue trabajo de modista, le enseña a vestirse decentemente, la obliga a que cambie de domicilio, pero no quiere tener ninguna relación sexual con ella.

Conforme pasa el tiempo y ella va encontrando el camino del bien, la muchacha se va enamorando de él y espera ser correspondida algún día. Se unen tan solo una vez y descubren que se aman; pero de la misma manera que se unen, los separa un hecho inesperado y furtivo.

Por toda la ayuda que él le proporciona, cree que le ha dado a "La nena" la oportunidad de recobrar su dignidad humana.

Las actitudes idealistas del personaje masculino son las que conducen la acción en este breve cuento. El quiere, a como dé lugar, convertirse en el salvador y protector de la prostituta. No lo mueven ni el instinto ni el deseo carnal (como pudiese suceder con cualquier otro hombre), sino su actitud compasiva hacia ella.

Ella, dentro del relato, desempeña un papel totalmente pasivo, porque siempre se deja conducir por los convencimientos del periodista. Desde el momento en que él la conoce, siente compasión por ella y empieza en su afán de redimirla. La posee hasta cuando, después de salvarla, piensa que le ha devuelto "la posesión verdadera de su virginidad espiritual".

"La distinguí incrustada en el ángulo de un portón. Me detuve, y volviéndome, quedé frente a unos ojos infantiles, una carita de palidez mal-sana, un cuerpo chico y endeble, con el liso busto cubierto por un abrigo raído, demasiado grande para aquel cuerpecillo."
("Los lares apagados", p. 184).

"¡Ah! Eres madre. Ahora comprendo: lo haces por él. ¿No es verdad?"
(Ibid. p. 186).

"No te apures por mí. Me voy. Tomás estos otros cinco pesos. Si no basta la tuya, cómprale leche esterilizada. ¿Sabes?"
(Ibid. p. 187).

"Cállate. Toma para la leche del nene. Y esto es más para ropitas y medicinas. No te niegues, porque entonces sí me enojaré y no volveremos a vernos."
(Ibid. p. 189).

"Nena Pérez: te he conseguido una ocupación, como deseabas."
(Ibid. p. 190).

"Por lo pronto, vas a cambiar de vivienda. No tengo que decirte que ha de ser decente. Toma para que pagues la renta por adelantado."
(Ibid. p. 190).

"No estás pidiéndome amor porque el amor no debe pedirse. Debe darse. Ha surgido ya en tí la mayor defensa de la mujer verdadera: el orgullo y eso porque nunca perdiste el sentimiento de tu dignidad."
(Ibid. p. 195).

"¿No ves que ha ocurrido un milagro Nena Pérez? Estás en posesión de tu verdadera virginidad. ¿No lo sientes?"
(Ibid. p. 197).

"La conduje blandamente al lecho, y supe hasta donde puede ser lozana una carne que sirve de vaso a un alma libertada de la abyección y del dolor infinito de no encontrar cabida en el mundo ni asilo en otro corazón."
(Ibid. p. 197).

Al haber escogido las partes dialogadas que anteceden, se puede visualizar como, poco a poco, se va perfilando la

vía por la que el protagonista condujo a la muchacha para que alcanzara su redención. No conforme con redimirla ante la sociedad, también cree haberle restituido la redención de su alma.

A pesar de todo el sentimiento sublime de que pueden estar revestidas las buenas obras, los amores compasivos, libertadores de almas, se quedan sin sustento y, de la misma manera que surgen, se separan.

"Meses más tarde, el turbión revolucionario me cogió de través. Inesperadamente recibí una citación de las autoridades de policía; me metieron en un automóvil, y entre dos guardianes empistolados, se me dejó en la frontera de mi apacible tierra guatemalence."
(Ibid. p. 198).

"Escribí a mis amigos de allá, a mi cónsul, rogándoles indagarse de su paradero, de su suerte. Ninguno contestó nada.

¿Vive? ¿Murió? Inútil conjeturar. Se la tragarón el tiempo y la distancia, lo mismo que me tragarón a mí. Desapareció totalmente de mi vida como había llegado: sin queja y sin esperanza..."
(Ibid. p. 198).

La separación de los enamorados fue determinada por el designio del destino, el mismo que los había juntado una noche fría, en cualquier calle de la bulliciosa metrópoli.

D. El amor intelectual

El amor intelectual es aquel que tiene su existencia en esquemas mentales. La relación física carece de importancia ante el gran atractivo que siente la pareja por su mutua intelectualidad. Este amor es constantemente sometido al razonamiento, no importa la intensidad de los hechos que se juzguen. Su verdadero motivo es que los enamorados se entretengan haciendo disgresiones cerebrales. Física y sentimentalmente es árido y vacío. No hay odio ni entrega completa; no hay olvido ni presencia totales.

"La apuesta"

El ámbito de una ciudad de provincia, Quezaltenango, sirve para enmarcar la historia de amor entre dos intelectuales que, aunque nacidos en ciudades diferentes, convergen en sus opiniones sobre temas culturales e históricos guatemaltecos.

Gabriel es un joven abogado que se entretiene en la ciudad de provincia haciendo vida de club y jugando con sus amigos al billar. Ivonne es una aventurera, artista de variedades internacional; treintañona, muy maquillada y algunas veces hasta cínica. Se conocen en una fiesta de club y, desde que se ven y comienzan a conversar, se establece entre los dos una tremenda afinidad intelectual que les permite conversar acerca de cualquier tema relacionado con la vida de la república de Guatemala.

La afinidad intelectual se transforma en cierta repulsión, cuando la "diveta", en lugar de conversar pretende seducir a su amigo. Cuando fracasa, se aleja discretamente sin mayores empecinamientos.

El cuento, además, nos relata otra aventura de Gabriel con una dama extraña, que está casada y que busca constantemente al Abogado en su oficina.

Eloísa, ama de casa, se entretiene con el Abogado reflexionando acerca de todos los hechos y pasos importantes que ha dado en su vida; el abogado la escucha y algunas veces hasta es su cómplice.

Se establece entre los dos una relación cerebral en la que los "amantes" se la pasan conjeturando acerca del sentido de la libertad y el verdadero sentido del amor.

En la segunda relación, el Abogado también se separa de la mujer que lo atraía, debiéndolo hacer ya que ella muere tuberculosa.

Veamos como entre el protagonista y la primera mujer existe afinidad porque los dos se pasan los ratos haciendo reflexiones sobre el ámbito guatemalteco.

"En Guatemala, el arte arcaico y la naturaleza sin desbaratar se unen formando un ambiente seductor."

("Los lares apagados", p. 138).

—"Su país es muy interesante, tanto como México, y lo prefiero a otros de Sud-América, -donde la influencia yanqui o europea se deja sentir demasiado. En Guatemala el aire arcaico y la naturaleza sin desbaratar se unen formando un ambiente seductor. Pero me parece su fauna doméstica no está a la altura de la flora ni de este arte maya."
(Ibid. p. 139).

"Finalmente, la diveta, un poco chispa, me habló de nuestras poblaciones singulares: Antigua-Guatemala, Chichicastenango, los pueblecillos de Atitlán y de los Altos, sin olvidar los lagos y los volcanes."
(Ibid. p. 135).

Como puede notarse en los diálogos, que abundan en la historia, los personajes revisten los temas de un tono intelectual, porque su conocimiento es indicio de una pseudo-información previa. Fluye, entre los dos, el entendimiento de la geografía, de los influjos culturales, de la fauna, de la flora guatemalteca y de los lugares que están situados en los más bellos parajes.

La relación camina maravillosamente, hasta que a la "diva" se le ocurre sacar partido de su experiencia y de su sagacidad femenina para pretender seducir al Abogado. Gracias a sus atributos físicos, ha sido capaz de poner en tentación a cualquier otro hombre, pero con Gabriel fracasa. Veamos:

"Usted es un hombre muy... masculino, y su masculinidad tiene como telón de fondo un desdén de dominador hacia ciertas mujeres: Un sentimiento casi fe-
roz, algo muy español."
("Los lares apagados", p. 141).

"Carezco del ángel de sus paisanas. Usted no puede evitarlo y confiéselo, amiguito: le produzco un poco de miedo, una desconfianza invencible."
(Ibid. p. 142).

"Tomó ella unas violetas del jarrón cercano y las colocó en mi solapa."
(Ibid. p. 142).

"Los ojos traslúcidos me contemplaron vagos: la boca displicente sonreía, encendida de rouge. Hizo un ademán de fatigada complacencia."
(Ibid. p. 142).

"_Bien. Ahora voy a dormir. ¿No ve? Estoy un poco ebria. Un poco de todo, ¿vamos? No falte a mi lado esta noche, en la cena."
(Ibid. p. 143).

El intento de seducirlo se traduce desde el principio, en frases suaves y halagos; como ve que fracasa, toma acciones más insinuantes: coquetamente, le coloca flores en el ojal; le hace gestos sugerentes con la boca hasta que, descaradamente y escudándose en el alcohol, lo invita a permanecer a su lado durante esa noche. No obstante su conducta y sus intenciones, Ivonne fracasa. El profesional pierde su interés y la esquivo con sutileza y sinuosa galantería:

"No me tentaba verdaderamente, no me tentaba, la perspectiva de besar la sinuosa mujer aquella, o ser besado por ella. Y mi sensación era fisiológica."
("Los lares apagados", p. 136).

"Vi muy cerca sus ojos sonreídos, sus labios entreabiertos con sensual picardía; y tomando su mano derecha con inclinación cortesana, deliberadamente exagerada para hacerla un tanto burlesca besé la punta de sus dedos..."
(Ibid. p. 134).

Claramente, podemos establecer, en la lectura de los párrafos transcritos, que Gabriel, aunque tenga varias oportunidades de acercarse a la mujer físicamente, siempre la rehuye. Lo más importante de la relación ha sido la afinidad intelectual; entre sus diálogos no se estableció ninguna clase de conflicto.

Al separarse de la diva, inicia una relación con otra mujer. Ella se llama Eloísa, casada, más reflexiva que la otra, y busca al Abogado para que la ayude a descubrir lo que debe hacer para defenderse de su esposo moribundo.

Representa a la mujer intelectual que conduce su plática empañada de digresiones. Su atención se dirige constantemente al tratamiento de temas abstractos: la felicidad, la libertad, la vida y la muerte.

Al final, la separación llega, determinada por la muerte de ella; pero, en este caso, la fatalidad no alcanza a dejar en él mayores huellas de sufrimiento o de plenitud. La relación se ve atenuada por los factores físicos. El amor intelectual no causa estragos sentimentales.

E. El amor ambicioso

Existen seres que transforman el amor en un perseguir ambiciosamente la felicidad. Personas que, movidas por ese sentimiento, quieren triunfar, quieren encontrar su seguridad, a través de seguir durante la vida la práctica de sus ideales o fines materiales.

Cuando dos ambiciosos se juntan, pueden llegar a tener éxito en lo que se proponen, si coinciden en sus fines; pero, cuando se juntan y cada uno de ellos persigue diferente meta, la situación se vuelve destructiva y desalentadora. Lo que se creyó amor, al principio de una relación entre ambiciosos, al final lleva al ser humano hasta los extremos de la desesperación, del odio y del aniquilamiento moral.

"La caballona"

Tonito Bardales es un joven pobre, trabajador y ahorrativo. Su mayor ambición es llegar a ser feliz y por ello se esfuerza en su trabajo. Cree que la felicidad se podrá encontrar cuando tenga un techo propio y una buena mujer con quien fundar familia.

Felisa pertenece al mismo estrato económico de Tonito. Es una muchacha muy ambiciosa. Sabe que la posesión del dinero significa el único medio para que una persona como ella pueda llegar a ser importante. No le interesan los sentimientos. Para ella, no hay como los bienes materiales para

dar sentido a la vida; por eso lucha siempre, sin importarle si para lograrlo tiene que someter a otros a su voluntad.

Los dos pobres se casan sin confiarse mutuamente las metas de sus ambiciosas ideas. Cuando cada uno de los enamorados comienza a descubrir en el otro el deseo de conseguir aquello que más ambiciona, la pareja comienza a separarse por la incomprensión que surge entre ellos.

Desde que el matrimonio comienza su vida, se perfila la postura de cada quien con respecto al valor del dinero: para Tonito significa el medio de conseguir la felicidad. Cree que el dinero tiene poderes mágicos para que los seres alcancen la paz y satisfacción del alma. Felisa cree que es lo único que vale la pena poseer, que abre todas las puertas, que da seguridad y que rodea a los seres de bienes físicos.

El hogar ya establecido, se convierte en un centro de incomprensión, en lugar de aquel medio soñado en donde la felicidad debería caer del cielo.

"La casita era pequeña, pero nuevecita, con seis habitaciones monas, cuarto de baño (un lujo) y cocina con estufa de hierro..."
("Los lares apagados", p. 208).

"Era un nidito apetecido. El matrimonio instalóse en él mediante la primavera. El jardincillo agobiábase de rosas, dalias, varas de San José, alheñes y 'llovizna menuda'."
(Ibid. p. 209).

"Tonito principió por 'hacer tiempo' en la calle para no llegar temprano a la casita: ¡Quién lo creyera! Y acabó por hacerlo en las cantinas, confirmando a posteriori las inculpaciones anticipadas de Felisa."
(Ibid. p. 213).

El personaje masculino, al principio de su matrimonio, quiere mantener su idealismo hogareño pero, conforme pasa el tiempo, se va dando cuenta de que se equivocó. Ya no importa la comodidad y la alegría que las flores ponían al ámbito de la casa. No quiere llegar, porque sabe que únicamente lo espera una esposa regañona, que lo único que sabe hacer es pedirle dinero. Su casita deja de ser el sueño más importante, y alivia su dolor entregándose al alcoholismo.

A pesar de haber recibido la bendición matrimonial, nunca la pareja estuvo unida sentimentalmente. Ella, desde que ligó su vida a la de él, encontró la forma de crearle, sistemáticamente, conflictos de tipo económico, y él nunca logró satisfacerla. Al paso del tiempo, escapó de tales conflictos en la dimensión del sopor del alcohol:

"Odiándola ya con todo su corazón, sin atreverse a decirselo nunca, se estableció entre él y su cónyuge la separación de cuerpos."
("Los lares apagados", p. 214).

"A la desesperante repulsión física que ella le provocaba, uni6se el asco que sentía, hasta revolverle el est6mago, por su inveterado tufo a sudor agrio, a ropas mugrientas, a carnes y pelos sucios de quince días, mezclado al hedor pertinaz a humazo de cocina, a cebo de res y residuos de fregadero."
(Ibid. p. 214).

"Siguió bebiendo a todo lo largo y ancho de un mes mal contando, y paró inconsciente, sucio lamentablemente, en un tabernucho por el Río Seco."
(Ibid. p. 224).

La esposa, antes idealizada como compañera, se transforma en un ser odiado y, además, en el ser más repulsivo nunca antes descrito por el autor. A través de imágenes sinestésicas, va describiendo con repulsa su físico. La descripción centrada en la compañera de lecho deviene mordaz y corrosiva, en virtud de la proximidad física que supone.

Al final del cuento, el protagonista, ya convertido en bebedor consuetudinario, encuentra otra mujer, a la que también idealiza como su más cara ambición para lograr algún día ser feliz.

"Y estrechó la cabeza que acariciaba contra sus muslos blandos, mientras él musitaba, lamiéndolos más que besándolos a través de la falda:
-- Mi santita... mi santita... mi santita linda..."
("Los lares apagados", p. 224).

Los personajes del relato se unieron porque cada quien creyó que iba a encontrar en el matrimonio la consecución de particulares ambiciones. Cosecharon la incompreensión y el sometimiento de quien ambicionaba situaciones ideales y la imposición de la voluntad de quien pretendió satisfacciones materiales. Ambiciosos los dos, pero de diferentes cosas, no se entendieron nunca y se separaron. El continuó buscando la felicidad y ella la posición económica desahogada.

Los relatos anteriores evidencian la forma peculiar en que Carlos Wyld Ospina configuró la relación amorosa. La misma unión de los protagonistas precipita paradójicamente su separación.

Ese alejamiento, atendiendo a la metodología de Roland Barthes, cobra categoría de función nuclear en cuanto a los contenidos semánticos del texto. Ilustremos:

"La mala hembra"

Primera función: encuentro motivado por el instinto.

Función nuclear: la separación de la pareja.

"Los dos"

Primera función: encuentro motivado por la mutua sensualidad.

Función nuclear: la separación de la pareja.

"La nena Pérez"

Primera función: la unión motivada por la compasión.

Función nuclear: la separación de la pareja.

"La caballona"

Primera función: la unión motivada por la ambición.

Función nuclear: la separación de la pareja.

Resulta que, en los cinco cuentos trabajados, los protagonistas, a través de sus acciones, desempeñan la misma función nuclear: la inevitable separación.

En estos cuentos, Wyld Ospina nos transmite la idea de que toda unión amorosa, tarde o temprano, trae consigo la separación. El amor instintivo, con su universo pasional, concede un valor equivalente a la vida y a la muerte. El amor intelectual permite que las disgresiones de quienes lo sienten cobren más importancia que una simple aproximación física. El amor compasivo propicia un sentimiento de redención desmedido. El amor ambicioso que es aniquilante cuando cada uno no ambiciona lo mismo. La experiencia amorosa deja más amargura que optimismo por la vida.

El desplazamiento del campo a la metrópoli y viceversa, es un informante que complementa generalmente la identidad espiritual del protagonista. Especialmente, en el caso de las mujeres, influye en ellas marcadamente. Wyld Ospina tiende a ubicar a la mayoría de personajes en el ambiente urbano, rasgo que, para la época en que el autor escribió, resulta desusado.

Rafael Arévalo Martínez y Flavio Herrera también estaban, durante la misma época, escribiendo sus relatos

enmarcados dentro de un ámbito urbano. En el caso de Carlos Wyld Ospina, esa tendencia hará reflexionar un poco a los críticos que han querido situar su creación dentro del criollismo, sin tomar en cuenta la mayoría de sus cuentos de tema amoroso que nos prueban otra variante.

Aclaración:

En la relación amorosa se presenta un rasgo que acentúa sus atributos negativos.

Ese afán del autor de resaltar el perspectivismo zoomorfo femenino, acentuándole rasgos negativos, contrasta con la manera como el mismo perfila sus personajes masculinos, los que generalmente son hombres buenos, soñadores, idealistas, compasivos, incapaces de cometer una mala acción, ni siquiera de pronunciar un insulto con palabras soeces.

Veamos como cada uno de los personajes femeninos de los cuentos escogidos, cobra características animalescas.

La Toña

"... El ogro sigue, con el mirar emboscado de sus ojillos, aquel contoneo del anca que, al detenerse en brusco la mujer tiene la sacudida leve de la grupa de las yeguas finas."
("La tierra de las nahuyacas", p. 80).

"A las mujeres como la Toña había que mantenerles puesta la cerreta, como se monta la potranca sin domar..."
(Ibid. p. 81).

"Luego, el viejo, tranquilo cerró la puerta de la empalizada, y ya en la cocina arrojose contra la muchacha, dispuesto a castigarla a golpes, como se castiga a las bestias indómitas."
(Ibid. p. 82).

Toña es la mujer yegua. Por su forma de caminar y la forma de sus grupas es comparada con una yegua fina. Por sus actitudes poco domésticas y su rebeldía en el trato con los demás, se parece a una potranca indómita. A veces la Toña tiene semejanza con una bestia, porque actúa guiada por sus instintos, sin importarle por donde y sobre quien pasa, con tal de satisfacerse y llegar a sus metas.

"Si las serpientes danzan, como aseguran los novelistas, te aseguro que danzan como ella."
(*"La tierra de las nahuyacas"*, p. 146).

"Me hace la impresión de que, de pronto, se deslizará sobre el suelo horizontalmente, para erguirse luego como las cobras sagradas, en vertical y airosa, y girar después en espirales de una armonía completa."
(Ibid. p. 146).

"Temblaba de amor ante Flori y ya no se atrevía tampoco a llamarla 'suya'. Pero una noche de vuelta del club, algo chispo, la abordó: y Flori con delicadeza de correcta burguesita, no sin cierta lagotería de gata modosa."
(Ibid. p. 166).

Flori es curiosamente proyectada hacia una comparación con la danza de la serpiente. Su baile es ondulante, cálido

e impresionante. La serpiente, dentro de la dimensión bíblica, significa la tentación femenina, la prueba de la debilidad del ser humano por los gustos sensuales. Mujer y serpiente conducen al hombre al mundo del pecado. Flori, en el movimiento de su danza, llevaba la incitación al amor.

Luego, la compara con una gata modosa, doméstica, animal que dentro de las concepciones sociales, comunes, se ve identificada con cierto tipo de mujeres sagaces, insidiosas y noctámbulas. Flori, además de esposa y cortesana, tiene en su personalidad los recursos propios y ajenos para hacer caer al hombre en tentación.

Ivonne

"Conversábamos de la diveta, y un contertulio comentó: _Esa galga ha corrido mundo. Puede moverse entre príncipes...

_Siempre que estén borrachos --concluyó Marín Peñate, un especialista de la carambola 'chupada'.

Talvez. Pero la hembra no tiene gancho."
("Los lares apagados", p. 127).

Ivonne es comparada con una "galga", raza de perros que no es común en nuestra patria. Coincidentemente, ella es extranjera. Los parroquianos en sus pláticas reconocen que "la hembra tiene gancho", de la misma manera que lo

tienen los galgos para atraer la atención de los apostadores que pueden beneficiarse con ellos. Ivonne identificada con una perra de raza extranjera, de rasgos finos, pero perrunos.

La nena Pérez

"Se animó un poco, y con mansedumbre de perrita abandonada que meneaba la cola, esbozó un rictus que cuajó en su sonrisa y respondió con el tono más resignado del mundo."
("Los lares apagados", p. 184).

"Redondeada de carnes nuevas, que principiaban a ser turgentes, resplandecía de sangre rica; decidora sin futilidades ni tonterías; desenvuelta sin perder del todo su timidez de animal desvalido ni su sobriedad habitual, mostraba su personalidad ignorada por ella misma..."
(Ibid. p. 193).

La nena Pérez es comparada con la perrita abandonada, callejera y muerta de hambre. Se ve transformada en un animal poseedor de carnes nuevas y turgentes. De animal desvalido, pasa a ser animal "protegido".

Felisa (La caballona)

"Le encontraba sobre todo, su prietez marchita, su nariz de pico de zope, sus ojillos de carbón reluciente, ratonescos y malignos."
("Los lares apagados", p. 212).

"Un día, observando a la brava hembra 'que le cayó en suerte' según él, se le ocurrió un mote para nombrarla a solas, el cual le sonó a feliz desquite. 'La caballona'."
(Ibid. p. 214).

"... Concluyó por sonreír ante la imagen de su mujer flaca, como una vara de tender ropa, gruñona como una cocha parida."
(Ibid. p. 218).

"Y, para confirmar su afirmación, se golpeó una y otra vez, con los puños esqueléticos y frenesí maquinal de una mica enfurecida."
(Ibid. p. 237).

"La mujer se irguió vertical, como una serpiente en paroxismo."
(Ibid. p. 237).

El esposo que no es capaz de increparle todo el odio que por ella siente, según sus reacciones, la asocia con cualquier animal que sea de aspecto repulsivo: reptil, insecto, roedor; hasta la llega a asociar con animal extraño que tiene "pico de zope y ojos de ratón". De todos ellos, el de "caballona" se transforma en el mejor repulsivo, pero que insinúa mucho del aspecto físico de la mujer.

Con los anteriores ejemplos, en las cinco historias, las mujeres, además de poseer sus características innatas, están revestidas en su personalidad de un perspectivismo zoomórfico.

VII. CONCLUSIONES

A reserva de que posteriores estudios amplíen, ratifiquen o rectifiquen lo expuesto en este trabajo, me permito presentar las conclusiones donde, a mi juicio, quedan sintetizados los aportes que de aquél se derivan.

1. A pesar de existir una considerable diferencia temporal que media entre la publicación de uno y otro libro de cuentos, la mayoría de los temas presentados expresan: el tema indígena y el amor como separación.
2. En los dos cuentos de tema indígena existe una línea narrativa, conformada por las acciones: búsqueda, frustración y escape (esta última como función nuclear).
3. Los índices que refieren al mundo interior del protagonista de cada cuento de tema indígena están configurados por la magia, el mito y el sincretismo religioso, que evidencian algunos aspectos culturales del contexto social.
4. El espacio de los dos cuentos se sitúa en el poblado de la cabecera departamental de Cobán y en el ámbito de las fincas cafetaleras.

5. El orden cronológico de la narración es lineal. El tiempo está marcado cuando apunta a fiestas cívicas o a celebraciones religiosas.
6. Se presentan como constantes que determinan el ámbito: la lluvia y la actividad mayor en esos lugares, suceden durante el día.
7. En los cuentos que tratan el tema amoroso, la función nuclear de los protagonistas responde generalmente a la misma acción: encuentro y separación.
8. Los cuentos del tema amoroso están situados en diferentes ámbitos, todos geográficamente localizables.
9. De los aspectos expuestos en los párrafos anteriores respecto a las funciones narrativas en los cuentos de Carlos Wyld Ospina, existen dos perspectivas:
 - a. Las ideas dominantes en sus rasgos literarios son los elementos abstractos. Están manifestados en las funciones nucleares y en las acciones de los protagonistas.
 - b. Los elementos literarios que nos refiere la realidad circundante se manifiestan en los índices e informantes.

10. La obra narrativa de Carlos Wýld Ospina no puede ser sometida a encasillamientos literarios simplistas o convencionalmente metodológicos.

BIBLIOGRAFIA

- Albizúrez P., F. y Barrios y Barrios, C. Historia de la literatura guatemalteca. Tomo 2. Guatemala, Editorial Universitaria. 338 pp.
1982
- _____ ; Lo mejor de Carlos Samayoa Chinchilla. Guatemala, Editorial Piedra Santa.
1983
- _____ ; Manual de comunicación lingüística. Guatemala, Editorial Universitaria. 124 pp.
1984
- Brañas C. "Confines y problemas de la generación literaria del novecientos veinte". Guatemala, Diario El Imparcial, 28, 29, 30 y 31 de octubre y 2 de noviembre.
1928
- Castelli, E. Teoría y método para un análisis integral. Buenos Aires, Ediciones Castañeda. 283 pp.
1973
- García L., J.M. y Luján Muñoz, J. Guía de técnicas de investigación. Guatemala, Serviprensa. 133 pp.
1972
- Kim O., D. Descripción de algunos elementos de la novela La Gringa. Tesis ad licentiam. Guatemala, Facultad de Humanidades, Universidad de San Carlos de Guatemala. 132 pp.
1964
- Menton, S. Historia crítica de la novela guatemalteca. Guatemala, Editorial Universitaria. 360 pp.
1960
- _____ ; El cuento hispanoamericano. 1a. edición. México, Fondo de Cultura Económica. 326 pp.
1964
- Porta M., H. El parnaso guatemalteco. Guatemala, Editorial José de Pineda Ibarra. 551 pp.
1977
- Prado O., R. El lenguaje narrativo. Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). 456 pp.
1979
- Vela, D. "Wyld Ospina, Adán Vigil, Eduardo Barcos, Ciro Reyes y la novela". Guatemala, Diario El Imparcial, 4 de mayo.
1948a
- _____ ; "¿Desconocen o no aman la tierra los escritores guatemaltecos?". Guatemala, Diario El Imparcial, 8 de mayo.
1948b

- _____ ; "Otras características del tipo criollo oriental".
1948c Guatemala, Diario El Imparcial, 10 de junio.
- Wyld F., G.A. Los cuentos de Ricardo Estrada. Tesis ad li-
1981 centiam. Guatemala, Universidad del Valle de Gua-
temala, Facultad de Ciencias y Humanidades. 226 pp.
- Wyld Ospina, C. "Soneto para Amalia Cheves". Guatemala,
1922a Diario El Imparcial, 14 de julio.
- _____ ; "La cobarde paradoja". Guatemala, Diario El Im-
1922b parcial, 22 de julio.
- _____ ; "El lenguaje vivo y el lenguaje gramatical". Gua-
1922c temala, Diario El Imparcial, 2 de septiembre.
- _____ ; "La agonía". Guatemala, Diario El Imparcial, 30
1922d de septiembre.
- _____ ; "Discurso Mortuorio" (Muerte de Rafael Valle).
1922e Guatemala, Diario El Imparcial, 25 de octubre.
- _____ ; "El movimiento teosófico". Guatemala, Diario El
1923a Imparcial, 5 de mayo.
- _____ ; "La pequeña ciudad ilustre". Guatemala, Diario
1923b El Imparcial, 30 de junio.
- _____ ; El solar de los Gonzagas. Guatemala, Tipografía
1924 Nacional. 93 pp.
- _____ ; El autócrata. Guatemala, Editorial Sánchez y de
1929 Guise. 242 pp.
- _____ ; La tierra de las nahuyacas. Guatemala, Tipogra-
1933 fía Nacional. 206 pp.
- _____ ; La gringa, novela criolla. Guatemala, Tipografía
1935/36 Nacional. 268 pp.
- _____ ; Los lares apagados. Guatemala, Editorial Univer-
1858 sitaria. 273 pp.

APENDICE A

La Caballona

I

Vivía solo con su madre, una viejecita de cabeza temblona y canillas de palo de fósforo. La mínima mujer se pasaba buena parte de la noche cosiendo ropa propia y ajena en una Singer anticuada, que ya parecía funcionar de milagro, cuando no manufacturaba cigarrillos de tusa con sus dedos incansables y habilidosos. Las horas diurnas las consumía en los menesteres más diversos: además de ocuparse en las tareas domésticas, aplanchaba camisas de hombre con gran primor y pulcritud; acudía a las casas ricas, en días de manteles largos, a fin de ayudar en el servicio de la cocina; y como la farmacopea popular no tenía secretos para ella, preparaba purgantes, cataplasmas y sudoríficos, pues era ducha en atender enfermos, sobre todo parturientas, y en combatir empachos y calenturas.

Atrapaba así, donde Dios se los deparaba, los escurridizos centavos con que pagar la renta de la vivienda mísera, y aderezar el condumio, que ella y su hijo único comían en una mesuca coja puesta al lado del fogón, mientras las llamas movían sus lenguas vivaces, como si comentasen la humilde paz y la quieta dicha, huéspedes habituales de la casita. Y, de este modo, si no andaba fuera, callejeando afanosas, las chanclas de la ancianita, más holgadas de lo necesario, iban arrastrando sus chas-chas de aquí para allá, a través de la vivienda, en tanto que los puños sarmentosos empujaban ágilmente la escoba, que respondía ras-ras; y, llegada la noche, las pobres chanclas, siempre flojas, hacían sonar su clac-clac pedaleando en la maquina renca, que a su vez contestaba con su acompasado run-run.

Tonito Bardales, el hijo único, encargábase de los mandados menudos. Traía el agua desde las vecindades, tenso el brazo al pesor de un pichel comido de óxido, que dejaba escurrir el líquido como los zapatos del patojo dejaban escapar sus dedos; acarreaba para el hogar virutas de la carpintería del barrio y chiriviscos de donde los encontraba; y, a la zaga de su madre, iba a los alrededores campestres en busca de yerbas sanativas para los menjurges de la viejita curandera...

Transcurrieron los años y Tonito Bardales, convertido en sirviente de una casa comercial de la ciudad, comenzó también a acarrear centavitos al haber común; y la niña Chentía pensó en descansar por primera vez en su vida. Pero quizás a consecuencia del sempiterno roce de las chancas contra los pies desnudos --pues no usaba medias por culpa de la pobreza irredimible-- se le formó una llaguita en el calcañar izquierdo. Envolvió en trapos el pie enfermo y aplicole un emplasto curativo, según ella; pero la llaguita creció y se hizo supurosa. Fue a la consulta gratuita del Hospital de San Juan de Dios. El médico de turno recetole una pomada y le indicó:

--No camine tanto, niña Chentía, y úntese eso

Con su sonrisa mansurrona y su vocecita de pito, ella replicó:

--Mi doctorcito tengo que trabajar

--Reposo absoluto, o la cosa no cerrará nunca.

Tonito intentó persuadirla de que obedeciera la prescripción. Con lo que él ganaba, la ganancia obtenida de la elaboración de cigarrillos y las costuras que la viejita podía hacer sentada, tendrían ambos con que satisfacer sus modestísimas necesidades. Convino la ancianita; pero

mientras el vástago trabajaba en su empleo, ella siguió trajinando por las calles y empujando sin tregua la escoba y el pedal.

Cuando el muchacho descubrió el engaño, la madre se disculpó:

—Si mi haces estar sólo sentada, sin mover los pies, me matas, m'hijito.

Un día apareció la gangrena. El doctorcito amigo declaró que había de operar el pie —haríalo él mismo, gratis— o éste se perdería. Se perdió el pie, y con él la vida de la hormiguita.

De esta manera inesperada, Tonito Bardales quedó huérfano y solitario. La desgracia dio motivo, también inesperado para que el patrón le aumentara el salario, y reconociese, de improviso, la honradez y la docilidad del burrito aguantador que tuviera a su servicio por diez años, sin percatarse de sus méritos y habilidades. Dos meses más tarde, vacó la plaza de un empleado de mostrador, y el patrón consideró conveniente dársela a Tonito.

Como desde la muerte de su madre, viviera en una Pensión de por los arrabales, la más módica de la ciudad, el muchacho había podido amasar su montoncito de ahorros. Vestía limpio, pero barato; comía mal, pero pagaba poco. Y en su nuevo cargo siguió ahorrando. Ya contaba con un buen golpe de pesos, depositados en casa de un comerciante serio o libanés, que hacía operaciones de banca privada para sus clientes y amigos de confianza.

Una noche la vio en el "Parque". Se daba concierto de marimba desde el kiosko japonés, y la genta hacía ronda en el vasto jardín que centraba la plaza principal de la ciudad. Cambiaron ojeadas, el paso, una y otra vez. Y durante todas las noches de concierto, le sonrió ella y se turbó él. Después buscó a un amigo que la conocía y pidióle que lo presentara. Y al cabo, se hicieron novios cuando ella, en el curso de una de sus pláticas vespertinas, sentados en una banca del jardín Benito Juárez, por el nuevo barrio de La Democracia, le tomó la mano como al descuido; y mano sobre mano, apretando ella y correspondiendo él, se prometieron "amarse hasta la muerte". A la Noche-buena, tras de oír juntos la misa de Gallo y engullir unos tamales con sendas tazas de chocolate, Tonito la besó. Y siguieron tirando de la existencia, complacidísimos: él en la tienda de comercio y ella en la fábrica Montblanc, donde trabajaba como obrera.

Durante los primeros meses de noviazgo, Tonito Bardales dejó de ahorrar. Gastose sus sueldos en mejores ropas, calzado un poco más fino que el usual, sombreros comprados en el almacén del sirio y pequeños obsequios para la amada. En seguida, volvió a ahorrar. Examinaba su cuenta, llevada en una libreta, con alborozo en el corazón al ver cómo crecían, a trancos, las cifras en el papel. Sintiose tan satisfecho que comenzó a estar orgulloso de sí mismo. Y le descubrió el secreto a la Felisa. Esta, maravillada, le besó. Tratábase, nada menos, de un mil quetzales, en hermosas cifras redondas.

-Pero será más- afirmó él.

Sin embargo, esta confianza le obligó a volver a sus generosidades con la novia. Para su cumpleaños, le compró aretes, un relojito de pulsera y un par de zapatillas rojas, de moda a la sazón. Al considerar mentalmente los pesos gastados, sobrecogióle un calofrío; pero se consoló pensando que si la Felisa iba a ser la compañera de su vida, aquello era como echar pan en su propio "matate". No obstante, la Felisa empezó a mostrarse cavilosa y descontenta, sin decir por qué. Y cuando departían en la banca del Benito Juárez, mirábase obstinadamente las puntas de las zapatillas y suspiraba.

-¿Qué te pasa, Feli? Ya no eres como antes.
No era nada. Disgustos con su madre y su hermano por lo del noviazgo.

-No hacemos ningún mal, Lisa.
-No pues. Pero todavía no hemos pensado en formalizar esto.

-Lo haremos cuando yo pueda comprar la casita.
-Pues busquémosla juntos.

Poseer una casita había llegado a ser el sueño dorado de Tonito Bardales. Y, como lo quería la Felisa, pusieron manos a la obra. Ella le daba informes y Tonito recorría los barrios mirando casas y solares en venta, e inquiriendo por otros con vecinos y personas conocidas. Calculaba, media, engolfábase en proyectos. Le gustó una vivienda chica, con dos ventanas a la calle y un portón viejo, por el copante de los Chocoyos. Quizá le conviniere: tenía "galán" patio, agua de Las Palomas... Consultó con su banquero; pero éste opinó que tal compra era mala idea, pues no valía los mil quinientos quetzales que el dueño pretendía por el inmueble. Sin embargo, insistió varias veces en examinarlo: contemplábase de lejos, pasaba y repasaba por su frente, como quien ronda a una mujer apetecible...

De pronto, le chocó un detalle: la techumbre. Las tejas de barro lloraban moho verde y el caballete se hundía como barriga de muerto... Desistió.

La Felisa vio otras propiedades. Ninguna satisfacía a Tonito, que cada día aspiraba a algo mejor: un nidito, un nidito con árboles, agua abundante y espacio para jardín, huerta y gallinero...

La novia se impacientó:

-¡Así no tendremos nunca casa!

Era probable. Pero él se obstinaba: Casados quieren casa, y ésta no habría de ser una covacha, un cuchitril miserable... Y de todas maneras, tendrían que esperar. La propiedad estaba muy cara: el precio menor de una vivienda no bajaba de un mil quetzales, y no era razonable invertir en adquirirla en total de los ahorros, porque se presentarían otros gastos indispensables para pagar el valor de la escritura, los impuestos de registro, y luego amueblar el nidito, hacerle mejoras... Estalló la Felisa: no había tales sino que él no se acomodaba a lo posible. De seguir así, no acabarían nunca. Se quedaría ella para vestir santos, porque casarse con otro hombre que no fuera él, ni siquiera le cabía en la imaginación. No la quería: todo su amor era para la bendita casa. ¡Había qué ver. Se iba la juventud, y después ¿qué? Nada. ¿Qué pretendía Tonito? ¿Tener un palacio? Vaya, que parecía loco. Estando ya casados todo se arreglaría mejor. ¿Por qué no? Si se dificultara comprar casa hecha, juntitos harían su nido, a su entero gusto. Primero comprarían el solar, y poco a poco, hoy una habitación, mañana otra, irían construyendo la vivienda. Todo con calma, en paz y amor. sin despilfarros ni "arrebatingas", cuidando del centavo.

Tonito remiso, asiose del último argumento:

-Bueno... pero fijate que para eso no es necesario casarnos ya. Viviremos juntos, como tantos otros. Y así nos ahorramos los gastos del casorio, y tendremos ese pisto más.

Encrepose ella y bufó como gato al que le machucan la cola. ¿Qué se creía él? De echarse ella un hombre, había de ser como Dios manda. Es to significa la mejor garantía para él, y sin embargo, no lo tomaba en cuen ta. La que hoy se sometiera a ser su querida, mañana le pondría cuernos. Y contimás: aunque ella quisiera, su familia jamás consentiría en semejan te verguenza.

-¡Dios guarde, Tonito! Mi mamá y mi hermano me comerían viva... y a vos "a saber" qué te pasaba.

Porfió de tal manera, arguyó y parloteó tanto que Tonito, aturullado, ya no supo qué decir y qué pensar. Y acabó por ceder, pero menos a las razones de la Felisa que a las existencias de su gran sueño, el que se le prendiera del alma desde que ganó el primer peso: casita propia, hogar seguro, perspectiva feliz... Al cabo, no le faltaba juicio a la Felisa: valía mucho ser un hombre de respeto, con mujer "sólo para él", hijitos le gítimos, y, por remate, casa suya, más suya que todo lo demás, si esto era posible.

Se casaron.

III

Mediante los oficios de dos viejas comadres, apalabradas por Felisa, quienes la pusieron sobre la pista del negocio, el sueño de Tonito Bardales se realizó inesperadamente. Por un mil quetzales justos adquirió en el Barrio La Democracia, un chaletito: pagó quinientos al contado y obtuvo el resto de un prestamista particular, con garantía del inmueble. Cosa fácil y sencilla: sólo que el tipo de interés que impuso el buen señor fue del cinco por ciento mensual... Al principio, Tonito sudó frío; pero le convenció su mujer: con trabajar duro, incluso ella, si fuere necesario, y gastando sólo en lo indispensable, saldrían pronto de la "dita". En cambio, él vería satisfecha su sana ambición y ambos tendrían un hogar seguro...

La casita era pequeña, pero nuevecita, con seis habitaciones monas, cuarto de baño (¡un lujo!) y cocina con estufa de hierro; una cuerda de sitio, sembrada de árboles frutales, una polita de grueso chorro y jardín que cogía la parte frontera y los laterales del feudo. Una ganga, un negocio redondo, por gracia de Dios, los buenos consejos de Felisa y la intervención de las dos viejas benditas que descubrieron aquel tesoro y diéronse maña para persuadir al dueño de cederlo a tan bajo precio. Gratificose a éstas, y se dio una fiestecita, con marimba -una hora- y algunas botellas de cerveza, unas sartas de triquitraque chinos y grandes jarras con agua de horchata para las "señoras" invitadas y los patojos de las vecindades, que acudieron en tropel.

Era el nidito apetecido. El matrimonio instalose en él mediando la primavera. El jardincillo agobiábase de rosas, dalias, varas de San José, alhelies y "llovizna" menuda. En tres durazneros jóvenes se henchían

ya los frutos, y otros tantos ciruelos acedraban el moscatel de sus pomas rojinegras... Tonito empleó los domingos en desyerbar los arriates y disponer el gallinero, mientras su mujer se entregaba, toda nervios y chillidos, a la tarea de acondicionar los pocos muebles y "chunches" que se llevaron a la casita.

Más pronto faltó la plata.

-Para vivir sólo tenemos tu sueldo- le recordó la Felisa a su marido. -Y debes prepararte para juntar lo de los intereses.

Tonito se encogió de hombros: su euforia lo inmunizaba contra la desconfianza y el temor. Metió luego los pulgares de sus manos rugosas en la bocamanga del chaleco, y agitando los muñiques como muñones de pichón, respondió:

-¿Por qué afligirnos si ya tenemos la casita?

Confirmó la cónyuge: para todo hay una salida en sabiendo buscarla; y no en vano él era hombre de trabajo y ella mujer hacendosa que sabía economizar el centavo. Sin embargo, en este caso, no quedaba más solución que él viera el modo de aumentar sus ingresos. Tal vez trabajando un poco más, aunque fuera de noche... Y, sin transición, pasó a referirse a un asunto importante:

-¿Cómo le ponemos a nuestras tacita de plata?

Tonito sugirió nombres poéticos, a su parecer; pero la Felisa propuso el que ya tenía escogido:

-¡Las Dalias! Ya que hay tantas, que se llame así.

-¡Pero las dalias, Feli, sólo se dan en estos meses. Después son puros "camotes", enterrados en el suelo...

La larguirucha no contestó nada; pero al día siguiente, un pintorcete trazó sobre el frontis, con letras lilas franjeadas de amarillo, un letrerote que decía: Las Dalias.

IV

A los cuatro años de matrimonio, sólo tenían un hijo: un muchachito de cutos morenísimo, renegrado como si le hubiesen untado tizne de humo, enclenque y esmirriado, con hociquito de ratón. Por añadidura comenzó a padecer de crisis nerviosas.

-Hereda tus vicios- sentenció para Tonito la progenitora.

-Pero yo no tengo vicios ni los he tenido nunca... Vos, en cambio, te mantenés siempre como endemoniada.

-¡Achís! Vean al santito... ¡Cómo si no supiera yo que te gusta el "trago" y "chupás" en la calle... creyendo que no lo sé. Y si no hereda de vos, lo trae de tu madre, que murió de mal de la sangre...

En vano Tonito, dolido en lo más hondo del corazón, volvía por los fueros de la verdad y por los respetos debidos a su madre: él no bebía ni gota de licor cuando engendré al primogénito, y su pobre viejita no murió de "nada malo" sino de pobreza y del mucho trabajar... El niño estaba así a causa de tantos mimos y golosinas, prodigadas por la Felisa.

La escasez de dinero se volvió un tormento cotidiano.

-¡Ayer te pagaron-gritaba la iracunda- y tenías en la "bolsa" del "saco" un billete de a veinte! Sólo me diste quince pesos.

-Pero Feli, algo ha de quedarme. Además, estoy juntando lo de los intereses. Para eso trabajo en las noches, como portero, en el Teatro Roma. Y ya llevo pagado más del triple del piso recibido... y la deuda sigue igual. Fue una barbaridad, y vos no dijiste nada, aceptar ese interés del cinco por ciento... Pero, a pesar de todo, no te ha faltado lo necesario...

-¡Ya me estás echando en cara el pan que nos comemos! Con la miseria que me das no alcanza para nada, y de ajuste, tengo que comprar las medicinas del patojo.

-Para eso te he dado aparte...

Como precio de la paz, Tonito entregaba cuanto recibía del almacén, reservándose únicamente el salario del Cine Roma, que iba a engordar, mes tras mes, la andorga del "judío" malvador, su acreedor. Pero la paz no llegaba.

A poco de hacer vida conyugal, comenzó a encontrar repulsiva a su mujer. Le encocoraba; sobre todo, su prietez marchita, su nariz de pico de "zope", sus ojillos de carbón reluciente, ratonescos y malignos; y aquella osamente larga, cuyas articulaciones crujían a veces, en la cama, como goznes enmohecidos; las nalgas magras y las zancas enormes, con andar de solípedo, rápido y sacudido; los pechitos flácidos, secos de jugo, que no le habían permitido amamantar al crío, por lo cual hubo de acudirse a los servicios de una "chichigua" sancristobalense, que pesaba como un fardo sobre el exiguo presupuesto familiar.

Un día observando a la brava hembra "que le cayó en suerte", según él, se le ocurrió un mote para nombrarla a solas, el cual le sonó a feliz desquite: La Caballona.

Para colmo, ésta aficionose en demasía al visiteo y a la iglesia. Cuando no estaba de palique con las vecinas, largábase a oír las misas de cinco de la madrugada, y a todos los oficios y rezos del templo parroquial, lo que le valió, entre la gente pía, reputación de mujer buena, que podría servir de ejemplo a tanta descreída y pizpireta de que andaba lleno el mundo de ahora. El nidito convirtiose en resumidero de beatas y comadres, quienes ya miraban de reojo al jefe de la familia, como si se tratara de un intruso...

Tonito principió por hacer tiempo en la calle para no llegar temprano a la casita: ¡quién lo creyera! Y acabó por hacerlo en las cantinas, confirmando a posteriori las inculpaciones anticipadas de la Felisa. Al menos, así tornaba al hogar con ánimo más resuelto o resignado para afrontar o soportar las broncas que armaba su mujercita.

La gran ilusión de su vida fue así perdiendo el encanto de otros días. Pero aún contemplaba con amor triste, con infinita desesperanza, su propiedad, su chaletito lindo, más precioso que los dos ojos de su cara.

-Mi nidito...sí... el nidito de mis penas.

V

Odiándola ya con todo su corazón, sin atreverse a decírselo nunca, se estableció entre él y su cónyuge la separación de cuerpos. A la desesperante repulsión física que ella le provocaba, uniéndose el asco que sentía, hasta revolverle el estómago, por su inveterado tufo o sudor agrio, a ropas mugrientas, a carnes y pelos sucios de quince días, mezclado al hedor pertinaz a humazo de cocina, a cebo de res y residuos de fregadero, que impregnaba toda la persona de la Felisa. El atormentado hacía recuerdos: toda la sexualidad arisca de su mujer acabose con la infeliz luna de miel. Después, ella no se cuidó poco ni mucho de la abstinencia de su marido, no obstante las crisis de absurdos celos que la soliviantaban a propósito de cualquier inocuo conocimiento femenino del esposo, por muy remoto que fuese. Sin embargo, una noche buscole en su lecho, y trató de iniciar una caricia. Tonito respingó horrorizado, como al contacto de una tarántula; pero se contuvo temblando, y sólo dijo, con voz conciliadora:

-Feli, no conviene. No estamos para más hijos.

-¿Y te imaginás, desgraciado, que vengo a pedirte eso, como si me estuviera muriendo por tu "jocico" de indio? Ya sabés que soy mujer honrada, aunque mi marido sea un inútil, y no una pérdida como las que te gustan.

Y tomó el pichel de agua para arrojárselo a la cara.

A partir de aquella noche, a la Felisa se le envenenó todavía más el carácter y multiplicó su agresividad, pero, con inmenso alivio de Tonito, no insistió en sus intentos eróticos. Y él, que cada día amaba más la soledad y el silencio, cogía el sombrero -en sus pocos ratos libres- y, sin hacer ruido, por una puertecilla de trasmano, marchábase a la cantina.

Con todo, algunas veces se consolaba pensando:

-Es una diabla, pero al menos no me quema la canilla. Aunque no le cueste mucho con esa facha que tiene.

Pero aquella confianza desapareció de pronto, cuando la indina, como por ensalmo, comenzó a emperifollarse, y un amigo informó en secreto a Tonito que "había visto a su mujer paseando atrás del Templo de Minerva, ya casi de noche". Quiso interrogarla acerca de tales paseos, más sobre-cogióle un miedo que le paralizó la lengua antes de abrir la boca. ¿Para qué averiguar con ella? Siempre haría la zanganota lo que le viniera en gana, y además, las disculpas y los pretextos nunca faltan a las mujeres. ¡Con lo labiosa que era, los embustes le saldrían a montones! O tal vez no habría nada de eso... Y si lo hubiera, ¿qué le importaba a él? Su conformismo innato, su oscuro cansancio animal, lleváronle a despreocuparse sin mayor esfuerzo. ¿Qué le era infiel? Bueno, ¿y que más daba sobre lo que ya tenía encima? Daría todas las infidelidades del mundo por un poco de paz y buen trato. Muchos maridos cornudos había por ahí, y esto no bastaba para que fueran dichosos. Y con su sencillez socarrona, concluyó por sonreír ante la imagen de su mujer flaca como una vara de tender ropa, gru

ñaona como una "cocha" recién parida, entregándose al amor entre los brazos de cualquiera, de alguien más "baboso" que él mismo. Tonito Bardales, porque en el mundo hay hombre para todo... Lástima, eso sí, que la cosa no hubiese ocurrido antes, unos diez años atrás, cuando él era joven y no tan mal parecido. Más aquello, de todas maneras, también le sabía a un buen desquite. Y se dijo, casi con gratitud:

-Que cargue otro infeliz con la zalandraja. Quién quita que un día pueda divorciarme de ella o me deje solo, de su bella gracia. Si la "sorprendiera", ahí estaría el motivo, y entonces...

Así, calculadamente, se dio a vigilarla en sus salidas, nocturnas, escondiéndose a la vuelta de las esquinas, en los vanos de las puertas, tras los árboles de las avenidas... Ni esto pudo durar, porque una de aquellas comadres, que todo lo descubrían, sorprendióle una vez, y reclamándose de malicia, lo abordó con voz meliflua:

-Buen paseador se ha vuelto usted, don Tonito, como si anduviera buscando lo que no se le ha perdido...

VI

En lo álgido del invierno siguiente, enfermó el primogénito. Le arreciaron los ataques nerviosos, y el médico aconsejó una temporada en el campo, además de un montón de específicos.

Ya entonces Tonito había cancelado el adeudo que gravaba la casita. Le ayudara la divina Providencia, porque de otra suerte no se expli-

caba aquella racha de beneficios: aumento de sueldo, un modesto premio de Lotería Nacional, que cobró a escondidas de todos, por medio de su amigo el libanés; un trabajo de mayor categoría y remuneración en el Teatro Roma, que desempeñaba por las noches y los días domingos y festivos, habíanle aliviado de su estrechez pecuniaria, sin contar la economía cicatera que se impuso, sin gastar nada en la cantina y apenas en cigarrillos baratos. Así logró reunir poco a poco, peso sobre peso, el monto de aquella hipoteca malhadada, a pesar de que seguía sufragando, sin escatimar ni un céntimo, los gastos regulares de la familia. Y libre de los tentáculos del usurero prestamista, continuó ahorrando para defenderse de los riesgos seguros del mañana, con tenacidad silenciosa, sostenido por su amor atávico a la propiedad y la vaga esperanza de que el "día menos pensado", por otro celeste milagro, esta vez muy grande, la mala pécora reventase de pura rabia reconcentrada, o la atropellara un camión o la fulminase un rayo...

Coincidió con aquella bonanza, sin saberse cómo, quizá por el triste estado enfermito, una especie de armisticio en la guerra doméstica. Ya la arpía no lo ultrajaba como de costumbre, y hasta le planteó el problema familiar con increíble moderación, sin chillidos ni aspavientos:

-Lo siento mucho, Tonito, pero tenemos que pedir otra vez pisto sobre el chaletito. No te pese porque es por la vida de tu muchachito... y Dios proveerá.

Fue un golpe de maza en la cerviz del apocado. ¿Conque otra vez se le quería arrojar entre el engranaje triturador de un adeudo? Inútil su larguísima lucha, vanas sus privaciones sórdidas, estériles sus callados sacrificios... El asalto a su patrimonio se fraguaba con diabólica

oportunidad, como si la bruja de su mujer hubiese adivinado su oculta proeza, y quisiera anularla, y la existencia de aquellos pobres ahorros suyos, a tanta costa amasados. ¡No, mil veces no! Bien era verdad que se necesitaba de fondos para atender la curación del niño; pero eso no implicaba la necesidad de otra hipoteca. Tendría que soltar prenda, descubrir su secreto. Era perjudicial, pero preferible.

Respondió con acento derrotado:

-No hay necesidad... tengo todavía algunos ahorros. Con eso ala canza.

Revoloteó la mujer en torno del cuitado y le hundió su aguijón meloso:

-¿De veras, Tonito? ¿Cuánto, decime cuánto?

Se guardó él de confesar la cifra verdadera, calculando que con la mitad habría bastante para cumplir con su obligación paternal:

-Como trescientos... Ya ves que podemos salir del apuro.

-¿Sólo trescientos? Me estás mintiendo; pero, al fin, algo es algo.

-Yo creo que es mucho para un pobre... y que alcanza para que haa gás tu temporada con Tonitío.

-Hum... No digo que no, y te aplaudo la previsión. Tenés tus defectos, no has de negarlo, pero también tus cualidades. Después de todo, no sos tan mala gente. Y discupa mis viarazas. Son cosas de los nervios... Con lo mucho que he sufrido.

VII

Los días siguientes a la partida de la fiera y su cachorro, fueron para Tonito Bardales tranquilos y cariciosos. Levantábase dos horas más temprano que de ordinario, con el objeto de cuidar el jardín y la huercecita. Podaba los árboles frutales: ponía lechada a los troncos en prevención del argeño, mullía la tierra de los arriates, arrancaba la yerba y hasta tenía tiempo de dar su posol a los pollitos y su aguacate al zenzontle, que pelechaba a la sazón, tristeando en su jaula con barrotes de madera.

A veces, por la tapia medianera, muy baja, asomaba el rostro blanquísimo de Chusita, la nueva vecina. Era una viuda cuarentona, pequeña de estatura, menuda de facciones, rellanita de carnes, los ojos claros y bovinos, siempre olorosa a Agua de Kananga, luciendo toda ella dentro del empaquetado aliño de una muñeca de escaparate. Tenía un modito muy suyo de hablar: manso, morrítmico, cantarino. Las palabras fluían de su boquita fruncida como el trasero de una gallina, a manera de un hilillo de miel, cuyo dulzor no venía de lo que ellas expresaban sino de la tierna humedad de los labios sensuales, sueltos y graciosos cuando hablaba, y más aún, cuando sonreía con sosegada ingenuidad...

Sosteníase Chusita, durante aquellas escenas matinales, sobre una escalera también chica, al igual de la tapia y su persona misma, con el can dor de un pájaro en la rama, mientras Tonito plantábase al pie de la pared musgosa, por la parte de su jardín, y la contemplaba embelesado, levantando un poco la cabeza y balanceando en la mano diestra las tijeras de podar. Cortaba para ella durznos de dorada madurez y estrías rojizas en la cáscara, se las brindaba junto con un hacecillo de rosas escogidas. Sonreía Chusita, agradeciendo. Aventuraba él alguna alusión lisonjera para su vecina. Rubo rizábase ella, y con quño infantil, descendía de su escalera, que más bien semejava la percha de una periquita, diciendo:

-Muchas gracias y hasta la vista, don Tonito.

Las mañanas que no aparecía la hechicera, el humor de aquél tornábase sombrío. ¿Acaso no volvería a asomar...? Pero ella asomaba otra vez, y otra, con prudentes intervalos; y ambos pegaban la hebra de su charla sa brosa, tan rica de miradas y suspiros como insignificante de palabras y mo tivos.

Más pronto fue presa Tonito de una obsesión desencantada. ¿Por qué -decíase- no habrá sido Chusita mi esposa? ¿Por qué no seré yo viudo como ella? ¿Por qué no tengo el ánimo suficiente para seducirla, cuando, por lo visto, no se necesita de mucho para conseguirlo? Bueno -disculpabase- con la cara que me gasto y en mi situación, no es fácil seducir a na die. Pero al menos -replicaba la voz interna- es posible interesar a una mujer solitaria y romántica como, al parecer, es Chusita.

Tales eran los pensamientos turbadores que, en su campechana sim

plicidad devanábanse en la mente de Tonito Bardales. Decidióse, por fin, a suplicarle que lo recibiera de visita en su casa, y así lo hizo al cabo de una de sus charlas; pero se negó muy finamente, con prolijos miramientos, la dulce vecinita. Y cuando estuvo resuelto a declararle por lo llano que la quería -siempre por encima de la tapia- irrumpió de repente, como una tromba, haciendo retemblar el chaletito, hasta entonces apasible, la Caballona.

VIII

-¿Cuánto gastaste en la temporada?

-Los trescientos que me llevé

Y tomando inmediatamente la ofensiva, según tenía costumbre, irguióse como el cantil cuando se dispone a atacar antes de que lo ataquen: y agregó a borbotones, con voz ríspida:

-¿Creés que cuesta menos una temporada en Zanjuyú, con medicinas y hotel? Ese es un lugar para gente rica, un balneario de moda dicen, magnífico para los niños... ¿Te parece mucho en cambio de la salud de tu hijito? ¿Querías ese pisto para botártelo con tus queridas y los sinvergüenzas de tus amigos en las cantinas?

Aturrullado, Tonito replicó:

-No he dicho nada de eso... Te preguntaba no más...

-Pues ya te lo contesté.

-Pero hablaste de queridas...

-¡Sí, queridas, como lo oíste! Las que sin duda te echaste en mi ausencia. ¡Imaginás que no lo sé, mosquita muerta?

-¿Sabés? No podés saber lo que no es.

-¡Eso ya lo veremos! Te conozco... No sabés disimular, y te lo estoy leyendo en la cara.

Arrojó sapos y culebras a distras y sinistra, por largo espacio, como si los llevase almacenados en el buche flácido.

Esta tarde, después de terminado su trabajo, se emborrachó Tonito Bardales. Cuando lo llevaban casi en vilo, rumbo a su casita, sostenido por los sobacos, iba girando en la espiral de un soliloqui incomprensible, en que se alternaban los nombres de Chusita y la Caballona. Ya en la puerta de su vivienda, puso en autos a los compasivos amigotes, que con la supuesta explicación quedaron más perplejos que antes lo estuvieran.

-¿Saben? Trescientos "morlacos"... fuera de las cuentas que habré de pagar... trescientos, uno sobre otro... trescientos demonios que cargarán conmigo... y esta chocita que ve...

Siguió bebiendo a todo lo largo y ancho de un mes mal contado, y paró inconsciente, sucio, lamentalbe, en un tabernucho por El Río Seco. Restituído a su domicilio, hubo de encaramársele. Era un andrajo Tonito Bardales, hundido en su jergón humilde, con un pañuelo anudado a las sienes febricitantes. Humilde él también, atreviose a preguntar al marimacho de su mujer en cuanto tuvo alientos y lucidez para hacerlo:

-Perdoná, Feli... ¿Me disculpaste en el almacén?

-Disculpate vos. Yo no voy a poner mi cara para disculpar tus le peradas.

Suspirá el infeliz, y aunque le agarrotaba el alma y el cuerpo la inconmesurable angustia post-alcohólica, y ya casi no podía mover la lengua de puro estropajosa que la sentía, aventurose a expresar una sospecha que le estaba torturando:

-En estos días... ¿de dónde sacaste para el gasto... para el médico y las tomas que me estás dando?

-¿De dónde querías que sacara? Tuve que pedir prestado, y de an tes tengo otras ditas, porque no es posible que me alcance con la miseria que me das.

-A quién... si se puede saber?

En el límite de la furia, entrechocando tazas con tisanas y fras cos de medicamentos, la Felisa respondió que a don Faustino Vallejo, la única persona bastante bondadosa para prestarle ese servicio.

En los días siguientes, una afección hepática amenazó con poner término final a las tribulaciones de Tonito. Lo consumía la fiebre y tuvo alucinaciones. El médico ordenó que se le trasladara a la Casa de Salud del Hospital de Occidente. Esposa y suegra se dispusieron a cumplir con la indicación facultativa; pero el doliente, sacando fuerzas de flaqueza, o valor del miedo que le producía aquel internamiento, intentó opo

-¿A la Casa de Salud? Allí acabaré más pronto... ¿Y con qué di
nero?

-Yo lo arreglaré todo -sentenció la Felisa. -No hay pretexto que valga. Te querés quedar aquí para volver a la chupa, ¿no? Pues nada de eso. Es por tu salud nuestra tranquilidad.

No hubo escapatoria. Tonito fue confinado por quince días en la casa hospitalaria. A su salida, con las piernas más flojas que banderas al viento, supo que había perdido su empleo y que don Faustino siguió pro
veyendo de fondos a la Felisa. Vinieron días más espantosos que los pas
dos. La parentela de la Caballona se volvió feroz. La falta de recursos apretaba el cerco, pues el generoso amigo de la familia cerró su bolsa, y la cascarrabias planteó el problema y su solución en forma inapelable:

-Don fausto nos ofrece comprar la casita por mucho más de lo que vale, y quitado lo que le debemos, todavía nos quedará con qué vivir. Te
nemos que vender o nos morimos de hambre por tu culpa, viejo bolo. ¿O te parece que tenés derecho a sacrificarnos a todos?

Tonito, arrastrado por el pavor a la pérdida definitiva de aquel pedazo de su corazón sugirió lo que parecióle menos malo; hipotecar la ca
sita. Haciendo cuentas, aunque el buen tun-tun, calculó que restaría algún dinero, y andando el tiempo, ya repuesto él de su crisis, podría pagar el préstamo. Y suplicó, casi llorando:

-Pero que se hipoteque con el Banco de Occidente, dondo sólo cobran el medio por ciento mensual... Lo supe antes de mi enfermedad.

-¡Qué medio ni qué real y medio! -vociferó la arpa-. Eso se lleva mucho tiempo y no podemos esperar. Don Fausto nos da el pisto ya. Y si no querés que se venda, pues que se hipoteque, pero con él, hoy mismo. Ya vez que te doy gusto. Comprendé la situación y hacelo por Tonitío y por vos mismo.

Y suavizando la voz, terminó con sus acostumbradas frases:

-Perdoname mis viarazas, si las tengo, que son cosa de los nervios. Con lo que he sufrido por tu causa...

Enternecido y ya casi sin aliento, Tonito acabó firmando un poder especial a favor de su cónyuge, formulado por un notario conocido de ella, y ni leyó lo que firmaba.

Cuando la Caballona estuvo de regreso, anunció triunfalmente:

-Ya estuvo, Tonito. Don Fausto me entregó el resto, descontado el pisto que nos ha ido dando. Ya podemos salir de tanto apuro. ¡Alabado sea Dios!

-¿Cuánto fue? Mostrame el dinero.

-Se lo di a mamá... porque ahora me encargo yo sola de este asunto, pues en vos no se puede confiar. Y no me sigá molestando con eso, que no me voy a robar lo que también es mío.

Y montada en su ira habitual, atronó el aire a quejas, recriminales e improprios.

IX

Derrengado todavía, sin ánimo de reclamar nada y con el apremio de conseguir trabajo, Tonito tuvo que marchar a Mazatenango para entenderse con un antigua cliente de la casa comercial a que sirviera, y quien le había ofrecido darle empleo en una agencia de transportes de que era dueño, y la cual prestaba servicio entre aquella ciudad y Quezaltenango. Decidió que a la vuelta pondría en claro los manejos de la Felisa en el asunto de la hipoteca. Pero demoró más de lo previsto, sin haber arreglado lo del empleo. Regresó al fin una tarde, y con su maletita de mano, que era todo su equipaje, encaminose a pie hacia el renconcito antes bienamado. Golpeó con el llamador de la cancela, y, tras mucho insistir, apareció Raimundo, su cuñado: mozalbete robusto y amigo de chungas. Ni siquiera franqueó la puerta al pariente. Dijo con sorna:

-Mire, don Tono: como usted debe saber, esta casa ya es ajena. Lo mejor será que busque alojamiento en otra parte.

Tembló Tonito como si otra vez le asaltasen las alucinaciones.

-Eso... no es posible. Tu bromeas, Raimundo. Esta casa es mía... sólo está hipotecada.

-Eso cree usted. Todo se hizo en orden, ante el licenciado. No se habrá olvidado del poder que le dio a mi hermana. Y ella lo ha hecho en bien suyo y del muchachito. Hable con ella... pero no aquí

-¿No aquí... en mi propia casa?

-Ya le dije que no es suya.

-No recuerdo bien que decía ese papel que firmé en mala hora, por lo visto... Pero tú, según se ve, vives aquí, en casa ajena. Quiero hablar ahora mismo con Felisa, que ha de estar adentro con don Faustino...

-Yo vivo aquí... -interrumpió, burlón, el cuñadito- porque soy yo, y no tengo por qué darle a usted explicaciones. Váyase, don Tono, antes que pase otra cosa...

Por el senderito interior, con arco de rosales, veía la pájara traída por las voces. Acercose a la cancela, e interrogó mientras se limpiaba las manos con el delantal mantecoso:

-¿Qué pasa? ¿Por qué gritan?

-No grito- disculpose Tonito.

Explicó Raimundo:

-Es que éste pretende entrar.

Declaró adusta, con la mirada como filo de cuchillo, la mujer:

-No se puede, Tonito. Tendrás que irte, por ahora, a otra parte. Nosotros nos iremos después. Si estamos todavía aquí, es por favor de don Fausto. Debías darle las gracias en vez de alegar...

Aunque sentía el estómago en el gaznate y la cabeza a tumbos, Tonito protestó:

-No me explico... y esto necesita explicación. Supongo que estará con vos Tonitfo... y quiero verlo siquiera.

-M'hijo muy mío, está con mi mamá. No hay necesidad de explicaciones. Decime nada más: ¿podés mantenernos? No, ¿verdá? Pues no tenés derecho a exigir nada. ¿O qué te estás creyendo? Si comemos y tenemos techos, es sólo por mí... por mi trabajo. ¿Qué nos das vos? En todo este tiempo, y cuando estuviste bolo, yo sola tuve que "agenciármelo" todo. Agradecé...

Cortó la andanada Tonito, próximo al paroxismo:

-Tu trabajo? Ya supongo que trabajo es ese... Yo sí se los he dado todo: mi trabajo, mi casita, mis sueldos, mis ahorros...

Se interrumpió, a su vez, porque había advertido, mientras hablaba, cierto anormal abultamiento en el vientre de la Felisa. Cogió ésta al vuelo la mirada y ladró:

-¿Y qué? ¡Ya estás con tus malos pensamientos! Pero no podrás negar que es obra tuya. ¡Intentalo, desgraciado!

-¿Obra mía? ¿Mfo eso... cuando hace más de un año que no tengo qué ver contigo?

-Y aunque así fuera, ¿qué querías, infeliz? Me dejaste botada: ahora aceptá las consecuencias... no tenés derecho...

Exasperado, impotente, bajo aquella retahila de puercas infamias, de incoherencias y despropósitos, sólo pudo balbucear...

-Vaya... ahí en la barriga tenés el derecho a vivir en esta casa... Lo que te dije: eso es el trabajo que has hecho...

La mala pécora tremaba de rabia, y se deslenguó:

-¡Andá a quejarte con la puta de mi suegra, que ahora está purgando sus pecados ¡Largate de aquí, bolo asqueroso! Para decirte la verdad, ya que no es delito, tuve que aceptar un empleo aquí, como ama de llaves, para que comiera tu hijo.

-No me insultés a mi madrecita... porque soy capaz de todo... ¿Y Raimundo también vive aquí... con otro empleo?

El aludido se divertía a sus anchas con aquel altercado pero a la pregunta de Tonito cerro los puños, trabó las cejas y se dispuso a traspasar la cancela, mientras la furiosa gritaba:

-¡Pues Raimundo también, para que lo sepás, pues necesito de la protección de un hombre... de un hombre de veras, como nunca lo fueste vos, "naguilón". Y si querés, chillate con la autoridad, que yo ya tengo puesta mi demanda en el juzgado contra vos por no darle alimentos a tu hijo.

Agotado, antes de que el mocetón lo agrediera, Tonito Bardales alejose, atamboradas las sienes, vacilante los piés, las manos sudando escarcha.

X

La sensación descuajante de estar cogido por el absurdo, como en su pasado delirio, hizo presa en Tonito Bardales. Con el ansioso afán de encontrar algún asidero firme que le ayudara a volver a la normalidad, y empujado brutalmente por sus necesidades animales -albergue seguro, alimento cotidiano- se dio con desesperación atolondrada a la tarea de solicitar trabajo, lo cual le costaba un trabajo mayor que cualquier otro de los que en tiempos anteriores había desempeñado. Pero el empresario mazateco sin duda no lo necesitaba ya, pues no respondió a las cartas suplicantes que le dirigiera; y en todas partes donde buscó empleo, siempre se tuvo una buena razón para no dárselo, aunque no se escatimaron promesas para más tarde, incluso en la casa comercial de sus antiguos patronos.

Con esto y aquella inverosímil situación en que se hallaba metido, como recluso en la cárcel o fiero en su jaula, acabó por sumergirse en sorda desesperanza, en total atonía de nervios, mente y voluntad, que le impedía defenderse, bregar contra el infortunio terco, indagarse con el notario que autorizara aquel fantástico poder legal que sirviera a la Felisa y su jauría para despojarlo impunemente de lo suyo; pedir en el Registro de la propiedad inmueble un certificado de la última inscripción correspondiente a la casita; orientarse, en resumen, acerca de lo efectivamente acaecido... Pero más temeroso de confirmar la verdad que de seguirla ignorando, dejaba pasar el tiempo, entretanto recorría la ciudad de extremo a extremo, a cualquier hora, sin rumbo fijo ni propósito determinado... él -¡Dios Santo!- que siempre fuera hombre metódico y diligente... Y, lo que era peor, recalaba en algún "fondín" de los suburbios, donde ya tenía empeñados su reloj, unos zapatos nuevos, el traje dominguero que por suerte

llevara en su maletín cuanto tornó de la costa. Y así pasábase las horas, vacías como su vida, atorbellinadas como su imaginación, largas como su desdicha, entre los improvisados compañeros de copa, gentuza del hampa pueblerina, sin pizca de vergüenza ni dignidad, según los demás lo entendían, pero que, en cambio, no se cuidaba de averiguar las intimidades de lo que restaba de Tonito Bardales ni los motivos de su desgracia.

Andando, andando, cayó en la manía de rondar por las inmediaciones de su casita, no traviéndose a llamar otra vez a la puerta en previsión de rechazos como el ya sufrido. Cavado en la carne y en el alma un resentimiento que rebullíale muy dentro, arañándole con uñas incansables, situábase en una esquina, a la vista del chaletito, y se ponía a considerar largamente la lindura del jardincillo y el lozano frescor de la huerta, dormida al son tímidamente invasor, o trémula de gozo-bajo las lluvias tempranas. Si era a la anochecida, tenía que espantarse a manotazos los rones "caqueros" que, revoloteando a tontas y a locas, se le enredaban entre las greñas o asaltábanle las narices como si quisieran hurgárselas... Seguía con los ojos, aliviados por la dulzura nocturna, la danza fosforescente de las luciérnagas que ejecutaban su espontáneo ballet en el aire húmedo y retozón; y atisbaba, contemplándolos como a viejos amigos confidentes que no podían verle, la silueta del duraznero, que ya se había puesto su clámide de nieve y rosa; la rechonca figura del ciruelo, quizá un poco borracho, él también con el hálito vinoso de sus poemas; y los rosales que curioseaban a través de las ventanas; y las dalias de los arriates, y las fucias que campaneaban al viento desde sus macetas alineadas contra el muro frontero... Todo suyo -ahora más suyo que nunca- y sin embargo, tan ajeno y tan distante... Hacía cuentas, calculando el probable costo de las mejoras que había engalanado la casita el nuevo propietario, que sin

duda lo era ya quel don Faustino, setentón ventrudo, imponente y feliz a pe sar se su piel tiñosa y su perpetua mugre... ¡Ah ese don Fausto que, por añadidura, tenía en el barrio escandalosa fama de libidinoso y aficionado a las muchachitas impúberes y los mozalbetes tiernos... Comprobado estaba amancebamiento de la Caballona con el avaro grunujiento, ¿y qué? Eso care cí a de importancia, y aún dejábale confortante saber de venganza en los la bios resecos por la "goma". Lo que escocíales como chichicaste, lo que no se cansaba de admirar amargamente lo que mantínfale absorto, como "ido", provenía de lo linda que se miraba la casita, a semejanza de una novia en vísperas de boda, con los techos pintados de rojo brillante, alegres y lla mativos a la luz del crepúsculo, lo mismo que las ventanas, que lo estaban de verde claro; la cancela nuevecita, las paredes medianeras que alzábese tres palmos más que antes, con sus aleros de ladrillo, también rojo, y un lucido repello de cal blanquísima, y algo, allá en el fondo, que parecía un "garage"... ¡Vaya, que liberal prestamista al cinco por ciento mensual disponía de pisto en abundancia y holgábase entre comodidades que él, Tonito Bardales nunca tuvo ni alcanzaría a tener jamás. Pero era fácil dar con la razón de aquellas esplendideces: el viejo "alagartado" hacía lo to do por puro negocio; mañana vendería la casita por el triple de lo que le costara. Y por primera vez, recordando algún pasaje de novela, leída no sabía dónde ni cuándo, escupió una frase que tuvo la virtud extraña de aligerarle sus cuitas: Asco del mundo...

XI

Una tarde su mala suerte deparole inesperado encuentro con la zancona. Fue una cuadra distante de la casita, en la Avenida Minerva, animada de tránsito a esa hora. El estado de indefensión en que sentíase sumido, co

mo limo cenagoso, le impelió a la huída al verla venir de lejos. Experimentó la necesidad física de eludir la presencia de aquella carroña viva; pero como su miedo a las maquinaciones de la bruja era mayor que su repugnancia -a pesar de que la aborrecía con la fuerza arrolladora de todos sus instintos, con el pavor de toda su carne, con el repudio desesperado de su alma- el reflujo del alcohol que aún empujaba el cansado tumulto de su sangre, le hizo pensar en la posibilidad de una explicación racional de lo ocurrido, o al menos de una tregua en la lucha de los sexos enemigos, sostenida a través de tantos años, que le permitiera llegar a alguna forma de entendimiento y recuperación de lo perdido. Atreviose, pues, a esperarla en la esquina próxima, y la llamó, al pasar la estantigua, con un siseo tímido y tembloroso:

-Sht... sht... Felisa... oye

Volvióse la Caballona y se plantó en seco:

-¿Que quiere? Le advierto que no me hable ni me detenga en la calle.

-No te detengo... sólo quería hablarte. Al cabo, sos mi mujer.

Llevaba la Felisa una canasta vacía en la diestra, la arrojó al suelo de golpe, púsose en jarras y replicó:

-¿Su mujer? ¡Qué bueno es eso! A la mujer propia se le mantiene, y se ve por su hijo cuando se tiene. ¿Qué hacés vos por nosotros? Andar de vago de aquí para allá, si no estás bebiendo y cubriéndose de deshonra.

-¿Deshonra? ¿Vos lo decís, Felisa? La deshonra es para mi por haberto echado públicamente un querido... siendo casada... No es culpa mía estar sin trabajo...

La sabandija estalló:

-¡Probame eso que me decís, indio "lamido", o te voy a romper la jeta. ¡Lo que me gasto lo gano honradamente!

Y, para confirmar su afirmación, se golpeó una y otra vez con sus puños esqueléticos y el frenesí maquinal de una mica enfurecida, el tórax tuberculoso, que sonó a hueco, como una mísera vejiga.

En el máximo del estupor, que hacía tambalear su mente dar traspies a sus palabras, Tonito artículo entre hilos de babas titubeantes que se escurrían penosamente de su boca:

-Men... tira. Vivís bien... gracias al viejo asqueroso de don Fautos, sacándole... los quetzales... Por ay va... Raimundo... vestido de casimir... Querrás o no, todavía sos mi mujer... ante Dios y ante la ley, y te acusara de adulterio... aunque nadie lo creería viéndote la facha...

La mujer se irguió, vertical como una serpiente en paroxismo:

-¡Ya te dije que vayás a quejarte con la puta de mi suegra, que hora estará purgando las porquerías que cometió!

¡Otra vez la injuria vil! Sintiendo trasmutarse, en un relámpago, su debilidad en indignación fulminante, Tonito hizo un ademán de acometer a la deslenguada, resuelto a despedazarla, no sabía cómo, pero a despedazarla de cualquier manera.

Entre tanto, habíase formado en redor de ellos un círculo de transeúntes: indios, comadres, chiquillos y un sujeto fornido, de over-all, con planta de mecánico o chofer, notoriamente ebrio.

Al avanzar contra aquella especie de larva humana, que el retroceder en la indecisión de la sorpresa hacía crujir las falanges de los dedos ganchudos y acezaba arrojando vaharadas de pozo fétido por la ancha boca, de ennegrecidos colmillos, Tonito sintióse prensado entre unos brazos nervudos que lo sujetaban oprimiendo su pecho bajo los sobacos, zarandeándole a su antojo, mientras una voz aguardentosa barbotaba:

-Conténgase amigo... A las mujeres no se les pega así no más, ante la gente. Métase con los hombres...

Apretose el corro de mirones, con movimiento sordamente hostil hacia el increpado. Lento, parsimonioso, importante, acercábase un polizonte. El forzado soltó a Tonito, que al advertir la presencia del agente de autoridad, perdió de súbito sus bríos y aprestose a la retirada. Abriéronle paso los espectadores, un poco amedrentados también. Hubiera querido escapar a la carrera, pero frenado por el efecto paralizador del miedo, avanzó pausadamente rígido, a cortos trancos, como un autómeta. Le poseía un sólo pánico: el atávico horror a la autoridad revestida de

uniforme y provista de garrote, que sin duda estaría, como siempre, en su contra. Sólo faltaba que lo encarcelasen. ¡No, no, por Dios y todos los santos! En aquellos instantes tuvo la sensación total de su miseria, de su pequeñez irrisoria, del ludibrio que le perseguía, de la humillación que le sofocaba, esta vez como tantas otras!

Anduvo por largo espacio a través de las calles somnolientas. No atinaba a concertar sus pensamientos. Al comienzo de la Avenida Barrilias topó con una venta de licores. Conocía a la tabernera, y animose a pedirle fiado un octavito. Temió que lo echara simplemente de allí con ma las palabras. Pero ella entregole la botellita panzuda, diciendo:

-No tenga cuidado, don Tonito, ya me lo pagará cuando pueda. Usted parece enfermo: quítese la goma.

A la sombra del muro cercano, por donde asomaba un álamo su copa verde y plata, empinose el primer trago. Aquella grácil testa vegetal, balanceándose al manoseo de la brisa, por encima de la tapia, trájole la imagen de otra cabeza leve, puerilmente rizada... Y tomó rumbo a casa de Chusita.

XII

-Chusita, no haga ruido... hable bajito... que puede orinos ella que está en la vecindad.

La voz meliflua de Chusita respondió calmosa:

-No, don Tonito, si no hablo recio. Usté está un poco trastornado... Tal vez tomó mucho.

-No, Chusita. Oigame y trate de entenderme. Contó lo ocurrido aquel día y otros días. Pero a ella le pareció tan confuso, tan inverosímil, tan irrazonable todo aquello, que la pequeña, la carnudita mujer se afirmó en su creencia del trastorno.

-Ya ve, don Tonito, Vaya a dormir... y mañana me explicará esas cosas tan feas. Su esposa no puede haber hecho eso. Usté soñó. Son los traguitos.

Otra vez impotente ante el absurdo, el entontecido rompió en sollozos, y entre hipo e hipo, seguro, con la persuasiva firmeza de desesperación:

-No, no vecinita, no, no. Es cierto. Acaba de pasar lo que le he contado. Ya le diré todo lo que viene ocurriendo desde hace mucho tiempo. Créame, por Dios, Chusita.

Enterneciose el rollito de manteca dulce. Y como él recaía en sus sollozos, le pasó la mano por el cabello hirsuto. Tonito se reanimó:

-Usté ya sabe... ya sabe... que la quiero... que siempre la he querido, desde nuestras pláticas aquellas...

-No me diga eso. ¡Qué había de ser! No está usté en si, don Tonito.

-Si estoy en mi... créame por favor, Chusita.

-¿Qué?

-Lo que le he dicho... Ya sólo la tenga a usted, y a la Virgencita en el cielo.

Quedaron silenciosos, mirándose a la luz apacible de la lámpara. Se sonrieron, con tímida y acobardada delicia. Y se tomaron suavemente las manos.

De pronto, ella recordó:

-Usted habló de una... ¿cómo dijo?

-Caballona... Es esa maldita... que ya no será más mi mujer.

Rió imperceptiblemente Chusita:

-¡Qué apodo más famoso. No lo sabía... ¿Conque su esposa, o lo que sea, parece una caballona? ¿De dónde sacó eso? ¡Qué ocurrente es usted, Tonito!

-No se, pero eso es: una caballona... A mí me dicen Pelusa.

Volvió a su risa queda de dulcita, y comentó:

-Una pelusa de caballa... ¡Tiene gracia

Repentinamente se pusieron serios. Una serenidad incomparable, un júbilo tan extraño como todo aquello que estaba acaeciendo, invadió de arriba abajo, de dentro a fuera, a Tonito Bardales. Y riendo a su vez, miró a Chusita.

Reaccionó ella:

-Ahora, mejor es que se vaya, Tonito. Venga a verme mañana. Pero tome precauciones y sea prudente. Y no beba más. ¿Me lo promete?

-Me iré, Chusita, pero con usted. Huyamos... ¿Esta casa no es suya, verdad?

-No: soy inquilina. La semana que entra regreso a la costa.

-Vámonos ya. Aunque no tengo nada que ofrecerle, sé trabajar... y mi vida y lo poco que soy todavía, es suyo Chusita. Digo... porque supongo que usted no tiene... ningún compromiso.

-Ninguno. Pero ¡qué adelantado está usted! Así no más... Eso no es posible.

-Todo es posible cuando lo dispone el corazón... Pero ya le dije que no tengo más que lo puesto.

-No importa si sus intenciones son buenas. Pero antes hemos de hablar con formalidad. Tendrá que divorciarse. Le ayudaré... si me lo permite.

-Es lo que necesito; pero ya está hablado, Chusita. Huyamos...

-No es cosa de huir. ¿Tiene miedo?

-Horrible, Chusita. Se lo confieso, y usted lo tendría también si la conociera.

-Ya la conozco, y ahora más por lo que me ha contado. No tema: soy valiente, resuelta, aunque no lo parezca ¿verdad?

-Eso quiere decir que me acepta... que me quiere aunque sea un poquito.

-Tal vez Tonito. ¿No dicen que el corazón se manda solo?

-Huyamos, pues, ahora mismo.

-¿Está loco, Tonito?

-Sí, Chusita, por usted

-¡No me diga no soy ninguna patoja.

-Ni soy ningún muchacho. Pero eso no es inconveniente: al contrario, a nuestra edad se quiere mejor.

En raptó de felicidad desconocida, tan absurda como todo lo que le había pasado, Tonito Bardales, alias Pelusa, se arrodilló ante aquel angel con carita de merengue, y afirmó:

-Es milagro de mi Virgencita del Rosario.

-Si que es milagro, el milagro de siempre, cuando el amor es del bueno, como dice la canción.

-Como el nuestro, Chusita.

Y besó sus zapatitos de muñeca, sus tobillos gordezuelos, sus manos blancas, algo pecosas, murmurando palabras de adoración, de amor, de gratitud, no sabía bien de qué, pero que le brotaban de lo hondo, en cascada, como si viniesen de otro que no se parecía a él, al Tonito de una hora antes; como si tuviera ahí a su viejita resucitada. Y a intervalos, secábase las lágrimas y se limpiaba los mocos con las magas de su chaqueta sucia.

Y ella, calmamente, le dajaba hacer, alisándole con los dedos regordetes el cabello hirsuto:

-Sosiéguese... sosiéguese mijito.

Intentó ponerlo de pié; pero él se obstinaba:

-Déjeme Chusita: así me siento feliz... Déjeme a sus pies por lo que más queira. ¿La molesto?

-No, Tonito: es que me da pena. Pero si eso lo hace feliz

Y proseguí, sin dejar de alisarle los cabellos:

_¿Qué puede temer si me tiene a mí? Aunque no vaya a ser que más tarde lo recobre la otra, porque la mujer mala es la que mejor amarra al hombre bueno...

-Eso no pasará conmigo, Chusita, que no de balde he sufrido tanto y la he encontrado a usted. ¿Duda de mí?

-De usted no, Tonito es que la vida le enseña a uno mucho... y a mi me pierde tal vez el demasiado sentir. Aquí donde me ve tant tonta, lo arriesgo todo con tal de alcanzar mi ilusión, por muy humilde y pobrecita que sea.

Y estrechó la cabeza que acariciaba contra sus muslos blandos, mientras él musitaba, lamiéndolos más que besándolos a través de la falda:

-Mi santita... mi santita... mi santita linda...



Apuntes literarios
La generación "modernista" y la de 1920

El modernismo, según el crítico español Cansinos Assens, llegó tarde a Guatemala. Más verdadero sería decir que floreció tarde. El influjo de Rubén Darío subyugó por igual, y con rara simultaneidad, a todos los espíritus de América preparados para recibir la nueva iniciación artística, que sin embargo ya era viejo culto en otros países. Pero la poesía nuestra vegetaba lánguidamente tras el claustro romántico. Un cenáculo de poetas, convencidos de que la expresión literaria había alcanzado su excelencia suprema, insuperable, con los modelos clásicos, desde Homero hasta Núñez de Arcia hacia del verso una especie de propiedad espiritual, protegida por una marca de fábrica.

Aquel conventillo de escritores ajustábase perfectamente al gusto académico de una sociedad para la cual un poeta no era más que un señor serio e iluso, encargado de componer odas a la patria, a la unión de Centro América o a los caudillos del partido político dominante, o bien entonar baladas a la luna o deshacerse en lágrimas o jimoteos por pretendidas desdichas de amor.

Los poetas modernistas, cuyas increíbles extravagancias llegaban a nuestra tierra audazmente impresas en revistas y periódicos extranjeros, tuvieron la virtud fecunda de indignar hasta el paroxismo a nuestro areópago de rimadores. Y frente a la oposición de los "consagrados", allá por los años de 1910 a 1912, un grupo de decadentes, con más valor que los moqueteros de Dumas, nos dimos a la tarea de vivificar nuestro petrificado ambiente literario. Los santones del culto revolucionario estaban, naturalmente, presididos por el heresiarca Rubén, a quien rodeaba una constelación de nombres ya gloriosos, casi todos americanos, pocos peninsulares: Gutiérrez Nájera, Casa, Silva, Chocano, Nervo, Urbina, Días Mirón, -con Lascas y sus recientes poemas modernistas- Valencia, Ricardo Arenales, Lugones... y, de España, Villaespesa, Carrera, Valle Inclán y algún otro.

Los cultores guatemaltecos del herético modernismo -asombro y coraje "del busgués" llamábanse Joaquín Méndez, Soto Hall- en parte, pequeña, de su obra -José Rodríguez Cerna, Carlos R. Vela, Alfredo Sierra Valle, Gustavo Martínez Nolasco, el salvadoreño Gustavo Ruiz y el hondureño Ramón Ortega, entre rimadores y periodistas. Figuré yo también, con incipiente y modestia juveniles, entre el grupo de los "nuevos"

La reacción fue tremenda. Las gentes nos burlaban en nuestra cara. Eramos grotescos, e inspirábamos, a la par, no poca compasión al cenáculos de los "viejos", algunos de los cuales nos aplastaban con un título correspondiente de la Real Academia. Cargamos con un curioso mote popular. Lo inventó el semanario "La Campaña". En Guatemala existe una planta de corolas odoríferas, pero tan insoportablemente odoríferas que no hay quien aguante su proximidad. Esta planta se llama en el país, exquisúchil, y exquisúchiles fuimos bautizados los decadentes. Podrían formar volumen los chistas, las puyas, las anécdotas, las sátiras, escritas y orales, que debieron apabullarnos como el zapatazo a la cucaracha... sino hubiésemos sido dueños de una juventud maravillosa y de un temple

de volúmenes de Rafael Arévalo Martínez, entre los cuales hay uno de notoriedad continental —"El hombre que parecía un caballo"— surgido al influjo munífico de otro gran "viajero tempestuoso" que, con Chocano y Darío, cultivó floras de maravilla en las almas de aquella generación: ese viajero se llamó Ricardo Arenales, y ahora, Porfirio Barba-Jacob; "Madre Naturaliza", de Valladares Márquez; "Caravana Líria" de Carlos Rodríguez Cerna; "La Alegría de Producir" de Rafael Valle; sugeridoras comedias de Drago Braco; prosas de Alejandro Córdoba, trabadas como orfebrerías antiguas; "Cenizas" (cuentos), "El Ala de la Montaña", -verso- y "La Lente Opaca" por Flavrio Herrera; "Lagunas Taciturnas" de Gerardo Díaz, y otros volúmenes, prosa y verso, de Félix Calderón Avila —en sus postrimerías, profundo y armonioso poeta—, de Federico Hernández de León, de Virgilio Rodríguez Beteta, del cultísimo Adrián Recinos... Entre esta biografía mencionaré, sin atender a méritos discutibles, dos obras mías: "Las Dádivas Simples" (verso) y un ensayo de la "novela de la ciudad pequeña"; "El Solar de los Gonzagas". Cito tales títulos y nombres sin rigor cronológico, que para el propósito de estos apuntes carece de importancia y de lugar.

La estupenda conmoción social de 1920 —en que los guatemaltecos derrocamos, sin muchos circunloquios, el trono del viejo sátrapa don Manuel Estrada Cabrera— habría de batir la vela latina de nuestro bergantín literario con nortes frescos e imprevistos. Y es curioso observar que si en lo político la revolución de 1920 fué nula, en el arte de pensar para escribir marcó el apareamiento de una nueva generación de literatos, vibrantes de briosos entusiasmos.

Cesar Brañas —una de las finas prosas entre "los nuevos"— y creo que también David Vela —para mí el mejor cerebrado de todos ellos— han escrito páginas de acierto y sutil intención acerca del grupo de 1920. Podría transcribirlas, ahorrándome yerros y fatigas pero no las tengo a mano, y he de remitirme a mis propias impresiones...

Esa generación nació a las letras con avasalladores empujes de audacia, desenfado y zumbadora ironía. Eran los iconoclastas armados del martillo, la tea y el hacha devastadoras; pero con intenciones casi inofensivas, y desde luego, amables. Se advertía en el escuadrón de muchachos escritores la tácita consigna de reírse sanamente de todo: arte y vida. El capirote humorístico lucía en las cabezas, como una pincelada funambúlica. En los alarades truculentos, en las excentricidades tipográficas, en el cultivo de la paradoja, en el esguince mental y hasta en la pirueta burlesca de aquella tropa, no había, al fin de cuenta, más que la eflorescencia juvenil y la "prueba de fuerza" del talento.

Pudiera señalarse la huella magistral de Queiroz en algunos de los prosadores de la nueva generación, y la influencia de los vanguardistas de otros países, como Huidobro, Maples Arce, etc., pero en lo que no hay contradicción posible es en el derroche de mentalidad rica, flexible, escéptica, irreverente, y por lo común de auténticos quilates interiores, que hicieron aquellos muchachos de 1920. Literatura y prensa recibieron de ellos la transfusión de una sangre ágil y moza —la sangre es espíritu dijo Nietzsche—.

Tras los primeros tanteos, se arrojaron las muletas de los grandes modelos y de las sugestionadoras influencias, y se llegó a sí mismo. Tal, a mi ver, la trayectoria ideal de esta generación. Es ahora cuando David Vela, César Brañas, Carlos Samayoa Aguilar, Alfredo Balsells Rivera, José Valle, Juanito Olivero, Ramón Aceña Durán, Clemente Marroquín Rojas, Valentín Dávila Barrios, el excelente Miguel Angel Asturias —a cuyos nombres debe agregarse, en la historia literaria, el de José Luis Balcárcel ingenio singular, recientemente sacrificado en un accidente de aviación— y otros recién venidos como los poetas Luis Rivera Rodríguez y Francisco Méndez H. —dos muchachos que ya están haciendo descubrirse a las admiraciones— alcanzan su mejor realización íntima, personal y valedera.

Este arte "nuevo", que principió siendo un humorismo paradójico, acendra ya frutos definitivos. El aporte de la generación de 1920 a nuestras es valioso, sin lugar a duda. Hay superaciones insospechadas. Yo para mí sé decir que encuentro en crónicas y páginas de Balsells Rivera, Brañas, Samayoa Aguilar, Olivero, Vela y otros, excelencias bastantes a parangonarlas con famosos prosistas del habla y, desde luego a ponerlas muy por encima de infinidad de papagayos académicos, celebridades de revista y gran rotativo.

En conjunto, el enriquecimiento de las letras guatemaltecas me parece que cobra en el día una plenitud antes inalcanzada. Creo que hoy se escribe mejor que ayer. Y esto es obra de las generaciones de 1912 y 1920. En nuestra general decadencia, sólo se salva la literatura. Y la literatura posee virtud suficiente para reconstruir pueblos y vivificar cadáveres sociales.

Las mujeres no han sido una excepción en estas realizaciones. Guatemala —si restamos a María Cruz— no había tenido poetisas ni escritoras de méritos reales. El romanticismo ñoño, la senciblería ineficaz, desdibujaban la mentabilidad femenina en las penumbras de un crepúsculo llorón. Con la revolución modernista, la mujer se emancipó de aquella tonalidad histerica que todo lo teñía; y aparecieron cuatro nombres que, sin abandonar por entero el molde romántico —con la salvedad de una de estas poetisas— encajan bien en las tendencias nuevas; Rosa Rodríguez López, Luz Valle, Amalia Cheves y Laura Rubio, a quien todavía perjudica, en mi sentir, su devoción hacia los modos y formas extemporáneos, o si se prefiere, pseudoclásicos.

Luz Valle y Amalia Cheves no pueden ser clasificadas en la casilla romántica, ni en la modernista ni en la vanguardista, o como se llame. Equidistan de los tres vértices de este triángulo literario. Tienen su zona propia; pero en ella no desentonan su nota al ritmo actual, tan rico y tan variado.

Rosa Rodríguez López se acerca más a la modalidad novísima que sus compañeras. Ha publicado un solo libro: "El vendedor de Cocuyos" —título que ya dice la sutileza. Este libro es suficiente para dejarnos una impresión decisiva del fino espíritu que lo concibió. Rosa Rodríguez Ló-

pez sabe sentir, sabe expresar. Parecen estos, términos manidos pero en realidad encierran un dón preclaro, capaz de hacer los triunfadores en el arte. Claro don, el quid divinum de los padres latinos, los poemas de Rosa huyen con todo acierto de la grandilocuencia, de la expresión demasiado neta, de la conclusión filosófica o anímica obligada, a que tan afectos son algunos semi-poetas de América y España. Sus poemas suelen gravitar sobre el medio espiritual de la sugerencia, tan amable por su sentido indeciso y profundo.

Me detengo especialmente a considerar este nombre de poetisa guatemalteca, porque entre sus compañeras quizá es la menos celebrada en el mundo frívolo de nuestra prensa literaria. El ridículo club de bombos mutuos que desarrolla sus propagandas en América Hispana, todavía no ha recogido ese nombre, ni los inteligentes lo han catalogado en sus listas. Y en este, como en otros casos, somos injustos y ciegos. Y llegó ya la hora de exaltar sobre el pavés lírico —que diría José Rodríguez Cerna— los valores genuinos de nuestras letras, taponándonos los oídos contra la Vocinglería trompetera de las "glorias" de complacencia...

Carlos Wyld Ospina

Octubre de 1929.

Tomado de la Revista Cultura del 1º de Diciembre de 1929.

Cartas de Carlos Wyld Ospina a Carlos Carrera

Xelajú, 10. de marzo/54

Muy estimado tocayo:

Estaba por escribirle cuando tuve el agrado de recibir sus finas letras del 11. En una de mis cartas a Alberto, le decía de mi interés por que ustedes se relacionaran lo más posible en materias de literatura y "sus anexos", esperando de ello provechosos y gratos resultados, ya que les conozco lo suficiente a ambos. Debí informarle a usted sobre el particular oportunamente; pero ya sabe cómo vivo: en perpétuo marathón contra el tiempo, saliendo yo siempre vencido... En su reciente estada por acá, Alberto me dio la buena nueva de que ya se habían comunicado ustedes de "motu-propio", y charlado con alguna extensión, especialmente de mi persona y mis actividades intelectuales--bondad y deferencia que les agradezco de todo corazón amistoso. Usted me lo confirma para mi satisfacción. Le estimo mucho ~~los~~ buenos informes y noticias que proporcionó al grande y fraternal compañero, y que son los mejores que pudo recibir por el conocimiento, casi diríamos íntimo, que usted tiene de mi obra última y de mis propósitos y empeños, así como el invaluable interés y singular cariño con que los mira y juzga. Infortunadamente, la múltiple atención que de mí reclaman diversas obligaciones --banco, periódico, escuela, etc.-- me dejan escasísimo tiempo que dedicar al arte, como a usted le consta, y me restan preciosas energías, de modo que avanzo poco en la empresa del futuro libro; pero, al fin, avanzo... Sigo en la preparación de otros cuentos largos que usted desconoce todavía, y cuyas copias le enviaré a su tiempo para recabar sus impresiones y juicios, que de verdad aprecio y necesito. Le ruego que haga conmigo otro tanto, ya que no ignora que el interés y estimación literarios son recíprocos, fuera de los personales. Usted nos hace sensible falta a los pocos, o mejor dicho poquísimos que aquí nos inquietamos por el arte y la vida intelectual, y singularmente a mí, como es obvio. El vacío que ha dejado resulta inllenable. Ya no existe aquel círculo íntimo, pero cordial, comprensivo y fecundo que habíamos formado. Sólo quedamos militando en él Ana María y don Jorge, su esposo, y este cura. Con los demás no se cuenta. Pero a la pareja Tello le veo ya muy de tarde en tarde, pese a la buena voluntad mutua... Mi libro proyectado será un día: de eso no dude, tocayo. No obstante, usted me dirá con razón: Muy bien, pero cuándo? Me preocupa, como al que más, el factor tiempo, tan decisivo en estas cuestiones, pues, como dice Sabat-Ercasty, "lo que no se edita se vuelve cadáver". Así que no desperdicio ocasión de majar sobre el yunque, a fin de que eso mío no se quede en gavetas y se enrancie o fosilice definitivamente, haciendo inútil y baldía la oferta de aquel despampanante Balda... Le tendré al tanto de mis progresos; y le insto a que, por ningún motivo, abandone usted tampoco la trinchera. Recuerde que cuanto quedará de nosotros en el mundo, después de nuestro paso efímero, serán las creaciones del pensamiento... si algo queda. Y, cuando se tiene buena madera, el deber imprescindible es labrarla...

Otro de mis motivos para escribirle era --y ahora lo satisfago-- expresarle mi leal y sincera felicitación por el camino ascendente que usted lleva en su profesión. Ese interinato que desempeña, aunque le ponga en trabajos y quizá en problemas momentáneos, representa algo muy honroso y muy útil para usted. Eso me alegra y satisface de veras, y así lo he expresado a nuestros comunes amigos y compañeros de Rotary, quienes bien le recuerdan y deploran su ausencia. No me equivoqué: para usted será muy importante, y quizá definitivo para su porvenir, esta etapa de su vida y su actividad profesional. No podía rehuir la llamada del destino.

Comprendo, sin embargo, que no se sienta usted bien hallado en ese ambiente ni se habitúe al nuevo ritmo de vida, tan diferente del de acá, porque eso me hubiera pasado también a mí. Aunque parezca lo contrario, este medio, con ser tan pobre, resulta más propicio que el capitalino para la labor literaria, y en general, para la formación de una auto-cultura, basada en intensas y regulares lecturas y meditaciones; y de ahí su inconformidad íntima con un ambiente como el chapín. Pero a todo se llegará andando el tiempo, sobre todo cuando se tiene por delante, como usted, lo mejor de la vida...

Gracias por su cuidado acerca de mi salud. Esta, aunque buena en apariencia, no puede ser ni es satisfactoria por completo. Mi mal, crónico como usted sabe, sólo tiene chapuz, pero no admite cura. Nó queda más que sobrellevarlo con paciencia y no preocuparse por él, ya que su origen es nervioso, según los matasanos. Así me lo decía Hernán, aquejado de gastritis, también crónica. Con este dinámico, emprendedor y buen amigo, marchamos en perfecto acuerdo y armonía. Continúo ayudándole en el diarito, al que cada día mate más el hombro, y a cuya empresa ha atraído todavía más a sus consocios Luis y el Guayón. No sé si ya tiene usted noticias de los últimos aportes y progresos. Con sus siempre compañeros del periódico, incluso Rafael -- ya un tanto "corregido"-- hago las mejores ausencias suyas, como es natural y debido. Todos retornan afectuosamente sus saludos.

Sírvase presentárselos muy cordiales a su inteligente, afable y discreta esposa --una joya para usted y sus hijitos-- y decirle con cuánto aprecio y simpatía la recuerdo siempre. Ojalá que pronto logren ustedes establecerse en su propia casa e ir resolviendo las inevitables dificultades que trae consigo todo cambio de residencia. Hago extensivos mi saludos cordiales para Santos, Raúl y su hermanita, a quien tuve el gusto especial de conocer y tratar, aunque ligeramente, durante la celebración de aquellos inolvidables Juegos florales de nuestra incomparable ciudad de las historias romancescas... Mi hermana, que también les recuerda a ustedes con la misma predilección que yo les guardo, me encarga hacérselo presente. Alberto tuvo asimismo para ud. muy buenas expresiones.

Le abraza y espera tener sus noticias con la mayor frecuencia posible, su afectísimo compañero y amigo:

Elena

Xelajú, 26 de julio/54

A Carlos Carrera,
en Guatemala.

Muy estimado tocayo:

Como se lo prometí, me complace enviarle adjunto mis cuartillas acerca de los consabidos "tres poetas modernistas". Ya sin la exigencia de un lapso determinado para concluir ese trabajo, le di un poco de mayor extensión y consistencia, aunque siempre hubo de quedar dentro de un marco limitado, según lo exigía el propósito original. Ojalá le agrade y yo haya dado, siquiera a medias, en el clavo. Dame su opinión como siempre, con entera libertad y franqueza. Por supuesto no se trata de una crítica exhaustiva. Apenas es una impresión personal, una interpretación de tres poetas contemporáneos míos, dos de ellos --Alberto, mi gran hermano de toda la vida, y Félix-- muy queridos para mí. Sin embargo, procuré por que el sentimiento interviniera lo menos posible en el juicio. Y escribí con cariño, con dedicación, pero también con el sentido de responsabilidad que usted me conoce y ha sido norma invariable de mi actividad intelectual. Pero como no soy crítico profesional, habrá que excusar mis deficiencias. Como ya no se editará el libro donde mi trabajo debió de publicarse, lo enviaré al exterior. He pensado en Repertorio Americano, de García Monge: revista seria, de sólido crédito y escogida circulación en el continente, y además, amiga. El original se lo destine a Alberto; pero aún no tengo noticia cierta del día de su regreso. ¿Puede informarme al respecto? Hasta después de tener la opinión de uds. dos, con la cual espero me favorezcan, remitiré mi escrito para su publicación. Si fuere oportuno, le ruego hacerlo saber así a Alberto. La biografía de que es autor don Adelberto, me parece que tampoco se publicará aquí ni a breve plazo, de manera que mi prólogo quedó también suspendido en el limbo de lo indeciso. Pero se publicará al fin, en cualquier parte y en cualquier tiempo, pues la obra no merece quedar inédita.

En seguida, salvo motivo de fuerza mayor, acabaré la preparación de mi libro de cuentos escogidos, cuyo material usted conoce en su mayor parte, y que está todavía pendiente de pulimento y última revisión. Es algo que al fin se tiene que publicar también, y que se ha ido demorando contra mi voluntad. Ana María leyó el cuento aquel del kecchí fugitivo de sí mismo y de sus lares, y que, llevándose consigo a sus dioses y su fe, va a la espera del cumplimiento de las profecías... y, como a usted, es lo que más le gusta de mi obra de este género. Aún no le he encontrado título a tal producción, lo que resultó más difícil que la factura de la misma. Pensé en "Hombres y dioses", o algo así, pero no me satisface mucho... ¿Puede ayudarme a la caza del condenado título?

El vacío que usted y su dulce, inteligente y comprensiva esposa dejan entre "los pocos que en Xelajú han sido", y son, sigue sin llenarse, y es probable que no se llenará nunca. Por las circunstancias actuales, es seguro que usted no ha podido poner mano en su obra literaria. ¿Cuándo le quedará un margen de tiempo para ello? Es lamentable ese forzado abandono de su verdadera vocación. Tendrá que ser un día, pero lo que no interesa es que no esté muy lejano. Mientras tanto, va usted hacia arriba en lo que llamaré su profesión técnica, y le felicito por su nuevo cargo, aunque éste le habrá multiplicado el trabajo, las obligaciones, las responsabilidades y las "vainas".

Paciencia y barajar --aconsejó don Quijote en su aventura de la cueva de Montesinos. No lo olvide...

Le devuelvo con ésta la Sequía de nuestro estimado y excelente compañero Mejía Vallejo. No lo hice antes por esperar a enviárselo junto con lo mío, y no por desinterés ni menosprecio alguno. Tengo casi la misma impresión suya sobre esa composición, intermedia del cuento y el relato. Es más bien un episodio, pero ya con caracteres de cuento, por la técnica y el desarrollo. Hay intensa dramática en él, vigor y movimiento, sin disquisiciones ni desmayos. Está bien logrado, pero todavía no representa un logro completo, aunque revela en el autor innegables aptitudes de cuentista auténtico, que podrá llevar muy lejos. Entre lo poco que conozco de él, me parece lo mejor. Denota rápida evolución y parece anunciar que por ahí está el camino de Damasco de nuestro talentoso amigo. Así sea. Dale mi saludo afectuoso y dígame mi júbilo por "irse encontrando a sí mismo" dentro de una acertada y firme orientación. Lengua je y construcción requieren más justeza, más aliño quizá, hasta arribar al estilo; pero las bases están echadas... El ambiente regional colombiano no me parece bien captado.

También Ana María tiene nuevas producciones, y en una de ellas se ha superado notoriamente. Es lo que importa: ir adelante, por más que sea pasito a pasito... Con los finos amigos Tello le recordamos a menudo. Supe que usted estuvo por acá no hace muchos días, y deploré no haberlo visto.

Estrecho sus dos manos amigas:

Elvira Ospina

Guatemala, 26 de Agosto de 1994.-

Muy estimado Don Carlos :

Su carta, no obstante haber sido recibida en el correo el 29 de julio, me fué entregada hasta el viernes pasado. Fué una grata sorpresa. Vino con ella, además del trabajo que me había prometido sobre Tres poetas del modernismo en Guatemala, el cuento de nuestro común amigo Manuel Mejía Vallejo, acerca del cual, como usted recordará, ya le había externado algunos puntos de vista. El martes por la tarde estuve a buscarlo, pero no lo hallé; le dejé recado y me propongo visitarlo hoy por la noche para llevarle su saludo y transmitirle su opinión. El que es un muchacho talentoso, con deseos de mejorar y desprovisto de amor propio literario, todavía, habrá de agradecer sus observaciones y tomarlas muy en cuenta.

Acerca de su trabajo, trataré de darle una opinión, que usted mejor que nadie sabe, no puede ser muy enjundiosa, pero sí enteramente franca y sincera. En principio, y por la natural curiosidad que en mí despierta cualquier escrito firmado por Ayld Cepina, lo leí un tanto precipitadamente, con ese afán impulsivo exento de análisis de toda primera lectura, que sólo pretende enterarse de qué se trata y de cómo concluye. Después hube de leerlo muchas veces, despacio, paladeándolo, tratando de sopesarlo en todo su alcance y valía. Y llegué a la conclusión de que, por su forma, es un regalo imponderable para los ojos y para el corazón; y por su contenido, un valiosísimo aporte bibliográfico para el mañana.

Ya en una ocasión me permití expresar, que a mi juicio está usted en una etapa de franca superación. Los dos últimos trabajos que he tenido oportunidad de conocer, lo muestran en toda la plenitud de su capacidad creadora, pues aunque podría pensarse que un juicio crítico no precisa de poder creativo, no puede admitirse en el autor la carencia de este atributo, a menos que conviniéramos en negarlo como esencia del estilo, de ese entrelazar de frases que personalizan al sujeto que escribe.

Pero demos un vistazo al trabajo en sí. Su "Breve ojeada al movimiento", necesaria y oportuna introducción, evidencia un conocimiento exacto de los antecedentes y características de la revolución modernista, los cuales expone a través de una prosa fluida, suave y musical, encantadora, de acendrado refinamiento y maestría inigualable, y de una riqueza millonaria de léxico. Esa tónica, que se conserva a lo largo de toda la obra, acusa un uso moderado y preciso de metáforas, desprovistas de ampulósidades, pero de una hondura y belleza singulares. Qué otro calificativo podría merecer este concepto : "... el parnasianismo helénico y marmóreo; el simbolismo, de ácrata sentido, compleja interioridad, coloratura impresionista, iconoclasta y a veces luciferino; y su derivación, el llamado decadentismo, que agrega a aquellos elementos su vaguedad melancólica, su intención sugerente, su música crepuscular..."

Cuando hace su aparición el "poetísimo", el autor se gana las estrellas. Con gala de penetrante sutileza, nos dice : "...y se cibe el laurel y la espina, y entiende lo que dicen los astros y las piedras, y descifra las claves de una poesía inasamente, tan universal por su miraje como americana por su naturaleza". Y más adelante : "levanta el oriflama de Azul sobre las bravas costas de Chile" y "aquel su libro de juventud es sólo una inicial". Y a poco, la metáfora con hondura de surco : "...basta con una bandera rebelde y un morral de sembrador".

Ya en interpretación, como usted la llama Don Carlos, de esos tres poetas contemporáneos, uno de ellos, El que vé detrás, su hermano de toda la vida; y otro, el poeta que vivió sus últimos días "nostálgico de sol bajo los umbrales de la noche", cabe decirle que tengo la impresión, aún cuando las tres semblanzas son meritísimas, que la más completa parece ser la de Arévalo Martínez. Acaso porque no guarda para él el mismo sentimiento afectivo que para Velázquez y Calderón Avila, ha hecho un retrato fiel que podría envidiarle el mejor fotógrafo. Lo analiza con espíritu amplio. Escudriña en su poemática, va buccando interioridades adentro, y descubre los diferentes matices y modalidades del complejo yo del poeta. Llega por ese sendero a pulgar su sensibi--

lidad, su sentido religioso, casi místico, su envidia esotérica, su pavor innato ante lo desconocido. Y lo enjuicia con severidad no exenta de comprensión; pondera su virtud, pero sin rimbombancias, y es tolerante, casi amable, al señalar sus defectos... Y lo deja así, desnudo, semidormido, como él va por los caminos de su lírica viaje.

Viene después la efígie patriarcal de "El último de todos", del poeta Velázquez, con su misticismo a cuerdas y su alegre y serena conformidad. Nos lo muestra majestuoso, dulce, profundo y trascendente en el pensar, de exquisito sentir y siempre fortalecida moral. Y eleva su figura muy por encima de la mezquindad de sus detractores, de quienes menosprecian su valía, llegando -- incluso a acusarlo, a él, vale decir a su poesía, de cierto retardatismo. Y nada más oportuno y contundente como réplica, que la mención de su poema : "Yo busqué a Dios en Wall Street" y la cita dogmática de que el arte es intemporal : "no hay poesía de ayer, de hoy ni de mañana", como no sea para la agrupación histórica de tendencias, movimientos literarios, corrientes renovadoras del pensamiento...

Y como en el caso de Arévalo Martínez, al auscultar al poeta, el autor nos ofrece páginas de una belleza plástica. Veamos por ejemplo : "su dulzura es inmanente, recóndita como la del oro, de la luz, del agua intacta, que no la poseen en sabor sino en color y ritmo; y por eso está libre de melodiosas sensibleras y empalagosos almíbares. Es dulzura que emerge de la bondad jugosa del corazón y de la fluida limpidez de la mente, abierta al inagotable amor de cuanto es desnudamente bello y noble. Y otra : "... su vena de poesía, lo mismo que el agua manante desde el corazón agrio de la roca, se vuelve luz y onda de canción viajera sobre las asperezas de la tierra..."

Yo también pienso como Ud., que don Alberto está pasando su mejor momento. Entre dos últimos poemas que de él conozco : "El último de todos" y "Más allá de las islas", así como el ya citado "Yo busqué a Dios en Wall Street", constituyen para mí sus mejores logros. Y creo que él participa de igual opinión. Recientemente estuvimos conversando en ocasión en que el personal del Banco de Guatemala ofreciera una cena al Dr. Herioga Morales.

Como de costumbre, se mostró muy efervente conmigo y como no podía ser menos, estuvimos haciendo las más gratas ausencias suyas. El también está de entero acuerdo conmigo, en que Wylá Ospina se ha superado notablemente a sí mismo y que como estilista, que lo ha sido en todo tiempo, ha alcanzado una altura cuyas excelencias hoy por hoy no tienen parigual en nuestras letras y aún en las del Continente. No obstante que este juicio no es nuevo, por haberlo externado con anterioridad otros escritores de nombre, no deja de ser satisfactorio comprobar que los pocos que conocen sus nuevos aportes a las letras guatemaltecas, están contestes en reconocer esa superación de que le habló.

Retomando el hilo de la cuestión, me referiré a Felix Calderón Avila :

No lo conocí y de su obra muy poco ha llegado a mis manos. Pero dice mucho de su relieve, la creencia suya don Carlos, de que "El Chocano rebelde de Iras santas y aun el de Alma America, no hubiese tenido empacho en suscribir las bruidas estrofas de su canto a Bolívar".

Este y los otros conceptos que dedica al malogrado vate huehueteco, reflejan por entero su personalidad -hermanada al dolor y a la tristeza - con su suave escepticismo, su espíritu ingenuo, claro y profundo, pero resistente al sufrimiento; su delicada sensibilidad, su creencia en el trascendentalismo de la poesía, y su voz -fiel expresión de su insatisfecha inquietud - fresca y pura, sonora y valiente. Todo ello matado con un tono emotivo que tiene sabor de reminiscencias y frescor de sombra...

Dentro de estas cuartillas hay una instantánea que cobra relieve por sí misma : la que refiere la posición antiyanqui que por entonces adoptaron los poetas y escritores hispanoamericanos, a cuyo frente combativo se sumó Calderón Avila. Esa instantánea está plasmada con un vigor y un objetivismo sustantivos. Se "oyen" los pasos de una raza nueva que pugna por abrirse paso entre la maraña de la selva virgen, con una esperanza siempre renovada de liberación; y se escucha el lenguaje rebelde indo-hispano, con la sonora impetuosidad de sus ríos, su entorchocar de piedras, su vuelo de cóndores y águilas sobre las cumbres más cumbres de

la cordillera Andina, que a ratos se embriagan de sol puro y cielo abierto, y a ratos se ponen a platicar con Dios...

En resumen, Don Carlos, el trabajo es en mi modesta opinión, un GRAN ACIERTO, así, con mayúsculas. Ojalá se decidiera a publicarlo en alguna forma y tratara de proyectarlo al exterior. Con ello se obtendrían dos finalidades : dar a conocer a tres poetas modernistas de Guatemala, y a un prosista, guatemalteco también, a quienes por la pobreza de nuestros medios y por la mezquindad de los pequeños, de aquellos que no valiendo nada tratan de restarles méritos a los que en verdad los tienen, no se les conoce suficientemente en casa ni más allá de nuestras fronteras, y se les ha quitado la oportunidad de ocupar en las letras americanas el sitio que les corresponde.

No era mi propósito hacer esta carta tan larga y cansada, pero son tan pocas las ocasiones en que puedo darme el lujo de conversar con Ud. y dar rienda suelta a esa relativa inquietud literaria que Ud. llama mi verdadera vocación, pero que no pasa de ser un agradable pasatiempo, una grata afición, que opté por aprovechar este aparte.

Espero que su salud no se haya resentido y que otro tanto pueda decirse de su hermanita, a quien por lo mismo mi esposa y yo enviamos un atento saludo. Le ruego así mismo, saludar a Ana María y a Jorge, y a los inolvidables compañeros de Rotary.

Mientras puedo hacerlo personalmente, reciba un cálido abrazo de su afectísimo amigo,

Xelajú, 31 de agosto/54

Muy estimado tocayo:

Probablemente no se imaginará usted hasta qué punto sus pliegos del 26 del mes que hoy termina, son para mí interesantes, valiosos y, sobre todo, estimulantes. Yo, que me siento, más que me considero, un escritor vocacional, un escritor de raza --perdone lo pretencioso de la frase-- puedo prescindir de elogios, honores y retribuciones materiales en relación a mi obra y a mi ~~relativa~~ notoriedad en el campo de las letras; pero no puedo prescindir -- y dudo de que haya alguna excepción entre los escritores de auténtica categoría-- de algo que tengo por esencial para el productor de arte: el estímulo, que da la fuerza y el deseo de crear, e impulsa camino adelante por encima de los obstáculos y decepciones en que abunda esta ardua profesión, tan ingrata en nuestros medios sórdidos y apáticos. Y usted ha sabido siempre estimularme con su interés vigilante, su comprensión amplia, su fino gusto, su entusiasmo siempre despierto, su valiente franqueza, su noble sinceridad. Le hablo impersonalmente; y lo mismo le diría si sus juicios sobre mi obra, de antes y de ahora, me hubieran sido tan adversos como me son favorables. Incluso, encuentro en ellos una buena dosis de benevolencia y simpatía personal, que acaso no se originan, como pudiera creerse de primera y superficial impresión, en un cálido sentimiento de amistad sino en las afinidades de nuestros temperamentos artísticos.

Su juicio --no vacilo en llamarlo así-- acerca de mis "Tres poetas modernistas", es una muestra de las calidades y aptitudes suyas, que antes mencioné, y que siempre he reconocido y estimado en usted. En un ambiente como el nuestro, en este desierto intelectual en que vivimos, donde toda voz se pierde, lo mismo la del talento que la del rastacuerismo literario, un testimonio como el suyo es de preciosa rareza, de valor excepcional, y, si usted me lo permite, de utilidad positiva.

No esperaba yo en verdad, una estimación tan alta como la que usted ya no sólo me brinda, sino me prodiga, por mi último trabajo. Me sorprenden y me admiran, aquí y allá, sus apreciaciones certeras, sagaces o sutiles; y no he de callar que me complacen en lo íntimo porque hallo en ellas la confirmación de mi sentir y mi pensar, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo previamente. Voy a darle una prueba de ello, obtenida entre otras varias, con toda veracidad. Me dice usted: "tengo la impresión de que, entre las tres semblanzas, la más completa parece ser la de Arévalo Martínez". Y en seguida, descubre usted el motivo... Es exactamente el mismo juicio que me formé cuando concluí de escribirlas. Y no pude menos que atribuir la causa a lo que usted me señala. Ya sabe que, para juzgarme a mí mismo y a lo que hago, uso del más estricto rigor que me es posible... Los pasajes que usted prefiere, se cuentan entre los que mayormente me agradan y "convencen", y sus observaciones son a menudo iguales o análogas a las que yo me había hecho al escribir o releer esas cuartillas. Y así no puedo menos de decirle la consabida frase, que ahora cobra un contenido de absoluta lealtad: Estamos de acuerdo, salvo en la medida y el alcance, a mi ver excesivos y hartos generosos, que usted aplica y concede a mi trabajo. Y no tengo que agregar que la prosa suya está a la altura de su pensamiento, y ambos me satisfacen plenamente. ¿No podría publicarse, previa adecuación de la

Tu carta,

forma? Conste que esta simple pregunta no representa un lazo que mañosamente le tiendo para comprometerlo a una complacencia; no: queda a su libérrima discreción.

Como creo haberle dicho en mi anterior, sólo esperaba el juicio suyo y el de Alberto para, de serme favorable, remitir a García Monge esas cuartillas, y luego, quizá a otra u otras revistas escogidas. Le ruego darne sus sugerencias, pues no estoy muy bien orientado al respecto.

Ya supondrá usted el disgusto, la protesta íntima, el rechazo indignado que levantó en mí y en quienes de verdad queremos y apreciamos a Alberto, el proceder absurdo, injustificable y hasta infantil --según lo que aquí sabemos-- que se ha tenido con él en el asunto de su cargo oficial. No es Alberto quien pierde, en última instancia y en final resultado, sino el prestigio del gobierno y del país, ante propios y extraños. Ya le escribí a él sobre tan penoso incidente.

Las buenas ausencias que usted y Alberto hicieron recientemente de mi persona, obra y labor intelectual, no las extraño, ya que vienen de quienes vienen y que tanto significan para mí. Y apropósito, agrego que así las hacemos de ustedes en el círculo de los amigos de la localidad, en las frecuentes ocasiones que traemos sus nombres a la charla y el comentario, especialmente con los esposos Tello, quienes le retornan, con el cariño y aprecio que usted sabe, sus finos saludos, junto con Hernán y los compañeros rotarios, los "escogidos", se entiende. Y con las gratas memorias tuyas, va siempre unido el recuerdo de su gentil e inteligente esposa. Por su parte, mi hermana me encarga corresponderles sus afables expresiones.

No le oculto mi imperioso deseo de verlos por acá en septiembre. Ojalá nos dieran el gustazo de dejarnos gozar de su dilecta compañía por el mayor tiempo posible. Como siempre, ¡tenemos tanto que hablar! Y mientras eso no ocurre, acepte a la distancia mi abrazo cordialísimo:

Xelajú, 19 de marzo/56

Dilecto amigo:

Realmente fue largo nuestro lapso de silencio. No dejaba de extrañarme la ausencia de sus noticias directas; pero me la explicaba por su nuevo cargo --que debe de parecerse a un espinero, en donde no es posible moverse sin recibir arañños-- y lo empeñoso que es usted para cumplir con sus obligaciones, y aún más allá de ellas; pero, sobre todo, por haberme referido alguien que la salud de su esposa, tan distinguida en la estimación y tan dueña de la simpatía unánime de quienes hemos tenido la fortuna de tratarla, había empeorado. Créame que esto me desazonó hondamente, porque sé la admirable pareja que forman ustedes dos, y hube de considerarlo de amplio corazón amistoso. Pero tengo la esperanza de que se trate de un falso rumor, o de que al menos, el mal se haya conjurado, pues recuerdo que efectivamente Josefinita estaba sufriendo de algunos quebrantos de salud la última vez que nos vimos aquí. Ruégole testimoniarme mis respetos y mi cordialidad, y dar mis recuerdos cariñosos a sus dos encantadores chiquillos, a quienes nunca olvido.

Por mi parte, he seguido la vida que usted conoce: la del burrito de noria, dando interminables vueltas en círculo cerrado, para sacar el agua que otros habrán de beberse. Este existir moderno es así para millones de hombres: mucho ruido y pocas nueces. La libre determinación del sujeto se merma cada vez más, y nos vamos mecanizando irremediabilmente, absorbidos por actividades que están a veces lejos de nuestras inclinaciones naturales o que debieran figurar en segundo término. No me sorprende, aunque lo deploro, que usted no haya podido ponerle mano amante, con el detenimiento requerido, a sus labores literarias, por las que posee indudable vocación. Pero haga por robarle un tiempito al tiempo tasado, y dedíquelo a enamorar a esa eterna novia espiritual, siempre virgen y madre, y en ocasiones mártir, que es para nosotros el arte, que en usted tiene una rica y envidiable dualidad: letras y música. Y no desperdicie la oportunidad de hacerle un hijo a la musa, es decir, a la moza de sus sueños.

Sintiéndolo así, yo persisto en el sostenido afán de cultivar para mí y para los "pocos sabios que en el mundo han sido", mi pequeño huerto de Epístro. No espero que mi libro por aparecer "haga época" entre los escitas, nuestros compatriotas, como usted generosamente cree. Aquí no haría época ni el surgimiento de un nuevo Shakespeare, mucho menos unos modestos cuentos en que no hay otra preocupación que la puramente estética, ajenos a las nuevas modas literarias --ya que ni siquiera tiran hacia el existencialismo-- y sin relación ninguna con la obsesión del día: la lucha entre comunismo y democracia tradicional, con su secuela de complejos y antagonismos irreconciliables. En el fondo, lo mío --sin medir calidad-- no es más que arte sencillo, ingenuo, desinteresado de tabús artísticos y sociales, que no quiere expresar sino la vida a través del autor. Pero sí me atrevo a suponer que ese libro interese algo en el exterior, como me ha ocurrido con los anteriores publicados. El trabajo va desarrollándose poco a poco, porque no puede ser de otra manera, y porque soy adicto al aforismo de los italianos: Qui va lento, va sano e va lontano... Y, por consiguiente, sigo la táctica de los ingleses en la campaña de Africa contra el mariscal Rommel: que avanzaban cincuenta metros por mes, aferrándose al terreno con su uña de garrobo, ~~desarrollándose~~ sin retroceder nunca, mientras sus contrarios --los "bersaglieri" di signore Mussolini-- conquistaban veinte kilómetros por día, para perder al siguiente cien mil metros que jamás podían recuperar... Ya llevo sacados en limpio unos tres cuen-

tos, estoy transformando el cuarto y preparo el quinto, que es la evocación, a través de un "caso" particular, de la Guatemala de los inicios del modernismo, en donde quedaban tantos resabios del romanticismo --en la vida y en las letras-- entre la ebullición de los modos nuevos, en el escribir, en el sentir y en el pensar. Parece poco, y lo sería en efecto para un escritor prolífico del tipo de Blasco Ibáñez o nuestro Gómez Carrillo, quienes echaban fuera uno, dos y aun tres libros por año; pero usted sabe de mi manía de modificar, buscando la superación y el "completo", lo ya hecho o bosquejado, tanto en forma como en contenido. Y de tal modo, el proceso de estructuración tiene que resultar largo y laborioso. Pero, ¿a qué apresurarse? Entre lo que usted no conoce --y lo deploro-- están "La Caballona" y "La botellita mágica", que es el cuento a que acabo de aludir. En conclusión: me propongo terminar el tomo para fines del año, o antes si consiguiera liberarme un poco de aquellos "cuidados pequeños" que atormentaron a Darío. Gracias infinitas por su leal interés y su vigoroso estímulo, que es uno de los escasísimos que aquí me restan. Cuando usted venga al fin de estos "idus" de marzo --¡qué gran gusto me ha dado con su anuncio! -- quizá podamos ver juntos algo de lo ejecutado, o bien se lo daré a leer.

Le confirmo que mis semblanzas, o como quiera llamárseles, acerca de los "Tres poetas modernistas", las despaché primero, hace meses, al Repertorio Americano de don Joaquín García Monge, quien las recibió muy bien: me pidió una foto de Calderón Avila... y luego no volví a saber nada de él ni de surevista. ¿La "revolución" tica o algún accidente que ignoro? No sé; pero estas "cosas" siempre han sido habituales en Centro-América. En el pasado enero, Manuel Andrino y Trigueros de León, encargados de dirigir una nueva revista del Ministerio de cultura de El Salvador, la cual llevará el mismo nombre, CULTURA, me pidieron colaboración para ésta. Les envié aquel escrito; le dieron también entusiasta acogida, me solicitaron otra foto de Calderón Avila... pero la revista, anunciada para febrero, estoy por verla. Otra variación sobre el mismo tema. ¿Qué nos pasa a los istmeños? Para agosto se efectuará en la propia capital cuscatleca un concurso monstruo, un tanto raro por su composición: medicina, pintura y poesía. Quieren que yo marche allá para servir de jurado en la rama de poesía, con gastos de viaje y permanencia pagados por el Gobierno, además de una decorosa remuneración. Estoy anuente a ir, siempre que pueda coordinar esa tarea con la reunión de la asamblea general de accionistas del Banco de Occidente, fijada para el mismo mes de agosto venidero, y a la cual no debo faltar, pues ahora me eligieron para presidir la Directiva en funciones.

La existencia quezalteca ya se la sabe usted de memoria. Sólo que ahora sigue algo peor. Los convivios aquellos murieron quizá para no resurgir nunca. Ana María se cortó la coleta de anfitriona, más o menos espontánea y más o menos obligada, convencida de que por el camino que andamos no se va a ninguna parte... La ausencia de estímulos y la abundancia de censuras, y sobre todo, esta inquebrantable indiferencia de nuestra gente por las cosas del arte, la tienen decepcionada, con justa razón, ya que ella está en el período de formación. A ella y a don Jorge los veo muy de tarde en tarde. Hasta el cultivo de la amistad literaria se va abandonando... Percibió "Diario de Quezaltenango"; pero Rafael hizo otra nueva salida a horcadas del eterno Rocinante: está publicando un semanario, bastante bien hecho y movidito: "Siete fechas". Le ayudamos a arrear el rocín, Ana María, Alberto Fuentes Castillo y este servidor. Acaso este negro tenaz lorre mantener el trote, porque no contando con un centavo, se atiene a lo que produce el semanal ordeño de la vaquita. Estamos rezagados medio siglo atrás de nuestro propio pasado, y una o dos centurias con relación al mundo contemporáneo. Y, sin embargo, esa metrópolis todavía va a la zaga de esta viejísima Xelajú, según usted me dice y yo lo creo. Es terrible, amigo mío. De manera que, siguiendo la sentencia bíblica, que nos baste con nuestro propio afán.

Están transmitidos sus cordiales saludos a los compañeros rotarios y a los amigos del Banco. Todos se los corresponden en igual forma y ninguno deja de recordarle como usted se lo merece.

Cuéntele a su fina esposa que aquellas sus gladiolas están prosperando, maravillosas de hermosura y lozanía, y en la primavera próxima serán la mejor gala de mi jardinillo...

Y acepte usted un estrecho abrazo de su amigo que tanto lo aprecia: y

lo recuerda siempre;

J. U. de Aspina

¡No deje de venir!

Guatemala, 6 de Junio de 1,956

Señor don
Carlos Wyld Ospina,
Quezaltenango.-

Estimado don Carlos:

Después de leer detenidamente sus cuentos, a los cuales voy a referirme más ampliamente en otra oportunidad, estuve a visitar al Rector de la Universidad, Lic. Vicente Díaz Samayoa, para tratar lo relativo a la edición de la obra. Me recibió con su característica afabilidad, y se mostró muy complacido porque los trabajos ya estuvieran listos para entrar en prensa. Me informó que usualmente las ediciones auspiciadas por la Universidad no pasaban de dos mil ejemplares, pero que tratándose de usted, se podrían completar tres mil; que de acuerdo con las condiciones aprobadas por el Consejo Superior Universitario, el Autor recibía el 33% del número de ejemplares tirados, advirtiéndome que esto desde luego no era una norma rígida, ya que en algunos casos, -citó el del Poeta Werner Ovalle López-, con posterioridad a la entrega del 33% los Autores habían solicitado un número adicional de ejemplares, a lo cual se había accedido. Agregó finalmente, que para principiar el trabajo había que firmar un contrato, que, en su opinión, yo podía signar en representación suya.

No quise llenar momentáneamente este extremo, sin antes consultar con usted si está de acuerdo con el porcentaje que le correspondería como Autor, ya que usted y yo habíamos hablado de la posibilidad de obtener un 60% o 70%. En mi opinión don Carlos, tal vez valdría la pena aceptar esas condiciones, en primer término, porque usted seguiría conservando sus derechos de Autor y en segundo, por el interés que el Lic. Díaz Samayoa se ha tomado. Me expresó sin reticencias, que la Universidad se sentiría altamente honrada de obtener su aquiescencia para editar la obra.

Le ruego pues, me conteste lo antes posible - qué piensa sobre el particular.

Como habléramos con el Rector de la portada del libro, del título, formato, etc., él sugirió la conveniencia de recurrir a algunos ilustradores guatemaltecos, a fin de poder contar con dos o tres proyectos para escoger en definitiva. Hizo la observación de que aún cuando el título, "Los coches de Teco" era

BANCO NACIONAL AGRARIO

GUATEMALA, C. A.

186

muy guatemalteco, a su juicio quizás no era el más indicado, por ser quien es el Autor, sugiriéndome hablarle - de este asunto para ver si usted se decidía a encabezar la obra con el título de algunos de los otros cuentos, o si usted reafirmaba su deseo de que el título principal fuera aquél. Pensando detenidamente las cosas, talvez - tenga razón el Rector. El título es bastante sugestivo para nosotros los guatemaltecos pero no sé hasta donde - lo fuera en el exterior. En fin usted decidirá don Carlos.

Ahora debo referirme, y esto ya es una observación mía, a Yat, el kechí. Es quizás el cuento que - más me ha gustado y por ello quisiera que usted meditara sobre el título, y aunque no soy el más indicado se me - ocurre que podría mejorarse. Ahí van algunos nombres que a mí se me ocurren: "El llamado de la Raza" o "Al llamado de la Raza"; "Mandato de Raza"; "A un paso del ocaso" No son más que ideas. Usted a buen seguro encontrará - el más apropiado.

Finalmente don Carlos, le ruego me indique si los números insertos en la parte superior izquierda señalan un nuevo capítulo y si conservamos la numeración latina o la sustituimos por números romanos centrados - en la parte superior de las páginas que corresponden.

Dispense que le haya escrito muy a la ligera, pero quise aprovechar el viaje del Secretario General - del Banco señor Carlos López Sandoval, quien tiene gran afición por las letras y a quien me permito presentarle.

Lo abraza cariñosamente su amigo,

Carlos E. Carrera S.